MARTÍN FIERRO

LA VUELTA DE MARTIN FIERRO

JOSÉ HERNÁNDEZ

Nació en el partido de San Martín (Buenos Aires) el 10 de Noviembre de 1834. Pasó en la campaña su primera juventud, tomando íntimo contacto con la mentalidad gauchesca y viviendo las costumbres que habría de reflejar más tarde en su obra célebre. Sirvió en algunas campañas militares en su provincia natal, emigrando a Entre Ríos en 1858, donde fué taquígrafo del Senado de la Confederación. Después de Pavón y Cañada de Gómez fué ascendido a sargento mayor del ejército nacional.

Activamente mezclado a las lides periodísticas de la época, escribió por entonces una "Vida del Chacho". Poco después fué fiscal y ministro de Hacienda en la provincia de Corrientes. Participó de las campañas de esa provincia y Entre Ríos contra el gobierno de la nación, emigrando al Brasil cuando sus amigos fueron derrotados.

Federal decidido, redactó "El Argentino", en Entre Ríos; "La Patria", en Montevideo; el "Río de la Plata", en Buenos Aires; siendo electo más tarde representante a la Legislatura de Buenos Aires y designado para ocupar varios cargos administrativos de importancia.

En 1872 publicó su famoso "Martín Fierro", más tarde completado con "La Vuelta de Martín Fierro"; constituyen, en conjunto, la obra más significativa de la literatura gauchesca.

Su autor falleció en Belgrano, el 21 de Octubre de 1886.

El estudio que precede a la presente edición fué leído por el doctor C. O. Bunge en la Academia de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el acto de su recepción, el 22 de Agosto de 1913. El autor lo ha reordenado y corregido expresamente, para ilustrar el sentido y significación de la literatura gauchesca.

"LA CULTURA ARGENTINA"

JOSÉ HERNÁNDEZ

MARTÍN FIERRO

La vuelta de Martín Fierro

5ª reedición, con una introducción de

CARLOS O. BUNGE



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Belgrano 475
1925

LA LITERATURA GAUCHESCA

I. Descripción del gaucho. — Su medio ambiente, raza tipo físico, psicología y costumbres. — El "payador". — II. La literatura popular y gauchesca. — Las "payadas", los poemas gauchescos, el teatro, la novela. — III. El derecho consuetudinario del gaucho. — E duelo a cuchillo. — Su origen e importancia. — Lucha entre el antiguo derecho consuetudinario del gaucho y el moderno derecho legal de la República Argentina. — Representaciones de esta lucha en la literatura gauchesca.

I

Si bien la descripción del gaucho es un lugar común en las letras argentinas, aun no se ha definido con criterio científico. Tiempo es de que lo intente nuestra generación, ya que el tipo va en camino de desaparecer y los recuerdos se borran. Han de considerarse ante todo, su raza y su ambiente geográfico y económico, para comprender sus usos, su arte, su moral, en fin, su alma.

Los conquistadores de estas tierras litorales, muchos de ellos soldados de los tercios que impusieran su ley a Italia y llevaran el pánico a Flandes, procedieron en buena parte de Andalucía, esto es, del corazón de la madre patria. Como si ya hubiesen hollado todos los reinos del Occidente, venían a buscar en este extremo del mundo los imperios de la China y de Golconda, entrevistos por Marco Polo, o bien la misma Atlántida de los antiguos, sumergida más allá de las

columnas de Hércules. ¿No percibían acaso, desde las costas, al caer la tarde, el tañido de las campanas de oro de la ciudad dormida bajo las aguas, llamando a un ensueño de gloria y de fe? Mas no hallaron, por estas pampas, ni los halagos de Jauja, donde bastaba tender la mano para cosechar los más exquisitos frutos de la naturaleza; ni los tesoros de *Eldorado,* pródigo en luminosos diamantes, sangrientos rubíes, pensativas esmeraldas y ópalos funestos; ni tampoco a pesar de suponerla situada en la parte meridional del continente, la triple ciudad de los Césares, cuyas elíseas auras hacían a los hombres inmortales como los dioses... Sólo descubrieron yermos recorridos por indios tan fieros de ánimo como de cuerpo. Y fué este ingrato encuentro el primer beneficio que les dispensaron los hados; pues, no pudiendo entroncar regularmente con ese repulsivo plasma étnico, legaron a sus vástagos, con la relativa pureza de su sangre, su sonrisa de andaluces y su ceño de castellanos.

El gaucho se formó en la planicie y bajo un clima templado. Fué el hijo de la Pampa, aquel desierto siempre verde bajo un cielo siempre límpido, antes de que la moderna cultura la poblase de industrias y de ciudades. Entrecortaban la desolación del paisaje algún ombú solitario, tal cual bosquecillo de *talas,* y, si acaso, el rumor de los arroyos o el espejo de las lagunas, donde miriadas de aves reflejaban sus plumajes de púrpura y de nácar. A lo lejos, sorprendía la vista, fatigada por la sensación de la inmensidad, el grupo multicolor de caballos cimarrones. Salpicaban el mar de la llanura, como islotes, acá y allá, en grandes manchas calizas, montones de osamentas de vacadas silvestres. Cuando por su copiosidad parecían cubrir la haz de la tierra, habían sido sacrificadas por tropas de gauchos, pa-

ra vender los cueros y la grasa. La carne se abandonaba a los caranchos y chimangos, que, posados señorilmente sobre aquellos restos, se dirían mitos de una religión exterminadora. Tras la línea del horizonte estaban los indios, siempre en acecho. Al sonar la hora del *malón*, brotaban entre el silencio y la sombra, alanceaban a los hombres y a los niños, arrebataban a las mujeres, dispersaban el ganado, y huían mezclando en el viento sus ensangrentadas melenas con las crines de su potro.

Sólo por extensión se aplica ahora el nombre de "gaucho" al criollo de la montaña y de la zona subtropical. El paisano de las "llanuras secas" del interior tenía otra sangre, en mucho mayor proporción mezclada con la de diversas razas indígenas, y otras costumbres y medios de vida. Era *tropero*; no se dedicaba a la ganadería, sino a la industria de transporte, con recuas de mulas o con carretas tiradas por bueyes. A causa de los accidentes del terreno, opuestos a la configuración geográfica de las pampas litorales, creó la guerra de *montoneras*, contra el español, muy distinta de la guerra gaucha, que lo fué de desierto y campamento, contra el indio. El gaucho ha sido, por tanto, un tipo local y transitorio. No obsta ello a su trascendencia en la historia patria, pues superaba, por razones de raza, de espíritu y de clima, a los demás criollos y ocupó las regiones más dilatadas y favorables del país.

Era fuerte y hermoso por su complexión física; cetrino de piel, tostado por la intemperie; mediano y poco erguido de estatura; enjuto de rostro como un místico; recio y sarmentoso de músculos, por los continuos y rudos ejercicios; agudo en la mirada de sus ojos negros, habituados a sondar las perspectivas del desierto. Su temperamento se había hecho nerviosobilioso por la

alimentación carnívora y el género de vida. Si sobre su corcel era como un centauro, a pie, por la misma costumbre de vivir desde niño cabalgando a través de inconmesurables distancias, resultaba de figura un tanto deslucida, ligeramente agobiado de espaldas y combado de piernas. Por sus facciones correctas, sus sedosos cabellos y barba, y sobre todo por la gracia emoliente de sus mujeres, recordaba al árabe trasplantado a las orillas del Betis.

Entregóse al pastoreo, su medio de subsistencia; pero en una forma peculiar, distinta de las hasta entonces conocidas. La inmensidad de los rebaños caballares y vacunos dispersos en estado silvestre y su fácil propagación sin los cuidados del hombre dieron a esta industria, en las pampas, un carácter que participaba del de la caza. El gaucho dividía sus faenas entre el apresamiento del ganado salvaje y su domesticación a campo raso. En cambio, desdeñaba la agricultura, que apenas conocía. Su estirpe guerrera, su alimentación substanciosa, la fuerza y destreza que necesitaba para explotar su ganadería, la soledad de las llanuras donde moraba libremente, sin sujeción a autoridad alguna, así como sus repetidas luchas para defenderse de las incursiones de la indiada, en unas fronteras movibles que le circundaban por doquiera, le templaron el cuerpo y el alma. No en vano deriva su nombre, según una etimología probable — por la "inversión silábica apellidada metátesis, y por la acentuación y preeminencia de la vocal fuerte", — de la voz quichua *guachó*, que significa huérfano, sin padres conocidos, abandonado, errante (1). Confirma esta hipótesis filológica el hecho de que, hasta

(1) P. Groussac: "El Viaje Intelectual" ("El Gaucho"). Madrid, 1914, página 57.

tiempos reciente, se consideraba dicterio en la campaña el epíteto de "gaucho".

Felizmente era dueño de fuerzas y energías para sobreponerse a su orfandad y aislamiento. En toda la época colonial y hasta el último tercio del siglo XIX, cazador de ganado bravío, domador de potros, capataz y peón de *rodeos*, y soldado y centinela de la civilización en los dominios seculares del indio, ha vivido toda una epopeya de emboscadas y sobresaltos (1) Como en el desierto el árabe, cuya sangre corría sin duda generosa por sus venas, tenía en las pampas, para sus luchas y vicisitudes, un aliado y compañero inseparable: su caballo.

Poseía un espíritu contemplativo y religioso. Falto de escuelas, su filosofía era simple ciencia de la vida, formulada en abundantes sentencias y refranes. Falto de iglesias, su misticismo se convertía en poéticas supersticiones de aparecidos y "luces malas". Dios y sus bienaventurados tenían para él una realidad más concreta y asequible, mostrándose en formas varias a los mortales, para burlarlos, aterrorizarlos y perderlos.

Llevaba en sus rancherías una existencia individualista, de esforzada ayuda propia, sin formar comunidades domésticas ni políticas, pues no las reclamaban las condiciones de su rudimentaria economía. Aunque poseedor de rebaños, con cuyas carnes se alimentaba, no hacía fructificar sus riquezas, por falta de ambiente y de aptitudes para el comercio. Vivía en la admirable sencillez de los hombres primitivos; era sobrio y hospitalario como los pastores de las églogas; llama-

(1) De este género de vida, así como de la herencia psicológca del gaucho, deriva lo que Juan Agustín García ha llamado el "culto nacional del coraje". J. A. García: "La ciudad indiana", Buenos Aires, 1900, páginas 16-17.- C. O. Bunge: "Nuestra América" ("Ensayo de Psicología social"), Buenos Aires, 1910, páginas 154-159).

ba "hermanos" a sus prójimos, y en su choza les brindaba el apetitoso *churrasco* con que reponían sus fuerza. Siempre a caballo, consideraba indigno de su prestancia y señorío, y como una desventura, que algún accidente le obligase a andar a pie por las pampas, aunque fuese corto trecho. Con todo, lo prefería a montar en yegua, lo cual simbolizaba, para su espíritu simple y gallardo, la última e inconcebible miseria.

Su vida era más o menos nómada, según la localización de las aguadas y las migraciones del ganado. Sus deportes favoritos, las carreras de *parejeros*, las corridas de sortija, el boleo de avestruces, el homérico juego del *pato*. Congregados para éste de varias leguas a la redonda, hervían en remolinos varios centenares de centauros, disputándose a *pechazos* una pelota de cuero. Prohibiéronlo las autoridades, porque en el campo quedaban siempre algunos jugadores maltrechos o muertos (1).

Apenas probaba el alcohol, que era caro y escaso en las dispersas pulperías de las pampas.

---

(1) Los antiguos deportes del gaucho se han transformado o caído en desuso. Las carreras, en las cuales se cruzaban apuestas, lo eran de caballos "parejeros", así llamados porque corrían de a dos, por parejas. Cada gaucho tenía el suyo, al que cuidaba con especial atención, con cariño, casi con gratitud. Las "corridas de sortija" consistían en ensartar en un palillo que llevaba en la mano el jinete pasando a la disparada, un anillo que pendía de un lazo. Para el juego del "pato" se dividían los gauchos en dos bandos numerosísimos. Alineábanse estos bandos, frente a frente, como para entrar en colectivo torneo o campal batalla. Un anciano lanzaba, tan alto como podía, una pelota de cuero con dos asas o manijas; dentro se encerraba un ave muerta, quien la atrapase en el aire debía sostenerla con el brazo levantado, por una de las manijas, presentando la otra a los contrincantes, que se disputaban la pelota a "pechazos" de los caballos, no siempre dóciles. El vencedor, al quedar definitivamente dueño del trofeo, lo llevaba a un rancho, donde estaba prevenido el convite de "asado con cuero" y 'tortas fritas". Preparada el ave, la presentaba a la dama de sus pensamientos. Conjeturo que el nombre del juego provenía de haberse usado primitivamente al efecto un pato salvaje, cazado vivo, cuyas alas, quebradas o rotas, hacían de asas. Luego, por razo-

Usaba como única arma el *facón*, al costado, sujeto de un cinto de cuero, que a veces abrochaba con monedas y herrajes de plata. Sus instrumentos de trabajo eran la indispensable tropilla de *redomones*, el *recado* y demás arreos de montar, el lazo y las boleadoras. Dejábase caer el cabello en ondas, casi hasta los hombros. Presumido y donjuanesco, ostentaba con infantil orgullo los bríos y *pilchas* de su cabalgadura y las galas de su indumentaria. Bien decía el refrán que "al gaucho van las prendas". En aquel medio nivelador como el de las envidiosas democracias, cada cual demostraba su superioridad en su equipo. Vestía el gaucho poncho de vicuña, *chiripá* de paño negro y calzoncillo de hilo desflecado; tocábase con airoso chambergo, a lo mosquetero, y calzaba *bota de potro* con pesadas espuelas *nazarenas*. Así nos aparece su poética silueta, desvaneciéndose a uña de caballo en las lejanías de la Pampa.

Trovador de abolengo, habíase traído de Andalucía la guitarra, confidente de sus amores y estímulo de sus donaires. Sentado sobre un cráneo de potro o de vaca, bajo el alero del rancho, o bien sobre las salientes raíces de un ombú, tañía las armónicas cuerdas para acompañar sus canciones dolientes o chispeantes, a cuyo ritmo bailaban los jóvenes. De este modo se unían en una sola manifestación, como en las culturas primitivas, las tres artes: danza, música y poesía.

---

nes fáciles de presumir, se utilizó la pelota de cuero, y fué substituído el pato por un pollo desplumado y limpio. Este juego, que era tal vez el más característico, dejóse de jugar completamente desde mediados del siglo XIX. Por su brutalidad y lamentables consecuencias lo prohibieron las autoridades: hoy queda apenas su recuerdo. Otro de los deportes favoritos del gaucho era bolear avestruces y gamos, así como la caza de perdices con un lazo corredizo atado al extremo de una caña. Jugaba también a los naipes (al truquiflor o "truco" y al monte) y a la taba. Era apasionado por las riñas de gallos.

En la danza alternaban movimientos graciosos, casi solemnes, y alegres zapateos. En la música — *cielitos, vidalitas, tristes,* a veces no sin marcado sabor morisco — recordaba las melodías populares de la bendita tierra de los claveles y de las castañuelas. En la poesía, todo era espontaneidad y gracejo (1). Olvidadizo y versátil, no poseía romances tradicionales, de esos que se perpetúan de padres a hijos, sin alterarse fundamentalmente el texto. Su característica era la improvisación, generalmente lírica, y en ocasiones picaresca. Abandonándose a la inventiva e inspiración del momento, también en lo poético, como en lo económico, el gaucho vivió siempre al día.

Su costumbre de repetir poco las trovas ajenas y de olvidarlas, y su aptitud imaginativa para improvisar acompañándose con la templada guitarra, produjeron el arquetipo de la raza: *¡el payador!* Era profesional de la poesía y la música, el rapsoda errante que se disputaban las mozas y andaba de pago en pago luciendo su incomparable habilidad. Se le requería, se le agasajaba, se le amaba; su sola presencia implicaba una fiesta en aquellas soledades donde casi no se conocía más género de diversiones públicas que las riñas de gallos. Maestro en su doble arte, manejaba con sin par donosura el castizo lenguaje gauchesco, conservado con ligeras modificaciones locales como lo importaran los conquistadores en el siglo XVI aunque reduciendo desgraciadamente el vocabulario por carencia de literatura escrita. Era fértil en imágenes, como los poetas orientales; casi no se expresaba más que con metáforas y en estilo figurado. Fácil lirismo tenía en el fondo del alma y el chascarrillo a flor de piel. Prolongaba inmensamente notas trémulas,

(1) C. O. Bunge: "Nuestra Patria" ("La Poesía Gauchesca"), Buenos Aires, 1910, páginas 154-159.

vibrantes, cálidas, que se dirían nacidas, más que de humano pecho, de las entrañas mismas de la Pampa, como por evocación divina. Con tal soltura versificaba en el octasílabo de los romances viejos, barajando asonancias y consonancias, que el verso parecía su natural medio de expresión. Por eso nadie le igualaba en inventar la cuarteta de oportunidad, con la que entablaban dos cantores ante la rueda de público y animados por sus aplausos, la *payada de contrapunto*. Consistía ésta en una especie de torneo del ingenio: los contrincantes se proponían el uno al otro, chungueándose, oscuros y cándidos enigmas. Al sentirse rendido por el esfuerzo de contestar en rimas y de improviso, tenía el más débil que poner punto final a la retórica contienda, terminada alguna vez en sangrienta lid.

Abandonado a sí mismo en el desierto, el gaucho se formó, de acuerdo con sus necesidades y con las ideas éticas traídas de España, su derecho consuetudinario, de un tipo sorprendentemente primitivo, casi salvaje. Desconocía la propiedad privada de la tierra, respetando solamente la de la casa-habitación, con su huerto o chacra, así como la del ganado doméstico. ¡La Pampa era de todos y para todos! En los bienes muebles, identificábase la propiedad con la posesión, hasta el punto de que, cuando se extraviaba un objeto en el campo, su dueño carecía de derecho para reivindicarlo de quien lo hubiera recogido. La "cosa hallada", según la expresión corriente, significaba siempre cosa propia; si por hereditario escrúpulo de conciencia se devolvía, no era a título gratuito, sino mediante el cobro de "albricias". Por supuesto, no se sospechaba la testamentación, y apenas se conocía el derecho hereditario. La locución "bienes de difunto", usada aún por el pueblo para significar bienes mostrencos, es indicio de que no heredaban los parientes más cerca-

nos, sino quienes, por la mayor proximidad material se hallaban en situación más favorable para la desordenada partija del haber sucesorio, apenas enterrado el *de cujus*. El derecho procesal y el penal se confundían con la venganza, más que de familia a familia, de individuo a individuo, en forma de batalla singular.

Por su intenso amor al nativo suelo, aunque no poseyese sino confusa idea de la patria, nunca desoyó el gaucho su llamado. Ayudó a rechazar las invasiones inglesas, a las órdenes de Liniers. Siguió a Belgrano, a San Martín, a todos los generales de la guerra de la Independencia. Cuando las luchas de la organización nacional, formó en las huestes de los caudillos rurales que levantaban pendón y caldera. Mas, apenas organizada la república, al concluir con las resistencias del indio fronterizo, caducó su gloria. En el último tercio del siglo XIX, falto de papel en el drama de la vida, estaba como demás sobre la tierra.

Comenzó entonces, con la ficción de la democracia en las campañas, su lamentable decadencia. El juez de paz, el comandante y el comisario lo explotaban, especialmente con motivo de las parodias electorales; arreábasele a los comicios, como un rebaño. Quien se insubordinaba contra el caudillo oficialista sufría atroz perseguimiento. A veces tenía que huir del pago, acosado por la jauría policial, y se entregaba a la vagancia, al cuatrerismo y al alcohol.

Agravóse esta situación con el completo cambio de la economía ambiente. Ya no se hallaban vaquerías salvajes, y el abigeato se castigaba con severidad. Los campos, cuyo valor se multiplicaba de año en año, dejaron de ser yermos. Las propiedades, divididas y subdivididas, se deslindaban con cercos de alambre, impidiendo así al gaucho fugitivo o *matrero*, correr a campo traviesa como acostumbraba, "cortar campo". Los pue-

bleros tomaban posesión de las estancias, expulsando a los ocupadores si carecían de títulos de dominio; si por ventura los habían alquirido, como no supieron sacar a la propiedad la renta indispensable, el Estado, agobiándolos a impuestos, los ponía en el trance de enajenarla. Poco después, el ferrocarril y el telégrafo interrumpían nuevamente la inmensidad, acortaban las distancias y transformaban los medios de transporte. Renovada la técnica, el estanciero criollo abandonaba los antiguos procedimientos, por demasiado costosos y poco fructíferos, y adoptaba herramientas europeas de trabajo, no siempre de fácil manejo. El ganado mismo se mestizaba, con ejemplares de razas selectas, traídos del extranjero; debía ahora tratárselo con otros miramientos y hasta con ciencia; no era ya como cosa sin dueño o de escaso valor, sino rica y frágil mercadería. Puesto que se estropeaba y aún perecían las reses finas con las boleadoras y los *piales*, se prohibió su uso; las habilidades de que tanto se ufanaba el peón criollo llegaron a ser, más que inútiles, nocivas. Con el tiempo y para remate, la despreciada agricultura iba a ensayarse en grande de escala, reduciendo las tierras destinadas a la ganadería. Por todas partes se veía la hercúlea mano de una civilización, que barría la leyenda y el romanticismo de los tiempos bárbaros y heroicos (1).

¡Mal podía avenirse a tan nueva e imprevista circunstancia el gaucho, semisalvaje y seminómada! Señor antes y dueño de la llanura y de la inagotable riqueza de sus rebaños, desdeñaba el trabajo manual, como indigno de su hidalga estirpe. Sólo a regañadientes podía obedecer a esos amos "maturrangos", afeminados por la molicie de la vida de ciudad. Resultaba hasta mediocre peón,

(1) C. O. Bunge: "Nuestra América", páginas 193-194.

incapaz de otra tarea que la doma varonil y el *rodeo* en campo abierto.

Hízose necesario atraer al inmigrante, que afluyó a las pampas, como a una nueva Tierra de Promisión. Más dócil y disciplinado, más adaptable y ahorrativo, aunque no tan sobrio y valiente, iba desalojando al gaucho de las labores rurales. Así éste, a fines del siglo XIX, eterno procripto de la nueva civilización, si bien representante de la antigua, fué apenas una sombra de lo que había sido. Obscurecióse su alma, al paso que iba trocando algunas de sus prendas tradicionales: *bota de potro* por la alpargata, el *chiripá* por la bombacha, las boleadoras por el arado. Solía olvidar hasta la noble vihuela, para substituirla por el plebeyo acordeón. Aunque despreciara al imigrante, a quien apellidaba despectivamente *gringo* o *gallego*, de él aprendía el uso de la moderna técnica, agauchándole a su vez, por recíproca influencia. El mismo extranjero, encariñado con su tierra de adopción, requería a las morochas del pago, para los honestos fines del matrimonio. De esta suerte se ha venido propagando el tipo vario y complejo de una nueva generación de gauchos europeizados o de europeos agauchados, que, por cierto, parecen heredar las buenas cualidades de su doble abolengo. Es el argentino del futuro y casi diría del presente... ¡Es hoy el argentino!

Aparte de contribuir a poblarla con este retoño moderno y de no escatimarle jamás el tributo de su sangre, que corrió a raudales en la defensa y como para la fecundación del suelo, el gaucho ha prestado a la república mayor servicio aún y más alto homenaje. ¡Ha sido entre nosotros el sembrador del ideal! ¿Quién mejor que el desvalido hijo de las pampas difundió por estas tierras la fortaleza de espíritu, la ayuda de si mismo, el principio de la lealtad, el culto del coraje, el

amor a la patria?... En el lenguaje popular "ser gaucho", lo que otrora fué insulto, significa ahora ser fuerte y diestro, y "hacer una gauchada", realizar una hazaña. Por este arte, la voz de Dios, que constituye la voz del pueblo, ha proclamado al gaucho modelo de hombría y de nobleza.

No obstante tales méritos, acaso exagerados por el patriotismo y la literatura, fuerza es confesar que no todo ha sido gloria en su carácter. Cada cual tiene los defectos correspondientes a sus cualidades. Descrito el anverso de esta medalla antigua, veamos el reverso. La ignorancia del gaucho fué también ánimo de venganza; el espíritu de contemplación, incuria e ineptitud para el trabajo metódico y el ahorro. Vengativo como el corso, al sentirse ofendido en sus derechos, no paraba hasta matar o ser muerto. Fatalista como el árabe, cuando ya no pudo competir con el moderno industrialismo, dejóse vencer por vicios tabernarios, hasta acabar condenado a servir en los ejércitos de las fronteras y a consumirse en las cárceles. A pesar de todo, se conservó siempre relativamente verídico, y nunca fué por idiosincrasia ladrón. El cuatrerismo, hijo más de la necesidad que de la codicia no contradecía su honradez, pues el ganado según la tradición del país, era como *res nullius*, cuando silvestre, y, cuando doméstico, artículo tan abundoso y de reducido valor que se brindaba al peregrino. He ahí, en esas condiciones de veracidad y probidad, una prueba psicológica, si fuera necesaria, del escasísimo entroncamiento del gaucho con el indio, dado que éste jamás cumplió su palabra ni respetó la propiedad ajena.

Y es fuerza confesar también, con los defectos del gaucho, que, malgrado el patriotismo y la literatura, hoy nuestra clase culta le menosprecia. Convencionalmente, no diré que le admira como en tiempo de Echeverría, apenas le tolera; supónele potencia de retroceso y barbarie, de pereza y fero-

cidad... Es que se confunden las cualidades con sus correspondientes defectos y las épocas y los sujetos. Desconociendo lo que fuera el gaucho auténtico, el histórico, el héroe de las pampas, se da ahora este nombre, más que al legítimo producto de su mezcla con el inmigrante, a ciertos espurios imitadores, como el *compadrito* arrabalero y el matón de pulpería, que, so color de gauchismo, ignoran las virtudes de su pretérita grandeza para imitar los vicios de su presente decadencia... ¡Hora es de reaccionar contra tan injusta impresión! Precisamente, para destruir la caricatura abominable, ¿no será medio el más eficiente conocer y honrar al original?... El gaucho ha muerto. No pudiendo sobrevivir a las nuevas condiciones ambientes, no pudiendo sobrevivirse a sí mismo, el gaucho ha muerto. Ya no es más que un símbolo. Pero sus manes, por lo que antes encarnó su persona y hoy debe representar su recuerdo, no podrán menos de sernos propicios. Acaso su sombra vela sobre nosotros.

II

Como el derecho del gaucho, tampoco está escrita su verdadera literatura, su literatura popular, anónima por esencia. Fuera de algún tema heroico excepcionalmente impresionante, como el asesinato de Facundo Quiroga en Barranca Yaco, carecía hasta de asuntos croncretos, pues no pueden considerarse tales sus líricas expansiones y sus burlas de circunstancias. Los romances que algunos compiladores recientes han recogido en la campaña, son más bien importados, en estos últimos tiempos, por inmigrantes españoles. El *payador* no era capaz de repetir sus cantares, pasado el momento de inspiración, para legarlos a las futuras generaciones. Sólo a principios del siglo XIX

cundió la moda de que dictara sus declaraciones amatorias en verso, a fin de que el pulpero alfafeto, apellidado por esto "escribano", las trasladase a oloroso pliego de papel rosa o celeste y de orla picada, obtenido a buen costo. La preciosa obra de arte, por lo común compuesta de cuatro décimas en que se confundían asonantes y consonantes, era entregada a la dama inspiradora, quien, como no sabría leerla, acudiría a que se la declamara con entonación patética el calígrafo-pulpero... Todo esto se ha perdido. El viento de las pampas ha dispersado las palabras de las trovas y los fragmentos de las misivas de amor, que ya ningún sabio indiscreto podrá recoger ni reconstruir.

Existe en cambio, una especie de *mester de gauchería*; toda una literatura artística gauchesca, por cierto más o menos gauchesca, más o menos artística y hasta más o menos literaria. Es obra, en el último tercio del siglo XIX de *payadores* suburbanos o de hombres cultos que supieron, aunque no interpretar ni idealizar al gaucho, siquiera describir sus actitudes y hábitos ya imitando su lenguaje genuino, ya expresándose en una jerga popular semejante. Por sus aficiones o tareas, vivieron hasta cierto punto, durante largas o repetidas temporadas de campo, la vida de sus personajes. De ahí que sus composiciones, si bien a veces no son más que ingeniosos *pastiches*, en que los autores han puesto mucho de su alma de hombres civilizados a la europea, ofrezcan buen cúmulo de datos y un relativo valor documental, susceptible todo de aprovecharse si se aparta con buen sentido crítico cuanto haya de falso y de agregado. Pueden dividirse en cuatro géneros: *payadas*, poemas, novelas y teatro. Claro es que no incluyo entre tales obras las de autores de superior ilus-

tración, que jamás convivieron con gauchos, como el poema *Lázaro* de Ricardo Gutiérrez (1) y el *Santos Vega* de Rafael Obligado (2) perla este último de las de más puro oriente entre las que ostenta la diadema de la patria poesía.

Las *payadas* artísticas constituyen el género que más se aproxima a la literatura popular gauchesca. Han sido dictadas o escritas por paisanos generalmente de los suburbios, algo más avisados y ladinos, y menos espontáneos por lo tanto, que el antiguo *payador* de la campaña. Tienen su amaneramiento y afectación y en general, son composiciones líricas amatorias y guasas ocasionales en malos versos. Por su indigencia de asunto y de forma ofrecen tan escaso mérito estético como interés sociológico.

Los más notables sino los únicos poemas gauchescos son el *Santos Vega* de Hilario Ascasubi (*Aniceto el Gallo*) (3), el *Fausto* de Estanislao del Campo (*Anastasio el Pollo*) (4), y *El gaucho Martín Fierro* y *La Vuelta de Martín Fierro* de José Hernández (5). Están escritos en lenguaje y con la técnica poética mal o bien imitados del gaucho y del orillero, por gentes de familia y costumbres urbanas, que no gastaban habitualmente poncho ni *chiripá*, sino levita y hasta chaqueta militar. Ascasubi alcanzó en el ejército el grado de teniente coronel. Del campo, que produjo también algunas poesías en correcto castellano, fué

---

(1) "Poesías escogidas", Buenos Aires, 1901, páginas 149-246.

(2) "Poesías", 2.a edición, París, 1905, páginas 205-228.

(3) H. Ascasubi: "Santos Vega o los Mellizos de la Flor", 2.a edición. Buenos Aires, 1893. Es también Ascasubi autor de las "Payadas de Aniceto el Gallo", Buenos Aires, 1900.

(4) "Fausto", "Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera", 6.a edición, Barcelona.

(5) "El gaucho Martín Fierro", 14.a edición, Buenos Aires, 1897; "La Vuelta de Martín Fierro", 9.a edición, Buenos Aires, 1897.

funcionario y diputado al Congreso Nacional. Hernández, periodista y comerciante.

El *Santos Vega* de Ascasubi, publicado en 1872, pretende describir, según reza un subtítulo de la obra, "rasgos dramáticos", de la vida del gaucho de fines del siglo XVIII y principios del XIX, pues la acción ocurre de 1788 a 1808. Aunque tiene la ventaja de la prioridad respecto de los demás poemas gauchescos, así como el mérico de cierta soltura y gracejo en la versificación, fáltale eficacia testimonial. El *payador* narra lo que no ha visto y apenas conoce de oídas; aun creo que no ha llegado a compenetrarse de la psicología y vida espiritual del gaucho coetáneo, si bien sabe describir sus usos y su ambiente geográfico. También se debe aquí descartar el *Fausto* de Del Campo, aunque poema lleno de positiva belleza, por la nulidad histórica de su argumento: las impresiones que recibe un gaucho de asistir como espectador a la representación de la célebre ópera de Gounod (1).

En compensación, los dos poemas de Hernández, *El gaucho Martín Fierro y La Vuelta de Martín Fierro,* constituyen fuentes válidas, pues el autor describe hechos y casos de que ha tenido un conocimiento relativamente directo y personal (2). Están compuestos con talento y realismo, y en una forma sorprendente por su agudeza y derroche de sentencias y metáforas. A pesar de reconocer estas cualidades, muy distante estoy de hallarles el exagerado valor literario y la honda significación social y hasta filológica que les atribuye hoy una crí-

(1) C. O. Bunge: "Nuestra Patria" ("Anastasio el Pollo"), páginas 159-162.

(2) C. O. Bunge: "Nuestra Patria" ("El gaucho Martín Fiero"), páginas 163-169. De advertir es que el autor hace ahí un juicio literario más favorable al mérito de la obra de Hernández, lo cual se explica porque se trata de un artículo para un libro de lectura escolar y de índole nacionalista, y también por haber modificado, en parte, sus ideas sobre el asunto.

tica tal vez más *chauviniste* que sincera (1). Crimen de lesa patria y sacrilegio de lesa poesía, si no interesada burla, antójaseme el proclamar las donosas parodias de Hernández altos poemas comparables a las de Homero o de Dante. A fuer de argentino y de universitario, no puedo menos de alzar mi voz, siquiera sea de paso, contra esas inepcias detonadoras, que, so pretexto de nacionalidad y abusando de la ignorancia y patriotería del vulgo, corrompen su sentido de lo bueno y de lo bello, tan necesario a la grandeza de los pueblos como la tierra que los sustenta y el sol que los alumbra.

Carece el *Martín Fierro*, así como de multitudes épicas, también de esas *dramatis personæ* llenas de vida y de acción, de esos desgarramientos pasionales que determinan la gloria de un Esquilo o de un Sófocles. El mismo héroe, con ser personaje casi único del poema, me resulta asaz desdibujado e incongruente: en ciertos momentos es cobarde asesino: en otros, dechado de patriarcales virtudes. Luce el poeta más ingenio que genio; salvo en ciertos pasajes patéticos, satiriza a su protagonista, como al desgaire. Cuando se lamenta del malestar y de las persecuciones que sufre el gaucho, en los momentos lacrimosos, sin duda los mejores, más que canta las cualidades y el triunfo de la raza, llora su envilecimiento y muerte; el poema es ahí melosa elegía, y no vibrante rapsodia ni potente tragedia. Aún la forma, con ser lo más notable de la composición, se halla destruída por innobles juegos de palabras y por bufonadas conceptistas y fonéticos chistes indignos del gaucho. Imítase la plebeya, la enrevesada, la infecta germanía gauchidiablesca del moderno parásito de los suburbios, y no el lenguaje noble, arcaico y sencillo

(1) Véase la encuesta sobre "¿Cuál es el valor de Martín Fierro?" en la revista "Nosotros", Buenos Aires, 1913, número 50, páginas 424-436.

del antiguo señor de las pampas. Es que los *payadores* de ciudad han cultivado preferentemente el humorismo criollo-andaluz del paisano, por cierto la fase menos grande y expresiva de su alma y de sus trovas, hasta el punto de que debe considerarse síntoma de decadencia y de bastardía.

La novela gauchesca es un género que ha monopolizado en larga serie de publicaciones el periodista Eduardo Gutiérrez (1); principia y acaba con él. Literatura de folletín, realista por el asunto y romántica por el corte, está eserita a la ligera, sir la menor gala de estilo, en forma descosida y pedestre. No se imita a designio el rancio romance de los *payadores;* pero involuntariamente se emplea el corrupto lenguaje del pueblo porteño. Si carece de mérito literario, lo tiene documental, narrando episodios y tradiciones con sinceridad y sencillez. Su mayor virtud consiste en reflejar la vida y estado de alma del gaucho en el último tercio del pasado siglo. Desde tal punto de vista, *Juan Moreira,* la más típica de esas novelas, aventaja los mismos poemas de Hernández. El héroe, que tuvo existencia material, aparece más congruente en sus actos y pensamientos, más humano. De esta suerte, no obstante el largo éxito de librería y de crítica del *Martín Fierro,* el pueblo conoce mejor la figura ya legendaria del matador de Sardetti. En aquellos poemas busca ante todo chuscadas, para solaz del espíritu; a pesar de sus sentidos trozos elegíacos, más bien le hacen reír. En los episodios de la vida de Juan Moreira, encuentra realidades que le conmueven hasta hacerle llorar.

El teatro nacional deriva de la novela gauches-

---

(1) Las más típicas de esas novelas son "Juan Moreira", "Juan Cuello", "Santos Vega", "Una Amistad hasta la Muerte", "Pastor Luna", "El Mataco", "Juan sin Patria", "El Chacho", "Los Montoneros", "El Rastreador", "La Muerte de un Héroe", "Hormiga negra". Hay además otras de carácter histórico y policial. Las ediciones que he consultado llevan el pie de imprenta de Montevideo, sin fecha.

ca, principalmente del *Juan Moreira* (2). Transportado este asunto a la escena de los circos suburbanos, alcanza triunfo inequívoco. Con rabioso entusiasmo son aplaudidos sus personajes: Vicenta, la dama joven: don Gregorio, el "barba" o "padre noble"; el teniente alcalde don Francisco, el traidor; Sardetti, el gracioso; Julián, el confidente obligado, y, sobre todo Juan Moreira, el galán joven, el protagonista. Hase dado el caso de que algún espectador, confundiendo la ficción teatral con la realidad, como en el poema de *Anastasio el Pollo*, salte a las tablas cuchillo en mano, para defender a un valiente, en la escena final, cuando el destacamento de policía va a ultimar a Juan Moreira. La popularidad del drama ha sido parte a que merezca los honores de ser puesto en ópera, con el nombre de *Pampa*, por el maestro Arturo Berutti.

Nacido en la humilde cuna de las pantominas de los "circos de lona", a fines del siglo XIX, el teatro nacional tomó inmediato incremento. Como las obras de asunto gauchesco eran las que mejor representaban sus actores, se multiplicaron rápidamente. Pero, al paso que crecía su mérito literario, descrecía su valor documental. De un gaucho de convención, remedo del de Eduardo Gutiérrez, que a su vez lo era de épocas anteriores a su decadencia, descendió al *compadre* arrabalero, como rueda una cascada desde la altura al llano.

Abona la exactitud de las descripciones y relatos de la literarura artística gauchesca, el hecho de comprender todos una trama de sorprendente unidad: lejos de contradecirse, resultan una continua

(2) No se ha publicado el texto de esos dramas del teatro nacional. Son generalmente "arreglados" por los mismos actores que los representan. Se los estrenó sucesivamente, durante los últimos lustros del siglo XIX, primero en los circos de los suburbios de Buenos Aires. Nuevamente "arreglados", aun se los representa en la mayor parte de los teatros de segundo orden de las principales ciudades de la Argentina y del Uruguay.

reproducción de los mismos tipos y conflictos. El interés que despiertan todavía en el bajo público se demuestra en haberse agotado múltiples ediciones de esos libros y en la repetidísima representación de esos dramas. Eduardo Gutiérrez es aún como el pan cotidiano de los lectores y espectadores del suburbio y de la campaña. No menor difusión alcanza José Hernández, aunque ya entre gente menos rústica. Los admiradores de Estanislao del Campo, poeta superior aunque no tan popular, pertenecen casi por entero a la clase culta. En cuanto a los *payadores* líricos, puede decirse que con ellos han muerto sus obras; hoy no los recuerdan más que los ancianos y los eruditos.

Los más típicos personajes del *mester de gauchería* son siempre "gauchos malos", en lucha contra las autoridades y la sociedad. Tales Martín Fierro, Juan Moreira, Pastor Luna, Juan Cuello y demás. El mismo Santos Vega se nos presenta así en la novela de Eduardo Gutiérrez y en el teatro popular. Recuerdan a los tradicionales facinerosos de Sierra Morena, como Diego Corrientes y los Niños de Ecija. Sin embargo, son tan diversos el bandido andaluz y el "gaucho malo", que pueden considerarse tipos opuestos en su esencia y psicología, ya que no en sus dichos y modales. Aquél, roba siempre y rara vez mata; éste mata siempre y rara vez roba. Aquél es burla y codicia, héroe cómico antes que trágico; este, gravedad y desinterés. héroe trágico antes que cómico. Aquél representa el crimen en la impunidad; éste, la honradez en la desgracia. El uno es un pícaro con formas de caballero; el otro, un caballero con formas de pícaro. Por esto la literatura del gaucho no resulta nunca en su tono y espíritu, literatura picaresca, antes bien fundamentalmente caballeresca. El rigor, la literatura de poncho y facón no es más que una manera rústica y nueva de la literatura de capa y espada.

III

Salvo ciertas composiciones líricas o humorísticas, versa toda sobre dos contiendas de derecho: el duelo a cuchillo y la persecución de la justicia contra el duelista que mató a su adversario. Por su unidad y monótona repetición reúne este argumento siempre jurídico, preciosa copia de hechos. Descartando las calumniosas bufonadas y los anacronismos psicológicos en que incurren los autores, se pueden inferir de sus obras, si no íntegramente el derecho consuetudinario del gaucho, por lo menos su parte más dramática y significativa, la procesal y penal.

En esta literatura el duelo a cuchillo constituye la más genérica, aun se diría la única institución, típica del derecho consuetudinario del gaucho. ¿Trátase acaso de una invención romántica de los autores? Yo no vacilo en afirmar que, por el contrario, se trata de la puntual comprobación de un hecho histórico.

El gaucho carecía de instituciones judiciales, puesto que el Estado no podía establecerlas ni sostenerlas en el desierto. Carecía asimismo de organización gentilicia, no requerida ni engendrada por la economía ambiente; su familia, si tal puede llamarse, era por necesidad concubinaria y casi como de ocasión. Sin sociedad ni comunidad gentilicia o familiar, el gaucho repelía individualmente la agresión o el agravio. Hacíase justicia por su mano.

¿Cómo? No es creíble que fuera en emboscadas y por sorpresa, a traición. Debió rechazar el general consenso tales procedimientos, que hubieran comportado intolerable inseguridad para todos; además, estaban en repulsa con las castizas tradiciones de hidalguía. Quien a ellos apelase, cegado por la pasión, había de merecer tacha de "cobarde" y unánime repudio; aun correría el riesgo de

ser a su vez castigado en la misma forma, por esa ley del talión que constituye la justicia de los pueblos bárbaros. Representa esta doctrina ética, en la literatura que me ocupa, una especie de idea madre, algo como el *leitmotiv* de los traidores en las óperas sinfónicas.

Tenía la intuición del duelo judicial, en España, remotísimo origen. Existió entre los celtohispanos de la época prehistórica, y quizá entre los mismos iberos (1). Aunque no se ha probado documentalmente, es de conjeturar que subsistiera durante la dominación romana, puesto que su derecho no suprimió el local, sobre todo en los campos. La conquista visigoda aportó con las costumbres germáticas, una forma aún más neta del duelo como prueba judicial. Recurríase a la justicia absoluta de la divinidad, que, conociendo por su omnisciencia la verdad ignorada por los hombres, habían de favorecer en la lid al inocente y perjudicar al culpable.

Los doctos padres de los Concilios de Toledo suprimieron de la legislación visigótica todo linaje de pruebas bárbaras: las ordalías y el duelo judicial (2). Debieron ésas, sin embargo, persistir en las costumbres, dado que renacen en las disposiciones de los fueros y cartas pueblas de la época de la Reconquista. Ya el antiguo fuero de Sahagún prescribía el duelo (3). Era tal su generalidad en León y Castilla durante el siglo XII, que hasta el clero lo practicaba. Alfonso VI lo abolió, con otros malos fueros de Astorga, para el de esta villa, pues lo encontraba impropio de siervos de

---

(1) E. de Hinojosa: "Historia general del derecho español", tomo I, Madrid, 1887, páginas 79-80.

(2) F. Martínez Marina: "Ensayo histórico-crítico sobre la legislación y principales cuerpos legales de los reinos de León y Castilla", 3.ª edición, Madrid, 1845, página 258.

(3) "España sagrada", tomo XVI, apéndice XII.

Cristo (1). En el Código de las Partidas, aunuqe se desconocen las llamadas "pruebas vulgares", reglaméntase prolijamente el duelo como institución fundamental, tratando por separado cada una de las dos partes que lo componen: el "riepto" o desafío primero y luego la lid (2).

Con tradición semejante y dada la nueva circunstancia, forzoso es que se trasplantase y retoñase vigorosamente el "derecho de batalla" entre los pobladores de las pampas. Existiendo la institución en la España de los tiempo de la conquista, hubo la indispensable *juris continuatio*. Pero, por ausencia de los jueces, perdió pronto en el Río de la Plata su carácter judicial y sus caballerescas solemnidades. El "riepto" no era más que un cambio de palabras, y a veces sólo un ademán provocativo, un gesto. Los contendientes enrollaban en el brazo izquierdo el poncho, que hacía de escudo. Empuñando el *facón*, poníanse en guardia a nerviosa distancia, cimbreando la cintura sobre los elásticos jarretes. Las miradas se cruzaban siniestras como las cuchillas; las cuchillas se cruzaban cuerpo a cuerpo, un ríspido choque de los aceros, una chispa, un "ay"; y cae a plomo el vencido, abiertas las entrañas, en blanco la pupila... El vencedor, después de limpiar en el césped el arma y envainarla, montaba a caballo, y sin volver la cabeza, paso a paso se perdía solitario en el silencio. Había vengado la injuria; había cumplido con su ley. Era todo un hombre. ¡Era un gaucho!

De la frecuencia de estas batallas singulares se ha inferido, al modo romántico, que el hijo de las pampas fué caballero excesivamente pundonoroso, con un "sentimiento medioeval del honor". Incúrrese ahí en egocéntrica falacia, suponiendo en la

(1) 'Etiam litem quia servi Christi non debent litigare". F. Martínez Marina, op. cit., página 261.
(2) Partidas, VII, III y IV.

lid bárbara caracteres semejantes a los que hoy ofrece el duelo entre la gente culta. De las ideas y género de vida del gaucho no resultaban tales exquisiteces, propias de los autores de la literatura de gauchería y no de sus bastos personajes. El gaucho desafiaba, simplemente, para hacerse justicia al sentirse ofendido, más que en su buen nombre, en sus legítimos derechos, autorizados por la costumbre. Los casos más corrientes ocurrían cuando un extraño le robase la hembra sobre el anca del caballo o pretendiese desalojarle del campo que ocupaba con su ganado. Al combate singular recurría entonces, así como los hombres civilizados acusan o demandan ante los tribunales, para castigar el ataque y hacer efectivos sus fueros. El *moreirismo* de los modernos matones del campo, que asesinan so capa de caballería, es una exageración, si no una falsificación, originada en una literatura mediocre, del antiguo duelo jurídico de los gauchos. Aquello respondía a los usos, al derecho y la moral de la época; esto, en cuanto implica la inseguridad de la vida; ataca a los usos, el derecho y la moral de todas las épocas. Aquello, por el escarmiento de los malos, procedió a establecer sistemáticamente la paz jurídica; esto no es más que su sistemática violación.

Alguna vez en la novela gauchesca, como para encarecer la naturaleza jurídica ya que no judicial del duelo, el ofendido cita previamente al ofensor ante el juez de paz. Tal Juan Moreira al pulpero Sardetti, al reclamarle la suma que le prestara. Sólo cuando el reo niega la deuda y el juez de paz o quien le representa el legítimo derecho del actor, recurre éste al desafío, en forma ruda y sumaria, sin testigos forzosos. Negada la justicia del hombre, apela a la justicia de Dios. Pero esta demanda de Moreira es mero artificio dramático del autor, para justificar el odio que cobra el gaucho a una magistratura infame y a una policía sangui-

naria. En todo caso, semejante procedimiento no era posible antes de que se implantase la justicia de paz en las pampas.

El héroe gaucho no mataba a su prójimo sin motivo ni por la espalda; había de ser en justicia y cara a cara "en buena ley". Salta a cada paso esta expresión popular a la pluma de Eduardo Gutiérrez. Así, cuando Moreira da parte a don Gregorio, su padre político, de que mató al pulpero, pregúntale el anciano: "¿En buena ley?" Por toda respuesta, el héroe le enseña la herida que recibió en el pecho. Ejemplos de este género pueden multiplicarse hasta el cansancio. Sólo el gaucho débil y despreciable, digno del mayor castigo, fuera capaz, como ocurre en nuestros días, de asestar una puñalada en el riñón.

En la legislación foral, sobre todo en el Fuero Viejo de Castilla, y en las *fazañas* de los siglos XII y XIII, así como en las leyes de Partida, la lid no era institución de pecheros y "homes buenos", sino más bien de próceres, hijosdalgo e infanzones. Como privativamente a la nobleza compitió por último el "derecho de batalla", dijérase que tal procedimiento no había de cumplir al gaucho; rústico y pobre, antes que señor parecía villano... Pero el español de América fué siempre caballero; su limpieza de sangre le servía de ejecutoria. Teníala el gaucho, pues no entroncó con el negro, y su escaso mestizaje con el indio, según las ideas corrientes, no implicaba desdoro para su tácito blasón.

El signo ostensible del caballero era su derecho de portar armas, especialmente la espada, estoque o verdugo, al cinto. Los gachupines o chapetones y los indianos la usaban todos. Una pragmática de Felipe II, inserta en las Leyes de Indias, sólo prohibía que fuera "de más de cinco cuartas de vara

de cuchilla" (1). En cambio, otras pragmáticas, de Carlos V, Felipe II y Felipe IV, compiladas en el mismo código negaban el derecho de andar armados a los mulatos y zambaigos, negros y loros libres o esclavos, aunque fuesen criados o acompañantes de virreyes, ministros y alguaciles mayores (2).

El gaucho no usaba espadas. Tampoco gastó nunca a pesar de su natural señorío, casaca, chupa, calzón, zapato de hebilla ni sombrero de tres picos. Tanto por su pobreza como por su género de vida, eterno jinete, adoptó otra indumentaria. Y también otra arma; aquella que pendía siempre de su cinto, en vaina de cuero: el *facón*. Merece éste una descripción exacta, para que se comprenda la naturaleza del duelo gauchesco. Según ejemplares del siglo XVIII que he tenido a la vista, era un término medio entre la espada y el cuchillo común, menos largo que aquélla y menos corto que éste. Su hoja, recta, ancha, con punta, filo y contrafilo, o bien sólo con punta y filo, medía unas dos cuartas, y se hallaba unida a la empuñadura por los gavilanes en forma de *s*, para proteger la mano. Muy frecuentemente era una verdadera espada toledana, acortada con la piedra de afilar, en cuyo manejo sobresalía el gaucho. Aunque se usaba como instrumento de trabajo y para partir la vianda, su construcción revela que fué ante todo arma de combate, esgrimiéndolo con destreza, el gaucho se defendía hasta del sable del soldado y de la lanza del indio. A fines del siglo XVIII se generalizó, sin reemplazarlo, dado que se llevaba simultáneamente, un pequeño cuchillo de bolsillo, al que se denominó *fillingo*.

Curioso sería indagar de dónde proviene el vocablo *facón*, argentinismo que aun no registran los

(1) Leyes de Indias, IV, VI, 3; VII, VIII, 9.
(2) "Ibid", VII, V, 14, 15, 16, 17 y 18.

diccionarios castellanos. A todas luces es un aumentativo de *faca* (del latín *falax*), que, según la Academia Española de la Lengua, significa "cuchillo corvo". En tal sentido usaban la palabra los escritores clásicos, aunque también en nuestros días se llama vulgarmente así "un cuchillo recto y filoso". Esta última acepción es probablemente posterior a la conquista. Figúraseme que, tanto en España el nuevo significado de la voz "faca", como en la Argentina el de la voz *facón*, proceden de haberse dejado de usar el cuchillo corvo. Ahora bien, no estará demás recordar que según una carta del padre Cattaneo, aun a principios del siglo XVIII, los gauchos explotaban las vacadas bravías desjarretando las reses, a caballo, con "un instrumento cortante en forma de media luna" (1) ¿No es de suponer que tal fuera el cuchillo primitivo del gaucho, trocado luego por el *facón*, precisamente a mérito de su necesidad de llevar siempre consigo un arma de combate para defenderse cuando fuera desafiado? En su indigencia de vocabulario, por su analfabetismo, no halló a mano otro término para designar esta arma, que el aumentativo del nombre de la que antes usara y a la que con ella substituía.

No menos curioso es observar la última transformación que sufre el arma del gaucho, a fines del siglo XIX. Su hoja se acorta nuevamente y se ensancha, y la empuñadura pierde los gavilanes. Aunque cuchillo de uso familiar, conserva, más impropiamente que nunca, su nombre tradicional de *facón*. Sin embargo, ya no es arma de combate; su esgrima no implica valor y destreza, más que para largo y accidentado duelo, sirve pa-

---

(1) C. Cattaneo: "Cartas de los padres Cattaneo y Gervasoni", en la "Revista de Buenos Aires", tomo VIII, Buenos Aires, 1865, páginas 385-386. Citado por J. A. García, "op. cit.", páginas 27-28.

ra alevosas puñaladas. He ahí cómo, en estas tres sucesivas transformaciones, vienen a evidenciarse las tres épocas de la evolución del gaucho; en la edad primitiva de la conquista, la faca es simple instrumento para explotar las vaquerías salvajes; en la edad bárbara de la colonización, el *facón* es arma de combate singular; en la edad de la decadencia, por la primacía de una nueva cultura, no es ya más que una herramienta de mesa y una especie de arma de bolsillo.

Como el duelo constituía para el gaucho una institución de derecho consuetudinario, aceptada y reconocida por todos, y como matar en desafío no era delito, antes bien acto de justicia, el homicidio y las lesiones ejecutadas en el campo casi no se castigaban. Basta para comprobarlo compulsar los archivos de nuestra justicia colonial. Los sumarios instruídos en las poblaciones que circundaban la ciudad de Buenos Aires, como la de Las Conchas versan por lo común sobre otros hechos, principalmente el abigeato y el hurto.

Cambió esta situación a mediados del pasado siglo, cuando se promulgaron los códigos de la república y se estableció en la campaña la justicia de paz. Imitadas las leyes del extranjero, para nada tenían en cuenta la supervivencia del duelo a *facón* en el derecho consuetudinario del gaucho el nuevo derecho legal le desconocía toda validez jurídica, penando como simple homicidio o lesiones sus naturales consecuencias. Iníciase entonces la tenaz persecución de la justicia moderna, que tenía a su favor el apoyo del Estado, es decir, de la policía y el ejército. Lo que antes fuera honra para un hombre matar en duelo a su adversario, castigando su injusticia, hízose, ya que no oprobio, fuente de todo género de desdichas. Por esto, para el gaucho de fines del siglo XIX, según el lenguaje de la época, matar en duelo se traducía por una expresión elocuente: desgraciar-

se, vale decir, caer en la desgracia. El duelista homicida, para hurtar el cuerpo a la sanción del gobierno, peleaba contra la policía, como Juan Moreira, y huía del pago, quizá a refugiarse en las tolderías de la frontera, como Martín Fierro. El *moreirismo,* ya que este ejemplo ha sentado entre el vulgo funesta escuela, más que en la lógica matonería, ha venido así a caer en la superfetación de sempiternos atentados a la autoridad, extraños al gaucho de los tiempos clásicos. Tanto se ha pretendido engrandecer al personaje en novelas folletinescas y tanto se le achica en poemas dicharacheros y fotográficos, que el mester de gauchería parece obra de solapados enemigos y no de admiradores entusiastas. Sin quererlo y sin saberlo, le denigra y maltrata hasta el punto de que, si fuese en tono verdadero, resultaría el infortunio gaucho antes ludibrio que gloria de la nacionalidad argentina

El drama de los últimos gauchos, dividido en dos partes, el duelo y la persecución de la policía, sintetiza nada menos que una forma del conflicto secular entre un derecho que muere y otro que nace. En la novela tipo de Gutiérrez, el héroe Juan Moreira, Vicenta la dulce esposa y madre, el impotente don Gregorio y el amigo Julián representan el derecho no escrito de la campaña, individualista y bárbaro. El pulpero Sardetti, el teniente alcalde don Francisco y las fuerzas de la policía, el derecho escrito de la república, social y democrático. ¡A muerte es la lucha! Sardetti defrauda y burla a Moreira; don Francisco le pone en el cepo y le desuella a latigazos. Naturalmente, el gaucho se desquita matándolos según su ley. Perseguido por la policía, se defiende y marca las etapas de su fuga a través de las pampas con los cadáveres de sus enemigos. Al ser acorralado, amaga sus últimos mandobles y perece; pero no se rinde. Así un jaguar agonizante, de una dentella-

da o de un zarpazo, hiende aún cráneos y quiebra vértebras en la jauría implacable.

También una lucha social semejante, de dos derechos contradictorios, rememora por los siglos una de las obras más tiránicamente hermosas que ha creado el hombre: la *Orestíada* de Esquilo. Clitemnestra recibe a Agamenón, su esposo y rey, que vuelve de la guerra de Troya, tributándole hipócritamente honores que los mortales sólo deben a los dioses. Instigada por Egisto, su amante, aprovecha el momento en que el guerrero invicto se sacude en el baño el polvo de las batallas, para envolverle y paralizarle con una red y clavarle traidora el puñal. Desángrase el Atrida y muere con la majestad de un sol en el poniente. Queda Electra, la de brazos dolorosos, para llorar a su padre, y sus lamentaciones se desgranan como las perlas de un collar sobre una bandeja de plata. Queda Orestes, el de mirada de acero, para vengar su memoria, y su corazón se agita como hambriento leopardo encadenado a una roca. Cumpliendo misión justiciera, y por lo tanto civilizadora, el príncipe inmola a su adúltera madre y pulveriza al tenebroso Egisto. Las furias de cabellera de serpientes, como los gendarmes en el drama gauchesco, persiguen feroces al héroe, hasta el pie del altar de Apolo, quien le salva. La reina, su cómplice y las deidades primitivas encarnan la filiación materna y el derecho antiguo, el matriarcal, según cuyos principios el hijo de Clitemnestra, extraño a su padre, no pudo hacer justicia matricida. En cambio, Electra desmelenada y Orestes vengador, así como el dios joven, simbolizan el derecho nuevo, patriarcal, que crea el gobierno absoluto del *pater familias* y cimenta el principio de masculinidad.

En la tragedia griega, atráese la simpatía del espectador el derecho nuevo, el que vence; en el drama gauchesco, a la inversa del antiguo; el que

es vencido por la fuerza pública. Esta inversión se explica. Esquilo escribió mucho tiempo después de establecido el patriarcado, y para la aristocracia ateniense; mientras que la literatura de gauchedía se produjo para el bajo pueblo y en la época misma de la lucha. Además, en ésta se hace resaltar lo violento de la innovación jurídica, representando con colores ignominiosos, no del todo falsos por cierto, a las autoridades rurales del Estado, o sea a los personajes que simbolizan el derecho nuevo. Preveo que, en época no lejana, cuando su triunfo esté mejor consagrado en las costumbres y las ideas, se trocarán en el teatro nacional las simpatías del público. Si el asunto interesa aún, han de componerse nuevos dramas, en que se aplauda la justicia de los tribunales y se abomine, no del gaucho histórico, precursor de la nacionalidad, sino de su degeneración literaria, esto es, del *moreirismo*.

Sólo por una falsa generalización ha podido suponerse que el odio a las autoridades sociales y el desprecio de la ley fueran condiciones intrínsecas del gaucho. Los anales de la época del coloniaje, de las guerras de la Independencia y de las contiendas de la organización nacional nos le presentan siempre fiel a su patria y al gobierno. Aunque altanero e individualista, no se le puede conceptuar elemento de desorden. Los héroes de la literatura gauchesca son producto de un período crítico en que el gaucho defendió, con su derecho consuetudinario, nada menos que su existencia social, su vida. Fué vencido; su derrota estaba escrita en el libro de la historia. La lucha entre dos sistemas de derecho es, por su oculta esencia, lucha entre dos razas. La victoria implica la absorción y asimilación del vencido. La cultura, como la Esfinge, devora a quien no acierta a descifrar sus enigmas.

C. O. Bunge.

MARTÍN FIERRO

Martín Fierro

I

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

Pido a los santos del Cielo
Que ayuden mi pensamiento,
Les pido en este momento
Que voy a cantar mi historia
Me refresquen la memoria
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda,
Y se me turba la vista;
Pido a mi Dios que me asista
En esta ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
Con famas bien obtenidas,
Y que después de adquiridas
No las quieren sustentar:—
Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar,
Nada lo hace recular
Ni los fantasmas lo espantan;

Y dende que todos cantan
Yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre—
Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra—
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome a cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento—
Como si soplara el viento
Hago tiritar los pastos——
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuándo acabar
Y me envejezco, cantando
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naide me pone el pie encima,
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
Y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
Y toraso en rodeo ajeno,
Siempre me tuve por güeno
Y si me quieren probar,
Salgan otros a cantar
Y veremos quien es menos.

No me hago al lao de la güeya
Aunque vengan degollando,

Con los blandos yo soy brando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno, en un apuro
Me ha visto andar titubeando.

En el peligro ¡qué Cristos!
El corazón se me ensancha,
Pues toda la tierra es cancha,
Y de esto naides se asombre,
El que se tiene por hombre
Ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
Como mi lengua lo explica,
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor,
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
En el fondo de la mar,
Naides me puede quitar
Aquello que Dios me dió,
Lo que al mundo truje yo
Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo,
No hago nido en este suelo
Ande hay tanto que sufrir
Y naides me ha de seguir
Cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama—
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato
Que nunca peleo ni mato
Sino por necesidá;
Y que a tanta adversidá
Sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
Que hace un gaucho perseguido,
Que fué buen padre y marido
Empeñoso y diligente,
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido.

II

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo—
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté,
Que suele quedarse a pie
El gaucho más alvertido.

Juntá esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y a poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias a empujones;
¡Jué pucha! ¡que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía,
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer...
Era una delicia ver
Cómo pasaban los días.

Entonces... cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo
Y los gallos con su canto
La madrugada anunciaban,
A la cocina rumbiaba
El gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al fogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía

Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
Tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
Empezaba a coloriar,
Los pájaros a cantar
Y las gallinas a apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman desde el palenque.

El que era pión domador
Enderezaba al corral,
Ande estaba el animal
Bufidos que se las pela...
Y más malo que su agüela
Se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto al potro enriendó,
Los cueros le acomodó
Y se le sentó en seguida,
Que el hombre muestra en la vida,
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
Pedazos se hacía el sotreta,
Mientras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,
Y al ruido de las coronas
Salía haciendo gambetas.

¡Ah! ¡tiempos!... era un orgullo
Ver jinetear un paisano—
Cuando era gaucho vaquiano
Aunque el potro se boliase
No había uno que no parase
Con el cabresto en la mano,

Y mientras domaban unos,
Otros al campo salían,

Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y ansí sin sentir pasaban
Entretenidos el día.

Y verlos al caer la noche
En la cocina reunidos
Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos
Hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno,
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al día siguiente
Las faenas del día anterior.

¡Ricuerdo!... ¡Qué maravilla!
Cómo andaba la gauchada,
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero al presente... ¡barajo!
No se la ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenía tropilla de un pelo,
No le faltaba consuelo
Y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista
Sólo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador
Y tironeador sin yel—
¡Ah! ¡tiempos!... pero si en él
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo
Más bien era una junción,
Y después de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Pues vivía la mamajuana
Siempre bajo la carreta,
Y aquel que no era chancleta
En cuanto el goyete vía
Sin miedo se le prendía
Como güérfano a la teta.

¡Y qué jugadas se armaban
Cuando estábamos reunidos!
Siempre íbamos prevenidos,
Pues en tales ocasiones
A ayudarles a los piones
Caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
Y alboroto pa el hembraje,
Pa preparar los potajes
Y osequiar bien a la gente,
Y ansí, pues, muy grandemente,
Pasaba siempre el gauchaje.

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada.
Mazamorra bien pisada
Los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino
Que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridá;
Pero aura... ¡barbaridá!
La cosa anda tan fruncida,
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
Y si el alcalde lo sabe
Lo caza lo mesmo que ave
Aunque su mujer aborte...
No hay tiempo que no se acabe
Ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto
Si el alcalde lo bolea,
Pues ahí no más se le apea
Con una felpa de palos,
Y después dicen que es malo
El gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan a golpes,
Y le rompen la cabeza,
Y luego con ligereza
Ansí lastimao y todo,
Lo amarran codo a codo
Y pa el cepo lo enderiezan.

Ahi comienzan sus desgracias,
Ahi comienza el pericón;
Porque ya no hay salvación,
Y usted quiera o no quiera,
Lo mandan a la frontera
O lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
Lo mesmo que los de tantos,
Si gustan... en otros cantos
Les diré lo que he sufrido.
Después que uno está perdido
No lo salvan ni los santos.

III

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera,
¡Y qué iba a hallar al volver!
Tan sólo hallé la tapera.

Sosegao viví en mi rancho
Como el pájaro en su nido—
Allí mis hijos queridos
Iban creciendo a mi lao...
Sólo queda al desgraciado
Lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
Era en habiendo más gente,
Ponerme medio caliente,
Pues cuando puntiao me encuentro
Me salen coplas de adentro
Como agua de la vertiente.

Cantando estaba una vez
En una gran diversión;
Y aprovechó la ocasión

Como quiso el Juez de Paz...
Se presentó, y ahí no más
Hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
Y lograron escapar—
Yo no quise disparar—
Soy manso y no había por qué—
Muy tranquilo me quedé
Y ansí me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
Y una mona que bailaba,
Haciéndonos rair estaba
Cuando le tocó el arreo—
¡Tan grande el gringo y tan feo!
Lo viera cómo lloraba.

Hasta un inglés sangiador
Que decía en la última guerra
Que él era de Inca-la-perra
Y que no quería servir,
Tuvo también que juir
A guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron
De esa arriada de mi flor—
Fué acoyarao el cantor
Con el gringo de la mona—
A uno solo, por favor,
Logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
Con los que del baile arriaron—
Con otros nos mesturaron
Que habían agarrao también—
Las cosas que aquí se ven
Ni los diablos las pensaron.

A mí el juez me tomó entre ojos
En la última votación
Me le había hecho el remolón
Y no me arrimé ese día,
Y él dijo que yo servía
A los de la esposición.

Y ansí sufrí ese castigo
Tal vez por culpas ajenas,

Que sean malas o güenas
Las listas, siempre me escondo;
Yo soy un gaucho redondo
Y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
Más promesas que a un altar,
El juez nos jué a proclamar
Y nos dijo muchas veces:
"Muchachos a los seis meses
Los van a ir a revelar".

Yo llevé un moro de número,
¡Sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho
Más plata que agua bendita;
Siempre el gaucho necesita
Un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
Con las prendas que tenía:
Jergas, poncho, cuanto había
En casa, tuito lo alcé
A mi china la dejé
Medio desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
Esa ocasión eché el resto
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y manea...
¡El que hoy tan pobre me vea
Tal vez no crea todo esto!

Ansí en mi moro escarciendo
Enderecé a la frontera;
Aparcero, si usté viera
Lo que se llama cantón...
Ni envidia tengo al ratón
En aquella ratonera.

De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron;
Los más viejos rezongaron;
Pero a uno que se quejó
En seguida lo estaquiaron
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El jefe nos cantó el punto
Diciendo: "Quinientos juntos
"Llevará el que se resierte,
"Lo haremos pitar del juerte,
"Mas bien dése por dijunto".

A naides le dieron armas,
Pues toditas las que había
El coronel las tenía,
Sigún dijo esa ocasión,
Pa repartirlas el día
En que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
De haraganes criando sebo,
Pero después... no me atrevo
A decir lo que pasaba,
¡Barajo!... si nos trataban
Como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle
Por los lomos con la espada,
Y aunque usté no hiciera nada,
Lo mesmito que en Palermo,
Le daban cada cepiada
Que lo dejaban enfermo.

¡Y qué indios, ni qué servicio!
No teníamos ni cuartel
Nos mandaba el coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejábamos las vacas
Que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
Y después hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quiche, corté paja...
¡La pucha que se trabaja
Sin que le larguen un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo,
Se le apean como plomo.
¡Quién aguanta aquel infierno!

Si eso es servir al Gobierno,
A mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
En estos trabajos duros.
Y los indios, le aseguro,
Dentraban cuando querían:
Como no los perseguían
Siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
Del campo la descubierta,
Que estuviéramos alerta
Que andaba adentro la indiada;
Porque había una rastrillada,
O estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía
La orden de hacer la riunión
Y cáibamos al cantón
En pelo y hasta enancaos,
Sin armas, cuatro pelaos
Que íbamos a hacer jabón.

Ahí empezaba el afán
Se entiende de puro vicio,
De enseñarle el ejercicio
A tanto gaucho recluta,
Con un entrutor... ¡que... bruta!
Que nunca sabía su oficio.

Daban entonces las armas
Pa defender los cantones,
Que eran lanzas y latones
Con ataduras de tiento...
Las de juego no las cuento
Porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao
Me contó que las tenía,
Pero que ellos las vendían
Para cazar avestruces;
Y ansí andaban noche y día
Déle bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los indios
Con lo que habían manotiao,

Salíamos muy apuraos
A perseguirlos de atrás;
Si no se llevaban más
Es porque no habían hallado.

Allí sí, se ven desgracias
Y lágrimas y aflicciones,
Naide le pida perdones
Al indio, pues donde dentra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos
Los mata del mesmo modo;
El indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha,
Ande enderieza abre brecha
Pues no hay lanzaso que pierda.

Hace trotiadas tremendas
Dende el fondo del desierto,
Ansí llega medio muerto
De hambre, de sé y de fatiga,
Pero el indio es una hormiga
Que día y noche está despierto.

Sabe manejar las bolas
Como naides las maneja,
Cuanto el contrario se aleja
Manda una bola perdida,
Y si lo alcanza, sin vida
Es siguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga
De duro para espichar,
Si lo llega a destripar
Ni siquiera se le encoge.
Luego sus tripas recoge,
Y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
Y después se iban de arriba,
Se llevaban las cautivas
Y nos contaban que a veces
Les descarnaban los pieces
A las pobrecitas vivas.

¡Ah! si partía el corazón
Ver tantos males, ¡canejo!
Los perseguían de lejos
Sin poder ni galopiar
¡Y qué habíamos de alcanzar
En unos bichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón
A las dos o tres jornadas,
Sembrando las caballadas:
Y pa que alguno la venda,
Rejuntábamos la hacienda
Qué habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas
Tanto salir al botón,
Nos pegaron un malón
Los indios, y una lanciada,
Que la gente acobardada
Quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos
Aguaitando atrás de un cerro.
¡Lo viera a su amigo Fierro
Aflojar como un blandito!
Salieron como maíz frito
En cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
Aunque ellos eran bastantes,
La formamos al instante
Nuestra gente que era poca,
Y golpiándose en la boca
Hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra,
No soy manco pa la guerra
Pero tuve mi jabón,
Pues iba en un redomón
Que había boliao en la sierra.

¡Qué vocerío! ¡qué barullo!
¡Qué apurar esa carrerà!
La indiada todita entera
Dando alaridos cargó
Jué pucha... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros
Como una luz de ligero
Hicieron el entrevero
Y en aquella mescolanza,
Este quiero, este no quiero,
Nos escogían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,
Dificultoso es que sane,
En fin para no echar panes,
Salimos por esas lomas,
Lo mesmo que las palomas,
Al juir de los gavilanes,

Es de almirar las destrezas
Con que la lanza manejan!
De perseguir nunca dejan—
Y nos traiban apretaos—
Si queríamos de apuraos
Salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
En esa afición tan suma,
Vino un indio echando espuma,
Y con la lanza en la mano
Gritando: "Acabau cristiano
"Metan el lanza hasta el pluma".

Tendido en el costillar
Cimbrando por sobre el brazo
Una lanza como un lazo
Me atropelló dando gritos—
Si me descuido... el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, o encojo,
Siguro que no me escapo:
Siempre he sido medio guapo,
Pero en aquella ocasión
Me hacía bulla el corazón
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
Y lo engatusé a cabriolas...
Pucha... si no traigo bolas
Me achura el indio ese día.

Era el hijo de un cacique
Sigún yo lo averigüé—
La verdad del caso jué
Que me tuvo apuradazo,
Hasta que al fin de un bolazo
Del caballo lo bajé.

Ahí no más lo tiré al suelo
Y lo pisé en las paletas—
Empezó a hacer morisquetas
Y a mezquinar la garganta...
Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la jeta.

Allí quedó de mojón
Y en su caballo salté,
De la indiada disparé
Pues si me alcanza me mata,
Y al fin me les escapé
Con el hilo de una pata.

IV

Seguiré esta relación,
Aunque pa chorizo es largo:
El que pueda hágase cargo
Cómo andaría de matrero,
Después de salvar el cuero
De aquel trance tan amargo.

De sueldo nada les cuento
Porque andaba disparando;
Nosotros de cuando en cuando
Solíamos ladrar de pobres—
Nunca llegaban los cobres
Que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos daba horror;
Le juro que era un dolor
Ver esos hombres, ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca
Mis trapos sólo pa yesca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Jué quedando poco a poco,
Ya nos tenían medio locos
La pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
Era cuánto me quedaba—
La había agenciado a la taba
Y ella me tapaba el bulto;
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
Se me jué de entre las manos—
No soy lerdo... pero hermano
Vino el comendante un día
Diciendo que lo quería
"Pa enseñarle a comer grano'

Afigúrese cualquiera
La suerte de este su amigo
A pié, mostrando el umbligo;
Estropiao, pobre y desnudo;
Ni por castigo se pudo
Hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses
Y vino el año siguiente,
Y las cosas igualmente,
Siguieron del mesmo modo—
Adrede parece todo
Pa atormentar a la gente.

No teníamos más permiso,
Ni otro alivio la gauchada,
Que salir de madrugada
Cuando no había indio ninguno,
Campo ajuera a hacer boliadas
Desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
Con los fletes aplastaos—
Pero a veces medios aviaos
Con plumas y algunos cueros—
Que pronto con el pulpero
Los teníamos negociaos.

Era un amigo del jefe
Que con un boliche estaba,
Yerba y tabaco nos daba
Por la pluma de avestruz,
Y hasta le hacía ver la luz
Al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
Y unas barricas vacías
Y a la gente le vendía
Todo cuanto precisaba...
Algunos creiban que estaba
Allí la proveduría.

¡Ah! pulpero habilidoso
Nada le solía faltar—
Ay juna— y para tragar
Tenía un buche de ñandú.
La gente le dió en llamar
"El boliche de virtú".

Aunque es justo que quien vende
Algún poquito se muerda,
Tiraba tanto la cuerda
Que con sus cuatro limetas
El cargaba las carretas
De plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
Con más cuentas que un rosario,
Cuando se anunció un salario,
Que iban a dar, o un socorro—
Pero sabe Dios qué zorro
Se lo comió al comisario.

Pues nunca lo ví llegar;
Y al cabo de muchos días—
En la mesma pulpería
Dieron una *buena cuenta*—
Que la gente muy contenta
De tan pobre recebía.

Sacaron unos sus prendas
Que las tenían empeñadas,
Por sus deudas atrasadas
Dieron otros el dinero,
Al fin de fiesta el pulpero
Se quedó con la mascada. ..

Yo me arrecosté a un horcón
Dando tiempo a que pagaran,
Y poniendo güena cara
Estuve haciéndome el poyo,
A esperar que me llamaran
Para recibir mi boyo.

Pero ahi me pude quedar
Pegao pa siempre al horcón—
Ya era casi la oración
Y ninguno me llamaba—
La cosa se me ñublaba
Y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
Ví al Mayor y lo fuí a hablar;
Yo me lo empecé a atracar
Y como con poca gana
Le dije: "Tal vez mañana
Acabarán de pagar".

—"Qué mañana ni otro día",
Al punto me contestó,
"La paga ya se acabó,
Siempre has de ser animal"—
Me raí y le dije:—"Yo...
No he recibido ni un rial".

Se le pusieron los ojos
Que se le querían salir,
Y áhi no más volvió a decir
Comiéndome con la vista:
—"¿Y qué querés recibir
Si no has dentrao en la lista?"

—"Esto sí que es amolar"
Dije yo pa mis adrentros;
"Van dos años que me encuentro
Y hasta aura he visto ni un grullo,
Dentro en todos los barullos
Pero en las listas no dentro".

Vide el plaito mal parao
Y no quise aguardar más...
Es güeno vivir en paz
Con quien nos ha de mandar—
Y reculando pa trás
Me le empecé a retirar.

Supo todo el Comendante
Y me llamó al otro día
Diciéndome que quería
Averiguar bien las cosas—
Que no era el tiempo de Rosas,
Que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
Y empezó la indagación,
Si había venido al cantón
En tal tiempo o en tal otro...
Y si había venido en potro,
En reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
Al ñudo, y hacer papel,
Conocí que era pastel
Pa engordar con mi guayaca,
Más si voy al Coronel
Me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una!... la codicia
Ojalá les ruempa el saco;
Ni un pedazo de tabaco
Les dan al pobre soldao,
Y lo tienen de delgao
Más ligero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo
Charavón en el desierto,
Más bien me daba por muerto
Pa no verme más fundido—
Y me les hacía el dormido
Aunque soy medio dispierto.

V

Yo andaba desesperao,
Aguardando una ocasión
Que los indios un malón
Nos dieran y entre el estrago
Hacérmeles cimarrón
Y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
Ni defensa de frontera—
Aquello era ratonera
En que sólo gana el juerte—
Era jugar a la suerte
Con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
Los milicos son los piones,
Y andan en las poblaciones
Emprestaos pa trabajar—
Los rejuntan pa peliar
Cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
Muchos Jefes con estancia,
Y piones en abundancia,
Y majadas y rodeos;
He visto negocios feos
A pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
La barunda componer;
Para eso no ha de tener
El Jefe, que esté de estable,
Más que su poncho y su sable,
Su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
Que aquel mal no tiene cura,
Que tal vez mi sepultura
Si me quedo iba a encontrar
Pensé en mandarme mudar
Como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
¡Qué estaquiada me pegaron!
Casi me descoyuntaron

Por motivo de una gresca;
Ay juna, si me estiraron
Lo mesmo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar
Lo que esa vez me pasó:
Dentrando una noche yo
Al fortín, un enganchao
Que estaba medio mamao
Allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
Que nada se le entendía—
¡Quien sabe de ande sería!
Tal vez no juera cristiano;
Pues lo único que decía
Es que era *pa-po-litano.*

Estaba de centinela
Y por causa del peludo
Verme más claro no pudo,
Y esa fué la culpa toda;
El bruto se asustó al ñudo
Y fuí el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar:
"*Quién vivóre*"... preguntó
"*¿Qué vivoras?*"—dije yo—
"*Ha garto...*"—Me pegó el grito:
Y yo dije despacito:
"*Más lagarto serás vos*".

Ahí no más, ¡Cristo me valga!
Martillar el jusil siento;
Me agaché, y en el momento
El bruto me largó un chumbo;
Mamao, me tiró sin rumbo
Que si no, no cuento el cuento.

Pero de contao, con el tiro
Se alborotó el avispero,
Los oficiales salieron
Y se empezó la junción,
Quedó en su puesto el nación
Y yo fuí al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo;

Vino el mayor medio en pedo
Y allí se puso a gritar:
"Pícaro te he de enseñar
A andar reclamando sueldos".

De las manos y las patas
Me ataron cuatro cinchones
Les aguanté los tirones
Sin que ni un ¡ay! se me oyera,
Y al gringo la noche entera
Lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el gobierno
Nos manda aquí a la frontera
Gringada que ni siquiera
Se sabe atracar a un pingo.
¡Si creerá al mandar un gringo
Que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo
Pues no saben ni ensillar,
No sirven ni pa carniar,
Y yo he visto muchas veces,
Que ni volteadas las reses
Se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
Lengüeteando pico a pico
Hasta que viene un milico
A servirles el asao;
Eso sí, en lo delicao,
Parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
Si yela todos tiritan,
Si usted no les da, no pitan
Por no gastar en tabaco,
Y cuando pescan un naco
Uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
Como perro que oye truenos;
¡Qué diablos! sólo son güenos
Pa vivir entre maricas
Y nunca se andan con chicas
Para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,
No hay ejemplo de que entiendan,
No hay uno solo que aprienda
Al ver un bulto que cruza,
A saber si es avestruza,
O si es jinete, o hacienda.

Si salen a perseguir
Después de mucho aparato,
Tuitos se pelan al rato
Y va quedando el tendal:
Esto es como en un nidal
Echarle güebos al gato.

VI

Vamos dentrando recién
A la parte más sentida,
Aunque es todita mi vida
De males una cadena—
A cada alma dolorida
Le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
A rejuntar caballada,
Y riunir la milicada
Teniéndola en el cantón,
Para una despedición
A sorprender a la indiada.

Nos anunciaban que iríamos
Sin carretas ni bagajes,
A golpiar a los salvajes,
En sus mismas tolderías;
Que a la güelta pagarían,
Licenciándolo al gauchaje.

Que en esta despedición
Tuviéramos la esperanza,
Que iba a venir sin tardanza
Sigún el jefe contó,
Un ministro o qué se yo
Que lo llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el ejército
Y tuitos los batallones—
Y que traiba unos cañones,
Con más rayas que un cotín.
Pucha... las conversaciones
Por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
A los zorros de mi laya,
Que esa Ganza venga o vaya
Poco le importa al matrero;
Yo también dejé las rayas...
En los libros del pulpero.

Nunca juí gaucho dormido,
Siempre pronto, siempre listo,
Yo soy un hombre, ¡qué Cristo!
Que nada me ha acobardao,
Y siempre salí parao
En los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
La vida con mi trabajo,
Y aunque siempre estuve abajo
Y no sé lo que es subir,
También el mucho sufrir
Suele cansarnos ¡barajo!

En medio de mi inorancia
Conozco que nada valgo,
Soy la liebre o soy el galgo
A sigún los tiempos andan,
Pero también los que mandan
Debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
Estaban en la carpeta
Empinando una limeta
El jefe y el juez de paz,
Yo no quise aguardar más,
Y me hice humo en un sotreta.

Me parece el campo orégano
Dende que libre me veo—
Donde me lleva el deseo
Allí mis pasos dirijo—
Y hasta en las sombras, de fijo
Que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
Sin que me espante el estrago,
No aflojo al primer amago
Ni jamás fuí gaucho lerdo:
Soy pa rumbiar como el cerdo
Y pronto caí a mi pago.

Volví al cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Resertor, pobre y desnudo
A procurar suerte nueva—
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,
¡Sólo estaba la tapera!
Por Cristo si aquello era
Pa enlutar el corazón.
Yo juré en esa ocasión
Ser más malo que una fiera.

¡Quién no sentirá lo mesmo
Cuando ansí padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué.
¡Ay! mi Dios si me quedé
Mas triste que Jueves Santo!

Sólo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó;
El pobre se guareció
Cerca, en una vizcachera—
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber—
Pronto debíamos volver
Sigún el juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes la mujer.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Después me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron,
La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos,
Y qué sé yo cuántos cuentos,
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas afliciones,
Se conchavaron de piones.
¡Mas que iban a trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

Por ahi andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor;
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba a su hermano;
Puede ser que algún cristiano
Lo recoja por favor.

Y la pobre mi mujer
¡Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué gavilán—
Sin duda a buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
Lo que a algún otro le sobre.
Si no le quedó ni un cobre,
Sino de hijos un enjambre,
¡Qué más iba a hacer la pobre
Para no morirse de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su proteción
Ya que no me la dió a mí—
Y a mis hijos desde aquí
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por âhi sin madre;
Ya se quedaron sin padre
Y así la suerte los deja,
Sin naides que los proteja
Y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez,
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
Ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión;
Puede que alguna ocasión
Aunque los vean tiritando,
Los echen de algún jogón
Pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
Como se espanta a los perros,
Irán los hijos de Fierro
Con la cola entre las piernas,
A buscar almas más tiernas
O esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego
Voy a pedir mi bolada,
A naides le debo nada,
Ni pido cuartel ni doy
Y ninguno dende hoy
Ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
Y hoy seré gaucho matrero—
En mi triste circunstancia
Aunque es mi mal tan profundo,
Nací, y me he criao en estancia.
Pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,
Le conozco sus cucañas,
Sé cómo hacen la partida.
La enriedan y la manejan—
Desharé la madeja
Aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
A meterse en tanto engorro,
O si nó aprétese el gorro
O para otra tierra emigre,
Pero yo ando como el tigre
Que le robaron los cachorros.

Aunque muchos creen que el gaucho
Tiene un alma de reyuno,
No se encontrará ninguno
Que no le dueblen las penas—
Mas no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

VII

De cartas de más me vía
Sin saber a dónde dirme;
Mas dijeron que era vago
Y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males—
Van poco a poco acreciendo,
Y ansina me vide pronto
Obligado a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,
Y a más era resertor.
No tenía una prenda güena
Ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices,
Pensé volverlos a hallar—
Y andaba de un lao al otro
Sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia
Que había un baile por allí—
Y medio desesperao
A ver la milonga fuí.

Reunidos al pericón
Tantos amigos hallé,
Que alegre de verme entre ellos
Esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
Por peliar me dió la tranca,
Y la emprendí con un negro
Que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
Que no hacía caso de naides
Le dije con la mamúa:
—"Va...ca...yendo gente al baile".

La negra entendió la cosa
Y no tardó en contestarme
Mirándome como a perro:
—"Mas *vaca* será su madre".

Y dentró al baile muy tiesa,
Con más cola que una zorra,
Haciendo blanquiar los dientes ..
Lo mesmo que mazamorra.

—Negra "linda..." dije yo,
"Me gusta... pa la carona!"
Y me puse a champurriar
Esta coplita fregona:

"A los blancos hizo Dios,
A los mulatos San Pedro,
A los negros hizo el diablo
"Para tizón del infierno".

Había estao juntando rabia
El moreno dende ajuera—
En lo oscuro le brillaban
Los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,
Me acerqué y le dije presto:
"Por... rudo que un hombre sea
"Nunca se enoja por esto".

Corcobió el de los tamangos
Y creyéndose muy fijo:
—"Más *porrudo* serás vos,
Gaucho rotoso", me dijo.

Y ya se me vino al humo
Como a buscarme la hebra—
Y un golpe le acomodé
Con el porrón de giñebra.

Ahí no más pegó el de ollín
Más gruñidos que un chanchito
Y pelando un envainao
Me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
Diciéndoles:—"Caballeros,
'Dejen venir ese toro,
'Solo nací... solo muero".

El negro después del golpe
Se había el poncho refalao
Y dijo:—"Vas a saber
"Si es sólo o acompañao".

Y mientras se arremangó
Yo me saqué las espuelas,
Pues malicié que aquel tío
No era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
Pa refrescar un mamao,
Hasta la vista se aclara
Por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
Como a quererme comer——
Me hizo dos tiros seguidos
Y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
Que era de lima de acero,
Le hice un tiro, lo quitó
Y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas
Un planazo le asenté
Que lo largué culebriando
Lo mesmo que buscapié

Le coloriaron las motas
Con la sangre de la herida
Y volvió a venir furioso
Como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
Por los ojos el cuchillo,
Alcanzando con la punta
A cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
Y me le afirmé al moreno,
Dándole de punta y hacha
Pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
En el cuchillo lo alcé,
Y como un saco de güesos
Contra el cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
Y ya cantó pa el carnero— —
Nunca me puedo olvidar
De la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,
Con los ojos como ají—
Y empezó la pobre allí
A bramar como una loba—

Yo quise darle una soba
A ver si la hacía callar
Mas, pude reflexionar
Que era malo en aquel punto,
Y por respeto al dijunto
No la quise castigar.

Desaté mi redomón,
Limpié el facón en los pastos.
Monté despacio, y salí
Al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
Ni siquiera lo velaron
Y retobao en un cuero
Sin rezarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
Cuando es la noche serena,
Suele verse una luz mala
Como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces
Para que no pene tanto,
De sacar de allí los güesos
Y echarlos al campo santo.

VIII

Otra vez en un boliche
Estaba haciendo la tarde,
Cayó un gaucho que hacía alarde
De guapo y de peliador—

A la llegada metió
El pingo hasta la enramada—
Y yo sin decirle nada
Me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
Que naides lo reprendía
Que sus enriedos tenía
Con el señor comendante;

Y como era protegido,
Andaba muy entonao,
Y a cualquier desgraciao
Lo llevaba por delante.

¡Ay! pobre! si él mismo creiba,
Que la vida le sobraba,
Ninguno diría que andaba
Aguaitándole la muerte.

Pero ansí pasa en el mundo,
Es ansí la triste vida—
Pa todos está escondida
La güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar
Le dió un empeyón a un vasco
Y me largó un medio frasco
Diciendo: "Beba cuñao"
—"Por su hermana", contesté
"Que por la mía no hay cuidao".

—"Ah! gaucho, me respondió,
"¿De qué pago será crioyo?
"¿Lo andará buscando el hoyo?
"¿Deberá tener buen cuero?
"Pero ande bala este toro
No bala ningún ternero".

Y ya salimos trensaos
Porque el hombre no era lerdo,
Mas como el tino no pierdo,
Y soy medio ligerón,
Le dejé mostrando el sebo
De un revés con el facón

Y como con la justicia
No andaba bien por allí,
Cuando pataliar lo ví,
Y el pulpero pegó el grito,
Ya pa el palenque salí
Como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios
Rumbiando para otro pago,
Que el gaucho que llaman vago
No puede tener querencia,
Y ansí de estrago en estrago
Vive llorando la ausencia.

El anda siempre juyendo,
Siempre pobre y perseguido,
No tiene cueva ni nido
Como si juera maldito—
Porque el ser gaucho... ¡barajo!
El ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta:
Lo larga éste, aquel lo toma,
Nunca se acaba la broma—
Dende chico se parece
Al arbolito, que crece
Desamparao en la loma,

Le echan la agua del bautismo
A aquel que nació en la selva,
"Buscá madre que te engüelva"
Le dice el flaire y lo larga.
Y dentra a cruzar el mundo
Como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
Como oveja sin trasquila,
Mientras su padre en las filas
Anda sirviendo al gobierno.
Aunque tirite en invierno
Nadie lo ampara ni asila.

Le llaman "gaucho mamao"
Si lo pillan divertido,
Y que es mal entretenido
Si en un baile la sorprienden;
Hace mal si se defiende
Y si no, se ve... jundido.

No tiene hijos, ni mujer,
Ni amigos, ni protectores,
Pues todos son sus señores,
Sin que ninguno lo ampare—
Tiene la suerte del güey
Y ¿dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo a algún mamón
Lo persiguen como a plaito,
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ahi
Lo dan güelta panza arriba,
No hay un alma compasiva
Que le rece una oración:
Tal vez como cimarrón
En una cueva lo tiran

El nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra—
No le perdonan si yerra,
Que no saben perdonar.—
Porque el gaucho en esta tierra
Sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones,
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre,
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta es gaucho bruto,
Si no aguanta es gaucho malo,
Déle azote, déle palo!
Porque es lo que él necesita!
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Vamos suerte, vamos juntos
Dende que juntos nacimos,
Y ya que juntos vivimos
Sin podernos dividir...
Yo abriré con mi cuchillo
El camino pa seguir.

IX

Matreriando lo pasaba
Ya las casas no venía—
Solía arrimarme de día
Mas lo mesmo que el carancho,
Siempre estaba sobre el rancho
Espiando a la polecía.

Vive el gaucho que anda mal
Como zorro perseguido—
Hasta que al menor descuido
Se lo atarasquen los perros,
Pues nunca le falta un yerro
Al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece,
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma,
Con las tristezas de su alma
Al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja,
Y a la vaca que se aleja
Llama al ternero amarrao,
Pero el gaucho desgraciao
No tiene a quien dar su queja.

Ansí es que al venir la noche
Iba a buscar mi guarida,
Pues ande el tigre se anida
También el hombre lo pasa,
Y no quería que en las casas,
Me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
Cumpliendo con sus deberes,
Yo tengo otros pareceres
Y en esa conducta vivo:
Que no debe un gaucho altivo
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito
Más matrero que el venao,
Como perro abandonao
A buscar una tapera,
O en alguna vizcachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá,
Entre tanta oscuridá
Anda el gaucho como duende,
Allí jamás lo sorpriende
Dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje
Su guardia es la precaución
Su pingo la salvación,
Y pasa uno en su desvelo,
Sin más amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

. . . .
. . . .
. . . .

Ansí me hallaba una noche
Contemplando las estrellas,
Que le parecen más bellas
Cuando uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga criao
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegría
Ve salir las tres marías;
Y si llueve, cuando escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores,
Sólo vale la esperencia,
Aquí verían su inocencia
Esos que todo lo saben;—
Porque esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
Pasarse noches enteras,
Contemplando en sus carreras
Las estrelas que Dios cría.—
Sin tener más compañía
Que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo,
En aquella soledá,
Entre tanta oscuridá
Echando al viento mis quejas
Cuando el ruido del chajá
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar,
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos jinetes
Conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
No debe tener confianza,
Ansí tendido dé panza,
Puse toda mi atención,
Y ya escuché sin tardanza
Como el ruido de un latón.
Se venían tan calladitos
Que yo me puse en cuidao,

Tal vez me hubieran bombiao
Y me venían a buscar,
Mas no quise disparar
Que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
Y eché de giñebra un taco,
Lo mesmito que el mataco
Me arroyé con el porrón:
"Si han de darme pa tabaco
Dije, esta es güena ocasión".

Me refalé las espuelas
Para no peliar con grillos,
Me arremangué el calzoncillo,
Y me ajusté bien la faja,
Y en una mata de paja
Probé el filo del cuchillo

Para tenerlo a la mano
El flete en pasto até—
La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquel,
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí
Y que ahi no más se pararon
Los pelos se me erizaron,
Y aunque nada vían mis ojos,
—"No se han de morir de antojo
Les dije, cuando llegaron.

Yo quise hacerles saber
Que allí se hallaba un varón.
Les conocí la intención
Y solamente por eso
Fué que les gané el tirón
Sin aguardar voz de preso.

—"Vos sos un gaucho matrero"
Dijo uno haciéndose el güeno,
"Vos matastes un moreno
"Y otro en una pulpería,
"Y aquí está la polecía
"Que viene a ajustar tus cuentas,
"Te va alzar por las cuarenta
"Si te resistís hoy día".

—"No me vengan, contesté,
"Con relación de dijuntos
"Esos son otros asuntos
"Vean si me pueden llevar,
"Que yo no me he de entregar
"Aunque vengan todos juntos".

Pero no aguardaron más
Y se apiaron en montón—
Como a perro cimarrón

Me rodiaron entre tantos
Yo me encomendé a los Santos,
Y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
De un tiro de carabina,
Mas quiso la suerte indina
De aquel maula, que me errase,
Y áhi no más lo levantase
Lo mesmo que una sardina.

Y otro que estaba apurao
Acomodando una bola,
Le hize una dentrada sola,
Y le hice sentir el fierro,
Y ya salió como el perro
Cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflición
Y la angurria que tenían
Que tuitos se me venían
Donde yo los esperaba,
Uno al otro se estorbaban
Y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables
Más garifos y resueltos,
En las hilachas envueltos
En frete se me pararon,
Y a un tiempo me atropellaron
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso,
Y el poncho adelante eché,
Y cuando le puso el pie
Uno medio chapetón,
De pronto le dí un tirón
Y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
El otro se sofrenó
Entonces le dentré yo
Sin dejarlo resollar,
Pero ya empezó a aflojar,
Y a la pu...n...ta disparó.

Uno que en una tacuara
Había atao una tijera,

Se vino como si juera
Palenque de atar terneros,
Pero en dos tiros certeros
Salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
Venía coloriando el alba
Y yo dije "si me salva
"La virgen en este apuro,
"En adelante le juro
"Ser más güeno que una malva".

Pegué un brinco y entre todos
Sin miedo me entreveré—
Hecho ovillo me quedé
Y ya me cargó una yunta,
Y por el suelo la punta
De mi facón les jugué.

El más engolosinao
Se me apió con un achazo:
Se lo quité con el brazo,
De no me mata los piojos;
Y antes de que diera un paso
Le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
Refregándose la vista
Yo me le fuí como lista
Y ahí no más me lo afirmé
Diciéndole: "Dios te asista"
Y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
Sentí que por las costillas
Un sable me hacía cosquillas
Y la sangre se me heló—
Desde ese momento yo
Me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos
Hasta que pude hacer pie,
Por delante me lo eché
De punta y tajo a un crioyo,
Metió la pata en un hoyo,
Y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
Lo tocó un Santo Bendito
A un gaucho que pegó el grito,
Y dijo: "Cruz no consiente,
"Que se cometa el delito
"De matar así un valiente!"

Y ahi no más se me aparió
Dentrándole a la partida,
Yo les hize otra embestida
Pues entre dos era robo
Y el Cruz era como lobo
Que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
De dos que lo atropellaron,
Los demás remoliniaron,
Pues íbamos a la fija,
Y a poco andar dispararon
Lo mesmo que sabandija.

Ahí quedaban largo a largo
Los que estiraron la jeta
Otro iba como maleta,
Y Cruz de atrás les decía:
"Que venga otra polecía
"A llevarnos en carreta".

Yo junté las osamentas,
Me hinqué y les recé un bendito,
Hize una cruz de un palito
Y pedí a mi Dios clemente,
Me perdonara el delito
De haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
A los pobres que murieron,
No sé si los recogieron
Porque nos fuimos a un rancho,
O si tal vez los caranchos
Ahí no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
Entre los dos al porrón,
En semejante ocasión
Un trago a cualquiera encanta,
Y Cruz no era remolón
Ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
Y nos largamos muy tiesos,
Siguiendo siempre los besos
Al pichel y por mas señas
Ibamos como cigüeñas
Estirando los pescuezos.

—"Yo me voy, le dije, amigo.
"Donde la suerte me lleve,
"Y si es que alguno se atreve
"A ponerse en mi camino
"Yo seguiré mi destino
"Que el hombre hace lo que debe".

"Soy un gaucho desgraciao
"No tengo donde ampararme,
"Ni un palo donde rascarme,
'Ni un árbol que me cubije
"Pero ni aún esto me aflige
"Porque yo sé manejarme".

"Antes de cair al servicio
"Tenía familia y hacienda,
"Cuando volví ni la prenda
"Me la habían dejao ya.—
"Dios sabe en lo que vendrá
"A parar esta contienda".

X

CRUZ

—Amigazo, pa sufrir
Han nacido los varones—
Estas son las ocasiones
de mostrarse el hombre juerte.
Hasta que venga la muerte
Y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao
Ningún mérito me quita,
Sin ser un alma bendita
Me duelo del mal ajeno
Soy un pastel con relleno
Que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
Y desgracias, le prevengo,
También mis desdichas tengo
Aunque esto poco me aflige —
Yo sé hacerme el chancho rengo
Cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles
Voy viviendo, aunque rotoso
A veces me hago el sarnoso
Y no tengo ni un granito,
Pero al chifle voy ganoso
Como panzón al maiz frito.

A mí no me matan penas
Mientras tenga cuero sano,
Venga el sol en el verano
Y la escarcha en el invierno —
Si este mundo es un infierno
¿Por qué afligirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
A los males, compañero,
Porque el zorro más matrero
Suele cair como un chorlito
Viene por un corderito
Y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
Males que no tienen nombre,
Pero esto a naides lo asombre
Porque ansina es el pastel
Y tiene que dar el hombre
Mas güeltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
A los brazos de la muerte,
Arrastro mi triste suerte
Paso a paso y como pueda—
Que donde el débil se queda,
Se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
Lo que cada cual sufrió;
Que lo que es, amigo, yo,
Hago así la cuenta mía:
Ya lo pasado pasó—
Mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón
Y si en aquella ocasión
Alguien me hubiera buscao—
Siguro que me habría hallao
Mas prendido que un botón.

En la güeya del querer
No hay animal que se pierda—
Las mujeres no son lerdas—
Y todo gaucho es dotor
Si pa cantarle el amor
Tiene que templar las cuerdas.

¡Quien es de un alma tan dura
Que no quiera a una mujer!
Lo alivia en su padecer
Si no sale calavera
Es la mejor compañera
Que el hombre pudo tener.

Si es güena no lo abandona
Cuando lo ve desgraciao,
Lo asiste con su cuidao
Y con afán cariñoso
Y usted tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
Con aquella prenda mía—
Viviendo con alegría
Como la mosca en la miel—
¡Amigo, qué tiempo aquel!
La pucha, que la quería!

Era la águila que a un árbol
Desde las nubes bajó,
Era más linda que el alba
Cuando va rayando el sol—
Era la flor deliciosa
Que entre el trebolar creció.

Pero amigo, el comendante
Que mandaba la milicia,
Como que no desperdicia
Se fué refalando a casa,—
Yo le conocí en la traza
Que el hombre traía malicia.

El me daba voz de amigo
Pero no le tenía fe—
Era el jefe, y ya se ve
No podía competir yo—
En mi rancho se pegó
Lo mesmo que saguapé.

A poco andar conocí,
Que ya me había desbancao,
Y él siempre muy entonao,
Aunque sin darme ni un cobre,
Me tenía de lao a lao
Como encomienda de pobre.

A cada rato de chasque
Me hacía dir a gran distancia,
Ya me mandaba a una estancia,
Ya al pueblo, ya a la frontera—
Pero él en la comandancia
No ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más
El hombre en su padecer,
Si no tiene una mujer
Que lo ampare y lo consuele
Mas pa que otro se la pele
Lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
La cacaree a mi gallina
Yo andaba ya con la espina,
Hasta que en una ocasión
Lo pillé junto al jogón
Abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara
De ternero mal lamido,
Y al verlo tan atrevido
Le dije:—"Que le aproveche,
"Que había sido pa el amor
"Como guacho pa la leche".

Peló la espada y se vino
Como a quererme ensaltar,
Pero yo sin titubiar
Le volví al punto a decir:
—"Cuidado no te vas a pér. . .tigo,
"Poné cuarta pa salir".

Un puntazo me largó
Pero el cuerpo le saqué,
Y en cuanto se lo quité
Para no matar un viejo,
Con cuidao, medio de lejos,
Un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
Le falta algún adulón,
Uno que en esa ocasión
Se encontraba allí presente
Vino apretando los dientes
Como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver
Que el hombre creyó siguro,
Era confiao y le juro
Que cerquita se arrimaba—
Pero siempre en un apuro
Se desentumen mis tabas.

El me siguió menudiando
Mas sin poderme acertar,
Y yo, dele culebriar,
Hasta que al fin le dentré
Y ahi no más le despaché
Sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
Al viejito enamorao;
El pobre se había ganao
En un noque de lejía
¡Quién sabe cómo estaría
Del susto que había llevao!

¡Es zonzo el crestiano macho
Cuando el amor lo domina!
El la miraba a la indina,
Y una cosa tan jedionda
Sentí yo, que ni en la fonda
He visto tal jedentina.

Y le dije: "Pa su agüela
"Han de ser esas perdices",
Yo me tapé las narices
Y me salí estornudando
Y el viejo quedó olfatiando
Como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
Señal que quiere cosiar—
Ansí se suele portar
Aunque ella lo disimula:
Recula como la mula
La mujer para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
Y me largué a padecer
Por culpa de una mujer
Que quiso engañar a dos—
Al rancho le dije *adios*
Para nunca más volver.

Las mujeres, desde entonces,
Conocí a todas en una—
Ya no he de probar fortuna
Con carta tan conocida:
Mujer y perra parida,
No se me atraca ninguna!

XI

A otros le brotan las coplas
Como agua de manantial
Pues a mí me pasa igual
Aunque las mías nada valen,
De la boca se me salen
Como ovejas de corral.

Que en puertiando la primera
Ya la siguen las demás
Y en montones las de atrás,
Contra los palos se estrellan
Y saltan y se atropellan
Sin que se corten jamás.

Y aunque por mi inorancia
Con gran trabajo me esplico
Cuando llego a abrir el pico
Téngalo por cosa cierta,
Sale un verso y en la puerta
Ya asoma el otro el hocico,

Y emprésteme su atención
Me oirá relatar las penas
De que traigo el alma llena,
Porque en toda circunstancia
Paga el gaucho su inorancia
Con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
Me refugié en los pajales
Anduve entre los cardales
Como bicho sin guarida,
Pero, amigo, es esa vida
Como vida de animales.

Y son tantas las miserias
En que me he sabido ver
Que con tanto padecer
Y sufrir tanta aflición,
Malicio que he de tener
Un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho
Cuando pasa el temporal;
Supe una vez por mi mal
De una milonga que había,
Y ya pa la pulpería
Enderecé mi bagual.

Era la casa del baile
Un rancho de mala muerte,
Y se enllenó de tal suerte
Que andábamos a empujones;
Nunca faltan encontrones
Cuando un pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
Con tamaños verdugones,
Me pusieron los talones
Con cresta como los gallos,
¡Si viera mis afliciones
Pensando yo que eran callos!

Con gato y con fandanguillo
Había empezado el changango
Y para ver el fandango
Me colé haciéndome bola,
Mas metió el diablo la cola
Y todo se volvió pango.

Había sido el guitarrero
Un gaucho duro de boca,—
Yo tengo paciencia poca
Pa aguantar cuando no debo,
A ninguno me le atrevo
Pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
Con una moza salí,
Y cuando me vido allí
Sin duda me conoció
Y estas coplitas cantó
Como pa reirse de mí;

"Las mujeres son todas
"Como las mulas,—
"Yo no digo que todas,
"Pero hay algunas
"Que a las aves que vuelan
"Les sacan plumas".

"Hay gauchos que presumen
"De tener damas,—
"No digo que presumen,
"Pero se alaban
"Y a lo mejor los dejan
"Tocando tablas".

Se secretiaron las hembras,
Y yo ya me encocoré,
Volié la anca y le grité
"Dejá de cantar... chicharra"
Y de un tajo a la guitarra"
Tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro
Un gringo con un jusil,
Pero nunca he sido vil,
Poco el peligro me espanta:
Yo me refalé la manta
Y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta
Gritando: "Naides me ataje"
Y alborotado el hembraje
Lo que todo quedó escuro,
Empezó a verse en apuro
Mesturao con el gauchaje.

El primero que salió
Fué el cantor y se me vino,
Pero yo no pierdo el tino
Aunque haiga tomao un trago
Y hay algunos por mi pago
Que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro,
Le salió cara la broma,—
A su amigo cuando toma
Se le despeja el sentido,
Y el pobrecito había sido
Como carne de paloma.

Para prestar un socorro
Las mujeres no son lerdas,
Antes que la sangre pierda
Lo arribaron a unas pipas,
Ahi le dejó con las tripas
Como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos
Más libre que el pensamiento,
Como las nubes al viento
A vivir sin paradero,
Que no tiene el que es matrero
Nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
Que le ha señalao el cielo,
Y aunque no tenga consuelo
Aguante el que está en trabajo:
¡Naides se rasca pa abajo!
Ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
No hay uno que no se entone,
La menor falta lo espone
A andar con los avestruces!
Faltan otros con más luces
Y siempre hay quien los perdone.

XII

Yo no sé que tantos meses
Esta vida me duró,

A veces nos obligó
La miseria a comer potro
Me había acompañao con otros
Tan desgraciaos como yo.

Mas ¿para qué platicar
Sobre esos males, canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo,
Sin que mejore su suerte,
Hasta que por ahi la muerte
Sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
Que no acabe alguna vez,
Me aconteció que después
De sufrir tanto rigor,
Un amigo por favor
Me compuso con el juez.

Le alvertiré que en mi pago
Ya no va quedando un crioyo,
Se los ha tragao el hoyo,
O juído o muerto en la guerra,
Porque, amigo, en esta tierra
Nunca se acaba el embroyo.

Colijo que jué por eso
Que me llamó el juez un día
Y me dijo que quería
Hacerme a su lao venir,
Y que dentrase a servir
De soldao de polecía.

Y me largó una proclama
Tratándome de valiente,
Que yo era un hombre decente,
Y que dende aquel momento
Me nombraba de sargento
Pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida
Pero ¿qué había de mandar?
Anoche al irlo a tomar
Vide güena coyuntura...
A mí no me gusta andar
Con la lata a la cintura.

. . . .

. . . .

. . . .

Ya conoce, pues, quien soy,
Tenga confianza conmigo,
Cruz le dió mano de amigo
Y no lo ha de abandonar,
Juntos podremos buscar
Pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
Si es preciso pa salvar,
Nunca nos ha de faltar
Ni un güen pingo pa juir,
Ni un pajal ande dormir,
Ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trago alguno
Nos haiga el tiempo dejao,
Yo le pediré emprestao
El cuero a cualquier lobo
Y hago un poncho, si lo sobo,
Mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
Y el espinazo cadera,
Hago mi nido ande quiera
Y de lo que encuentro como,
Me echo tierra sobre el lomo
Y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo correr la bola
Que algún día se ha de parar—
Tiene el gaucho que aguantar
Hasta que lo trague el hoyo—
O hasta que venga algún crioyo
En esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho
Como carne de cogote:
Lo tratan al estricote:
Y si ansí las cosas andan
Porque quieren los que mandan
Aguantemos los azotes.

Pucha—¡Si usted los oyera
Como yo en una ocasión,
Tuita la conversación
Que con otro tuvo el juez!
Les asiguro que esta vez
Se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos
Con campos en las fronteras,
De sacarlas más afuera
Donde había campos bandidos;
Y llevar a los partidos
Gente que la defendiera.

Todos se güelven proyectos
De colonias y carriles,
Y tirar la plata a miles
En los gringos enganchaos,
Mientras al pobre soldao
Le pelan la chaucha—¡ah viles.

Pero si siguen las cosas
Como van hasta el presente,
Puede ser que de repente
Veamos el campo desierto,
Y blanqueando solamente
Los huesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos
La suerte reculativa—
Trabaja el gaucho y no arriba,
Porque a la mojer del caso,
Lo levantan de un sogazo
Sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros,
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
En un lao pega los gritos
Y en otro tiene los güebos.

Y se hacen los que no aciertan
A dar con la coyontura—
Mientras al gaucho lo apura
Con rigor la autoridá,
Ellos a la enfermedá
Le están errando la cura.

XIII

MARTÍN FIERRO

Ya veo que somos los dos
Astillas del mesmo pelo,
Yo paso por gaucho malo
Y usté anda del mesmo modo,
Y yo pa acabarlo todo
A los indios me resfalo.

Pido perdón a mi Dios
Que tantos bienes me hizo
Pero dende que es preciso
Que viva entre los infieles,
Yo seré cruel con los crueles,
Ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son,
Les dió toda perfección
Y cuánto él era capaz,
Pero al hombre le dió más
Cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida y movimiento
Dende el águila al gusano,
Pero más le dió el cristiano
Al darle el entendimiento.

A aunque a las aves les dió
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dió al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
Esta juria tan inmensa,
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre,
¿Qué menos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo,
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba:
Que los bienes igualaba
Con las penas que le dió.

Y yo empujao por las mías
Quiero salir de este infierno:
Ya no soy pichón muy tierno
Y sé manejar la lanza,
Y hasta los indios no alcanza
La facultá del gobierno.

Yo sé que allá los caciques
Amparan a los cristianos,
Y que los tratan de "Hermanos"
Cuando se van por su gusto,
¡A qué andar pasando sustos!...
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligro ,
Pero ni aun esto me aterra,
Yo ruedo sobre la tierra
Arrastrao por mi destino,
Y si erramos el camino...
No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no,
De esto naides nos responde,
Derecho ande el sol se esconde,
Tierra adentro hay que tirar,
Algún día hemos de llegar,
Después sabremos adonde.

No hemos de perder el rumbo,
Los dos somos güena yunta,
El que es gaucho va ande apunta
Aunque inore ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pastos la punta.
De hambre no pereceremos,

Pues sigún otros me han dicho
En los campos se hayan bichos
De los que uno necesita...
Gamas, matacos, mulitas,
Avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto
Se come uno hasta las colas.—
Lo han cruzao mujeres solas
Llegando al fin con salú,
Y h ade ser gaucho el ñandú
Que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo,
Yo la aguanto muy contento,
Busco agua olfatiando al viento
Y dende que no soy manco,
Ande hay duraznillo blanco
Cabo y la saco al momento.

Allá habrá siguridá
Ya que aquí no la tenemos.— —
Menos males pasaremos
Y ha de haber gra nalegría
El día que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
Cama lo hacen tantos otros
Con unos cueros de potro,
Que sea sala y sea cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
Vive uno como un señor;
De cuando en cuando un malón,
Y si de él sale con vida
Lo pasa echao panza arriba
Mirando dar güelta el sol.

Y ya que afuera de golpes
La suerte nos dejó aflús,
Puede que allá veamos luz,
Y se acaben nuestras penas;
Todas las tierras son güenas...
Vámonos, amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial,
Y sentársele a un bagual
Sin miedo de que lo baje,
Entre los mesmos salvajes
No puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
Lo hace el criollo con canciones
A más de eso en los malones
Podemos aviarnos de algo;
En fin, amigo, yo salgo
De estas pelegrinaciones.

. . . .

. . . .

. . . .

En este punto el cantor
Buscó un porrón pa consuelo,
Echó un trago como un cielo
Dando fin a su argumento;
Y de un golpe al instrumento
Lo hizo astillas contra el suelo.

"Ruempo, dijo la guitarra
Pa no volverme a tentar;
Ninguno la ha de tocar,
Por siguro ténganlo;
Pues naides ha de cantar
Cuando este gaucho cantó".

Y daré fin a mis coplas
Con aire de relación,
Nunca falta un preguntón
Mas curioso que mujer,
Y tal vez quier asaber
Cómo fué la conclusión:

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arrearon
Por delante se la echaron
Como crioyos entendidos,
Y pronto, sin ser sentidos,
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones;
Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
Se entraron en el desierto,—
No sé si los habrán muerto
En alguna correría,
Pero espero que algún día
Sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
Mi relación acabé,
Por ciertas les conté
Todas las desgracias dichas,
Es un telar de desdichas
Cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza
En el Dios que lo formó.
Y que me despido yo
Que he relatao a mi modo
Males que conocen todos
Pero que naides cantó.

LA VUELTA DE MARTIN FIERRO

La vuelta de Martín Fierro

I

MARTÍN FIERRO

Atención pido al silencio
Y silencio a la atención,
Que voy en esta ocasión
Si me ayuda la memoria,
A mostrarles que a mi historia
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto
Veré si a esplicarme acierto
Entre gente tan bizarra,
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me dispierto.

Siento que mi pecho tiembla,
Que se turba mi razón,
Y de la vigüela al son
Imploro a la alma de un sabio,
Que venga a mover mi labio
Y a alentar mi corazón.

Si no llega a treinta y una
De fijo en treinta me planto,
Y esta confianza adelanto
Porque recibí en mí mismo,
Con el agua del bautismo
Las facultades pal canto.

Tanto el pobre como el rico
La razón me la han de dar;
Y si llegan a escuchar
Lo que esplicaré a mi modo,
Digo que no han de reir todos,
Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
El que tuvo que sufrir,
Y empezaré por pedir
No duden de cuanto digo;
Pues debe creerse al [illegible]igo
Si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la Virgen,
Gracias le doy al Señor,
Porque entre tanto rigor
Y habiendo perdido tanto,
Ni perdí ni amor al canto
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
Ordenó el Eterno Padre,
Cante todo el que se cuadre
Como lo hacemos los dos,
Pues sólo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta,
Canta el gaucho... y ¡ay Jesús!
Lo miran como avestruz,
Su inorancia los asombra;
Mas siempre sirven las sombras
Pa distinguir bien la luz.

El campo es del inorante,
El pueblo del hombre estruído;
Yo que en el campo he nacido
Digo que mis cantos son
Para los unos... sonidos,
Y para otros... intención.

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar;
Mas no quieren opinar
Y se divierten cantando;
Pero yo canto opinando,
Que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda
Cuanto sabe desembucha,
Y aunque mi ciencia no es mucha
Esto en mi favor previene
Yo sé el corazón que tiene
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel
Ni el tiempo lo ha de borrar,
Ninguno se ha de animar
A corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana
Sino quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
Que de saber hago alarde;
He conocido aunque tarde
Sin haberme arrepentido
Que es pecado cometido
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
Y nada me ladiará,
He de decir la verdá,
De naides soy adulón,
Aquí no hay imitación
Esto es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
Mucho tiene que saber—
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar —
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan
Más que las cosas que tratan,
Más que los que ellos relatan
Mis cantos han de durar:
Mucho ha habido que marcar
Para hacer esta bravata.

BBrotan quejas de mi pecho,
Brotan quejas de mi pecho,
Y es tanto lo que he sufrido
Y males de tal tamaño
Que reto a todos los años
A que traigan el olvido.

Ya verán si me despierto
Como se compone el baile
Y no se sorprenda naides
Si mayor ruego me anima;
Porque quiero alzar la prima
Como pa tocar al aire —

Y con la cuerda tirante
Dende que ese tono elija
Yo no he de aflojar manija
Mientras que la voz no pierda;
Si no se corta la cuerda
O no cede la clavija

Aunque rompí el estrumento
Por no volverme a tentar—
Tengo tanto que contar
Y cosas de tal calibre,
Que Dios quiera que se libre
El que me enseñó a temblar.

De naides sigo el ejemplo,
Naide a dirigirme viene—
Yo digo lo que conviene
Y el que en tal güeya se planta,
Debe cantar cuando canta
Con toda la voz que tiene.

He visto rodar la bola
Y no se quiere parar,
A fin de tanto rodar
Me he decidido a venir
A ver si puedo vivir
Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
Y también echar un pial—
Sé correr en un rodeo—
Trabajar en un corral—
Me sé sentar en un pértigo
Lo mesmo que en un bagual.

Y empriéstenme su atención
Si ansí me quieren honrar,
De no tendré que callar,
Pues el pájaro cantor
Jamás se para a cantar
En árbol que no da flor.

Hay trapitos que golpiar,
Y de aquí no me levanto
Escúchenme cuando canto
Si quieren que desembuche—
Tengo que decirles tanto
Que les mando que me escuchen.

Déjenme tomar un trago,
Estas son otras cuarenta,
Mi garganta está sedienta
Y de esto no me abochorno—
Pues el viejo como el horno
Por la boca se calienta.

2

Triste suena mi guitarra
Y el asunto lo requiere —
Ninguno alegría espere
Sino sentidos lamentos,
De aquel que en duros tormentos
Nace, crece, vive y muere. —

Es triste dejar sus pagos
Y largarse a tierra ajena
Llevándose el alma llena
De tormentos y dolores,
Más nos llevan los rigores
Como el pampero a la arena.

Irse a cruzar el desierto.
Lo mesmo que un forajido
Dejando aquí en el olvido
Como dejamos nosotros,
Su mujer en brazos de otros
Y sus hijitos perdidos.—

Cuántas veces al cruzar
En esa inmensa llanura,
Al verse en tal desventura
Y tan lejos de los suyos
Se tira uno entre los yuyos
A llorar con amargura!

En la orilla de un arroyo
Solitario lo pasaba,
En mil cosas cavilaba
Y a una güelta repentina
Se me hacía ver a mi china
O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
Bebe el pingo trago a trago –
Mientras sin ningún halago
Pasa uno hasta sin comer,
Por pensar en su mujer,
En sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
Para el desierto tiramos—
En la Pampa nos entramos,
Cayendo por fin del viaje,
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía,
Llegamos en mal momento–
Estaban en parlamento
Tratando de una invasión,
Y el indio en tal ocasión,
Recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
Cuando nos vieron llegar,
No podíamos aplacar
Tan peligroso hervidero,
Nos tomaron por bomberos
Y nos quisieron lanciar.

Nos quitaron los caballos
A los muy pocos minutos
Estaban irresolutos,
Quién sabe qué pretendían,
Por los ojos nos metían
Las lanzas aquellos brutos.

Y déle en su lengüeteo
Hacer gestos y cabriolas;
Uno desató las bolas
Y se nos vino enseguida.
Y no creíamos con vida
Salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
Ni esperanza que tener—
El indio es de parecer
Que siempre matar se debe—
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr.

Cruz se dispuso a morir
Peleando y me convidó.
Aguantemos dije yo
El fuego hasta que nos queme—
Menos los peligros teme
Quien más veces los venció.

Se debe ser más prudente
Cuando el peligro es mayor,
Siempre se salva mejor
Andando con alvertencia,
Porque no está la prudencia
Reñida con el valor.—

Vino al fin el lenguaraz
Como a traernos el perdón
Nos dijo— "la salvación
"Se la deben a un cacique,
"Me manda que les explique
"Que se trata de un malón.

"Les ha dicho a los demás
"Que ustedes quedan cautivos
"Por si caen algunos vivos
"En poder de los cristianos,
"Rescatar a sus hermanos
"Con estos dos fugitivos".

Volvieron al parlamento
A tratar de sus alianzas,
O tal vez de la matanza,
Y conforme los detallo—
Hicieron cerco a caballo
Recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo
Y allí a lengüetiar se larga,
Quien sabe qué les encarga,
Pero toda la reunión
Lo escuchó con atención
Lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos
Y ya principia otra danza,
Para mostrar su pujanza
Y dar pruebas de jinete
Dió riendas rayando el flete
Y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,
Frente a cada indio se para,
Lo amenaza cara a cara,
Y en su juria aquel maldito
Acompaña con su grito
El cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
Más feo que la mesma guerra—
Entre una nube de tierra
Se hizo allí una mezcolanza
De potros, indios y lanzas
Con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,
Según yo me lo imagino—
Era inmenso el remolino,
Las voces aterradoras—
Hasta que al fin de dos horas
Se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
Y en el centro nos ponían—
Para mostrar que querían
Quitarnos toda esperanza,
Ocho o diez filas de lanzas
Alrededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes
Cuidándonos a porfía,
Cuando roncar parecían
"Huaincá" gritaba cualquiera
Y toda la fila entera
"Huaincá" toda repetía.

Pero el indio es dormilón
Y tiene un sueño profundo,
Es roncador sin segundo
Y es tal confianza subida
Que ronca a pata tendida.
Aunque se dé güelta el mundo

Nos averiguaban todo
Como aquel que se previene—
Porque siempre les conviene
Saber las juerzas que andan,
Dónde están, quiénes las mandan,
Qué caballos, qué armas tienen.

A cada respuesta nuestra
Uno hace una exclamación
Y luego en continuación
Aquellos indios feroces
Cientos y cientos de voces
Repiten al mesmo son.

Y aquella voz de uno solo
Que empieza por un gruñido—
Llega hasta ser alarido
De toda la muchedumbre—
Y ansí alquieren la costumbre
De pegar esos bramidos.

3

De ese modo nos hallamos
Empeñaos en la partida—
No hay que darle por perdida
Por dura que sea la suerte
Ni que pensar en la muerte
Sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón
Ni temo peligro alguno—
Por encontrarlo oportuno
Allí juramos los dos:
Respetar tan sólo a Dios.
De Dios abajo, a ninguno—

El mal es árbol que crece
Y que cortado retoña
La gente espeta o visoña
Sufre de infinitos modos
La tierra es madre de todos,
Pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
Sufre tranquilo sus males— —
Yo siempre los hallo iguales
En cualquier senda que elijo—
La desgracia tiene hijos
Aunque elia no tiene madre.—

Y al que le toca la herencia
Donde quiera halla su ruina—
Lo que la suerte destina
No puede el hombre evitar—
Porque el cardo ha de pinchar,
Es que nace con espinas.

Es el destino del pobre
Un continuo safarrancho
Y para como el carancho,
Porque el mal nunca se sacia,
Si el viento de la desgracia
Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
Manda también el consuelo —
La luz que baja del cielo
Alumbra al más encumbrao,
Y hasta el pelo más delgao,
Hace su sombra en el suelo

Pero por más que uno sufra
Un rigor que lo atormente
No debe bajar la frente
Nunca—por ningún motivo—
El álamo es más altivo
Y gime constantemente.

El indio pasa la vida
Robando o echao de panza —
La única ley es la lanza
A que se ha de someter—
Lo que le falta en saber
Lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engrasarlo
A un indio caritativo—
Es duro con el cautivo,
Le dan un trato horroroso—
Es astuto y réceloso,
Es audaz y vengativo.

No hay que pedirle favor
Ni que aguardar tolerancia—
Movidos por su inorancia
Y de puros desconfiaos
Nos pusieron separaos

Bajo sutil vigilancia.—
No pude tener con Cruz
Ninguna conversación—
No nos daban ocasión,
Nos trataban como ajenos;
Como dos años lo menos
Duró esta separación.

Relatar nuestras penurias
Fuera alargar el asunto—
Les diré sobre este punto
Que a los dos años recién,
Nos hizo el cacique el bien
De dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
A la orilla de un pajonal—
Por no pasarlo tan mal
En el desierto infinito
Hicimos como un bendito
Con dos cueros de bagual.

Fuímos a esconder allí
Nuestra pobre situación
Aliviando con la unión
Aquel duro cautiverio—
Tristes como un cementerio
Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
Si a rodar se determina,
Primero, cuando camina,
Segundo, cuando descansa,
Pues en aquellas andanzas
Parece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternerito
En cualquier vaca se prende—
El que es gaucho esto lo entiende
Ha de entender si lo digo,
Que andábamos con mi amigo
Como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
Charlábamos mano a mano—
Eramos dos veteranos
Mansos pa las sabandijas,
Arrumbaos como cubijas
Cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
Por más empeños que se haga;
Lo pasa uno como plaga
Ejercitando la industria—
Y siempre como la nutria
Viviendo a orillas del agua.

En semejante ejercicio
Se hace diestro el cazador—
Cai el piche engordador,
Cai el pájaro que trina—
Todo bicho que camina
Va a parar al asador—

Pues allí a los cuatro vientos
La persecución se lleva,
Naide escapa de la leva
Y dende que la alba asoma
Ya recorre uno la loma,
El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
A cualquier bicho se atreve
Que pluma o cáscara lleve,
Pues cuando la hambre se siente
El hombre le clava el diente
A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
Está el maestro principal
Que enseña a cada animal
A procurarse el sustento
Y le brinda el alimento
A todo ser racional.—

Y aves, y bichos y pejes
Se mantienen de mil modos;
Pero el hombre en su acomodo
Es curioso de observar;
Es el que sabe llorar—
Y el que se los come a todos.

4

Antes de aclarar el día
Empieza el indio a aturdir
La pampa con su rugir,
Y en alguna madrugada,
Sin que sintiéramos nada,
Se largaban a invadir.—

Primero entierran las prendas
En cuevas como peludos;
Y aquellos indios cerdudos
Siempre llenos de recelos,
En los caballos en pelo
Se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
El mejor fiete procuran—
Y como es arma segura
Vienen con la lanza sola,
Y varios pares de bolas
Atados a la cintura.—

De ese modo anda liviano,
No fatiga al mancarrón;
Es su espuela en el malón,
Después de bien afilao
Un güesito de venao
Que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
Que se llega a distinguir,
Lo cuida hasta pa dormir;
De ese cuidao es esclavo—
Se lo arquila a otro indio bravo
Cuando vienen a invadir.

Por vigilarlo no come ,
Ni aún el sueño concilia—
Sólo en eso no hay decidia:
De noche, les asiguro,
Para tenerlo seguro
Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustdees,
Si en el caso se han hallao,
Y si no lo han oservado
Ténganlo desde hoy presente—
Que todo pampa valiente,
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo
Paso que rinde y que dura;
Viene en dirección segura
Y jamás a su capricho—
No se les escapa bicho
En la noche más oscura.

Caminan entre tinieblas
Con un cerco bien formao;
Lo estrechan con gran cuidao
Y agarran al aclarar,
Ñanduces, gamas, venao—
Cuando ha podido dentrar.

Su señal es un humito
Que se eleva muy arriba
Y no hay quien no lo aperciba
Con esa vista que tienen,
De todas partes se vienen
A engrosar la comitiva.—

Ausina se van juntando
Hasta hacer esas riuniones,
Que cain a las invasiones,
En número tan crecido—
Que pa formar han salido
De los últimos rincones

Es guerra cruel la del indio
Porque viene como fiera;
Atropella dondequiera
Y de asolar no se cansa—
De su pingo y de su lanza
Toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
Quien a aguardarlo se atreva,
Siempre mala intención lleva,
Y como tiene alma grande
No hay plegaria que lo ablande
Ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
Hace guerra sin cuartel—
Para matar es sin yel,
Es fiero de condición—
No golpea la compasión
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
Del león la temeridá—
En el desierto no habrá
Animal que él no lo entienda —
Ni fiera de que no aprienda
Un istinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie,
No esperen verlo cambiar,
El deseo de mejorar
En su rudeza no cabe—
El bárbaro sólo sabe
Emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe
Y el pretenderlo es en vano,
Ni cuando festeja ufano
El triunfante en sus correrías—
La risa en sus alegrías
Le pertenece al cristiano.

Se cruza por el desierto
Como un animal feroz—
Dan cada alarido atroz
Que hace parar los cabellos,
Parece que a todos ellos
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
Lo dejan a las mujeres—
El indio es indio y no quiere
Apiar de su condición,
Ha nacido indio ladrón
Y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas
Les mandan sus hechiceras
Y como ni a Dios veneran
Nada a los pampas contiene—
Hasta los nombres que tienen
Son de animales y fieras.—

Y son, ¡por Cristo bendito!
Los más desasiaos del mundo—
Esos indios vagabundos,
Con repugnancia me acuerdo,
Viven lo mesmo que el cerdo
En esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar
Una miseria mayor—
Supobreza causa horror— —
No sabe aquel indio bruto
Que la tierra no da fruto
Si no la riega el sudor.

5

Aquel desierto se agita
Cuando la invasión regresa—
Llevan miles de cabezas
De vacuno y yeguarizo .
Pa no afligirse es preciso
Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
De pampas—un celemín—
Cuando riunen el botín
Juntando toda la hacienda
En cantidá tan tremenda
Que no alcanza a verse al fin.

Vuelven las chinas cargadas
Con las prendas en montón;
Afligen esa destrucción—
Acomodaos en cargueros
Llevan negocios enteros
Que han saquiao en la invasión.

Su pretensión es robar,
No quedar en el pantano—
Viene a tierra de cristianos
Como furia del infierno;
No se llevan al gobierno
Porque no lo hayan a mano.

Vuelven locos de contentos
Cuando han venido a la fija,
Antes que ninguno elija
Empiezan con todo empeño,
Como dijo un santiagueño,
A hacerse la repartija".

Se reparten el botín
Con igualdá, sin malicia;
No muestra el indio codicia
Ninguna falta comete—
Sólo en ésto se somete
A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
A sus toldos endriezan.
Luego la matanza empieza
Tan sin razón ni motivo
Que no queda animal vivo
De esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje
De que su oficio ha cumplido
Lo pasa por tendido
Volviendo a su araganiar—
Y entra la china a cueriar
Con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro
Algunas puntas se llevan,
Pero hay pocos que se atrevan
A hacer esas incursiones
Porque esos indios ladrones
Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
Deben de ser los más rudos—
Aunque andan medio desnudos,
Ni su conveniencia entienden;
Por una vaca que venden,
Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
Las he visto muchos años;
Pero si yo no me engaño
Concluyó este bandalaje,
Y esos bárbaros salvajes
No podrán hacer más daño.

Las tribus están deshechas,
Los caciques más altivos
Están muertos o cautivos
Privaos de toda esperanza,
Y de la chusma y la lanza
Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
Hasta por su diversión—
Pues hacen una junción
Que naides se la imagina,
Recién le toca a la china
El hacer su papelón.

Cuando el hombre es más salvaje
Trata pior a la mujer—
Yo no sé que pueda haber
Sin ella dicha ni goce,
¡Feliz el que la conoce
Y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
Busca a su lao los placeres —
Justo es que las considere
El hombre de corazón;
Sólo los cobardes son
Valiente con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
Pronta la mujer está
Cuando en su camino va
No hay peligro que la asuste;
No hay una a quien no le guste
Una obra de caridá—

No se halla una mujer
A la que esto no le cuadre—
Yo alabo al Eterno Padre,
No porque las hizo bellas,
Sino porque a todas ellas
Les dió corazón de madre.

Es piadosa y diligente
Y sufrida en los trabajo;
Tal vez su valor rebajo
Aunque la estimo bastante;
Mas los indios inorantes
La tratan como estropajo.

Echan la alma trabajando
Bajo el más duro rigor;
El marido es su señor;
Como tirano la manda
Porque el indio no se ablanda
Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
Ni sabe lo que es amar—
Ni que se puede esperar
De aquellos pechos de bronce!
Yo los conocí al llegar
Y los calé desde entonce.—

Mientras tiene que comer
Se queda muy sosegao—
Yo que en sus toldos he estao
Y sus costumbres oservo—
Digo que es como aquel cuervo
Que no volvió del mandao.

Es para él como un juguete
Escupir un crucifijo—
Pienso que Dios los maldijo
Y ansina el ñudo desato:
El indio, el chancho y el gato,
Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
No ocuparé su atención—
Debo pedirle perdón
Pues sin querer me distraje,
Por hablar de los salvajes
Me olvidé de la junción.

. . . .

Hacen un cerco de lanzas,
Los indios quedan ajuera,
Dentro la china ligera
Como yeguada en la trilla
Y empieza allí la cuadrilla
A dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques
Capitanejos y el trompa;
Tocando con toda pompa
Como un toque de fajina;

Adentro muere la china
Sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
A las pobres los quejidos:
Mas son lamentos perdidos—
Alrededor del cercao,
En el suelo están mamaos
Los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra
Y de ahi no sale jamás,
Llevan todas el compás
"Ioka-ioka" repitiendo
Me parece estarlas viendo
Más fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco
Sudando, hambrientas, juriosas
Desgreñadas y rotosas
De sol a sol se lo llevan—
Bailan, aunque truene o llueve
Cantando la mesma cosa.

6

El tiempo sigue en su giro
Y nosotros solitarios,
De los indios sanguinarios
No teníamos que esperar—
El que nos salvó al llegar
Era el más hospitalario.

Mostró noble corazón
Cristiano anhelaba ser—
La justicia es un deber,
Y sus méritos no callo,—
Nos regaló unos caballos
Y a veces nos vino a ver.

A la voluntad de Dios
Ni con la intención resisto—
El nos salvó... pero, ¡ah Chisto!
Muchas veces he deseado
No nos hubiera salvado
Ni jamás haberlo visto.

Quien recibe beneficios
Jamás los debe olvidar;
Y al que tiene que rodar
En su vida trabajosa,
Le pasan a veces cosas
Que son duras de pelar.—

Voy dentrando poco a poco
En lo triste del pasaje—
Cuando es amargo el brebaje
El corazón no se alegra,—
Dentró una virgüela negra
Que los diezmó a los salvajes.

Al sentir tal mortandá
Los indios desesperao,
Gritaban alborotaos:
Cristiano echando gualicho"
No quedó en los toldos bicho
Que no salió retobao.

Sus remedios son secretos,
Los tienen las adivinas —
No los conocen las chinas
Sino algunas ya muy vieja,
Y es la que los aconseja
Con mil embustes la india.

Allí soporta el paciente
Las terribles curaciones—
Pues en golpes y estrujones
Son los remdios aquellos—
Los agarran de los cabellos
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías
Que el presenciarlas da horror—
Brama el indio de dolor
Por los tormentos que pasa
Y untándolo todo en grasa
Lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba
Alrededor le hacen fuego—
Una china viene luego
Y al oído le dan gritos—
Hay algunos tan malditos
Que sana con ese juego.

A otros les cuecen, la boca
Aunque de dolor escruja—
Lo agarran allí y lo estrujan,
Labios le queman y dientes
Con un güevo bien caliente,
De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
Y pierde toda esperanza--
Si a escapárselas alcanza
Dispara como una liebre
Le da delirios la fiebre
Y ya los cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
Y aunque de esto no disputo
Ni de saber me reputo,
Será, decíamos nosotros
De tanta carne de potro
Como comen estos brutos.

Había un gringuito cautivo
Que siempre hablaba del barco
Y lo augaron en un charco
Por causante de la peste—
Tenía los ojos celeste
Como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte
Dispuso una china vieja.
Y aunque se aflige y se queja,
Es inútil que resista, —
Ponía el infeliz la vista
Como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos
Para no ver tanto estrago—
Cruz sentía los amagos
De la peste que reinaba—
Y la idea nos acosaba
De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
El destino se rebela—
¡La sangre se me congela!
El que nos había salvado,
Cayó también atacado
De la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar;
Al verlo en tal padecer
El fin que debía tener.
Y Cruz era tan humano
"Vamos, me dijo, paisano
"A cumplir con un deber".

Fuimos a estar a su lado
Para ayudarlo a curar—
Lo vinieron a buscar
Y hacerle como a los otros
Lo defendimos nosotros,
No lo dejamos lanciar.

Iba creciendo la plaga
Y la mortandá seguía,
A su lado nos tenía
Cuidándolo con paciencia
Pero acabó su esistencia
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormentaba
Se renueva mi pesar—
Me dan ganas de llorar
Nada a mis penas igualo
Cruz también cayó muy malo
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
Cuanto tuve que sufrir;
Yo no hacía sino gemir
Y aumentaba mi aflición,
No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.—

Se le pasmó la virgüela,
Y el pobre estaba en un grito-
Me recomendó un hijito
Que en su pago había dejado,
"Ha quedado abandonado,
"Me dijo, aquel pobrecito.

'Si vuelve, busquemeló—
"Me repetía a media voz—
"En el mundo éramos dos
"Pues él ya no tiene madre;
"Que sepa el fin de su padre
"Y encomiende mi alma a Dios".

Lo apretaba contra el pecho
Dominao por el dolor—
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles—
Sufriendo dolores crueles
Entregó su alma al criador.

De rodillas a su lado
Yo lo encomendé a Jesús!—
Faltó a mis ojos la luz
Tuve un terrible desmayo—
Cái como herido del rayo
Cuando lo ví muerto a Cruz.

7

Aquel bravo compañero
En mis brazos espiró;
Hombre que tanto sirvió,
Varón que fué tan prudente,
Por humano y por valiente
En el desierto murió.—

Y yo, con mis propias manos
Yo mismo lo sepulté—
A Dios por su alma rogué
De dolor el pecho lleno—
Humedeció aquel terreno
El llanto que derramé.

Cumplí con mi obligación,
No hay falta de que me acuse
Ni deber de que me escuse
Aunque de dolor sucumba—
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
Y todo me fastidiaba—
El pesar me dominaba
Y entregao al sentimiento,
Se me hacía a cada momento
Oir a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos los criollos
Saben lo que es amargura—
En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo
Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
Sin haber naides conmigo—
Teniendo a Dios por testigo—
Y mis pensamientos fijos,
En mi mujer y mis hijos,
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
Y perdido en tiera ajena
Parece que se encadena
El tiempo y que no pasara
Como si el sol se parara
A contemplar tanta pena.

Sin saber qué hacer de mí
Y entregado a mi aflición,
Estaba allí una ocasión,
Del lado que venía el viento
Oí unos tristes lamentos
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
En los toldos del salvaje,
Pues aquel es vandalaje,
Donde no se arregla nada
Sino a lanza y puñalada
A bolazos y a coraje.

No preciso juramento,
Deben creerle a Martín Fierro—
He visto en ese destierro
A un salvaje que se irrita,
Degollar una chinita
Y tirársela a los perros.

He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades—
Crímenes y atrocidades
Que el cristiano no imagina,
Pues ni el indio ni la china
Sabe lo que son piedades.

8

Más tarde supe por ella,
De manera positiva,
Que dentró una comitiva
De pampas a su partido,
Mataron a su marido
Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
Hacían dos años que estaba—
Un hijito que llevaba
A su lado lo tenía—
La china la aborrecía
Tratándola como esclava.

Deseaba para escaparse
Hacer una tentativa —
Pues a la infeliz cautiva
Naides la va a redimir,
Y allí tiene que sufrir
El tormento mientras viva.

Quise curiosear los llantos
Que llegaban hasta mí,
Al punto me dirigí
Al lugar ande venían—
Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí.

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena—
Y como una Madalena
Lloraba con toda gana—
Conocí que era cristiana
Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué
A un indio que estaba al lao;
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,
Y vi que tenía en la mano
El rebenque ensangrentao.

Aquella china perversa
Dende el punto que llegó,
Crueldá y orgullo mostró
Porque el indio era valiente—
Usaba un collar de dientes
De cristianos que él mató.

La mandaba trabajar
Poniendo cerca a su hijito
Tiritando y dando gritos
Por la mañana temprano
Atado de pies y manos
Lo mesmo que un corderito.

Ansí le imponía tarea
De juntar leña y sembrar
Viendo a su hijo llorar,
Y hasta que no terminaba,
La china no la dejaba
Que le diera de mamar.

Cuando no tenía trabajo
La emprestaban a otra china—
Naides, decía, se imagina,
Ni es capaz de presumir
Cuanto tiene que sufrir
La infeliz que está cautiva.

Si ven crecido a su hijito
Como de piedá no entienden,
Y a súplicas nunca atienden,
Cuando no es este es el otro,
Se lo quitan y lo venden
O lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos
Son bárbaros por demás,
No lo había visto jamás,
En una tabla lo atan
Los crían ansí, y les achatan
La cabeza por detrás.

Aunque esto parezca estraño
Ninguno lo ponga en duda;
Entre aquella gente ruda,
En su bárbara torpeza,
Es gala que la cabeza
Se les forme punteaguda.

Aquella china malvada
Que tanto la aborrecía,
Empezó a decir un día
Porque falleció una hermana,
Que sin duda la cristiana
Le había echao brujería.

El indio la sacó al campo
Y la empezó a amenazar
Que le había de confesar
Si la brujería era cierta;
Y que la iba a castigar
Hasta que quedara muerta.

Llora la pobre afligida
Pero el indio en su rigor,
Le arrebató con furor
Al hijo de entre sus brazos,
Y del primer rebencazo
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
Azotándola seguía,—
Más y más se enfurecía
Cuando más le castigaba,
Y la infeliz se atajaba
Los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso
"*Confechando no querés*"
La dió vuelta de un revés
Y por colmar su amargura,
A su tierna criatura
Se la degolló a los pies.

Es increíble, me decía,
Que tanta fiereza esista,
No habrá madre que resista,
Aquel salvaje inclemente
Cometió tranquilamente
Aquel crimen a su vista.—

Esos horrores tremendos
No los inventa el cristiano—
"Ese bárbaro inhumano",
Sollozando me lo dijo,
"Me amarró luego las manos
Con las tripas de mi hijo".

9

De ella fueron los lamentos
Que en mi soledá escuché—
En cuanto al punto llegué
Quedé enterado de todo—
Al mirarla de aquel modo
Ni un instante turtubié.

Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva,
Tenía dende abajo arriba
La marca de los lazazos,—
Los trapos hechos pedazos
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo
En sus lágrimas bañada,
Tenía las manos atadas,
Su tormento estaba claro;
Y me clavó una mirada
Como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo qué pasó
En mí pecho en ese instante,
Estaba el indio arrogante
Con una cara feroz;
Para entendernos los dos
La mirada fué bastante.

Pegó un brinco como un gato
Y me ganó la distancia,
Aprovechó esa ganancia
Como fiera cazadora—
Desató las boliadoras
Y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
Y no por buscar contienda,
Al pingo le até la rienda,
Eché mano dende luego,
A este que no yerra fuego,
Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
Al momento conocí—
Nos mantuvimos ansí,
Me miraba y lo miraba;
Yo al indio le desconfiaba
Y él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precavido
Cuando el indio se agazape—
En esa postura el tape
Vale por cuatro o por cinco—
Como tigre es para el brinco
Y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar
Y era peligro el jüir;
Y más peligro seguir
Esperando de ese modo,
Pues otros podían venir
Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
Muchas veces me he salvao,
Pues en un trance apurao
Es mortal cualquier descuido—
Si Cruz hubiera vivido
No habría tenido cuidao.

Un hombre junto con otro
En valor y juerza crece—
El temor desaparece,
Escapa de cualquier trampa—
Entre dos, ¡no digo a un pampa,
A la tribu si se ofrece!

En tamaña incertidumbre
En trance tan apurao,
No podía por descontao
Escaparme de otra suerte,
Sino dando al indio muerte
O quedando allí estirao.

Y como el tiempo pasaba
Y aquel asunto me ardía,
Viendo que no se movía,
Me fuí medio de soslayo

Como a agarrarle el caballo
A ver si se me venía.

Ansí fué, no aguardó más
Y me atropelló el salvaje—
Es preciso que se ataje
Quien con el indio pelee—
El miedo de verse a pie
Aumentaba su coraje.

En la dentrada nomás
Me largó un par de bolazos—
Uno me tocó en un brazo
Si me da bien, me lo quiebra.—
Pues las bolas son de piedra
Y vienen como balazos.

A la primer puñalada
El pampa se hizo un ovillo—
Era el salvaje más pillo
Que he visto en mis correrías—
Y a más de las picardías
Era arisco pa el cuchillo.

Las bolas las manejaba
Aquel bruto con destreza,
Las recogía con presteza
Y me las volvía a largar,
Haciéndomelas silbar
Arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos
Era cauteloso... ¡ay juna!
Ahi me valió la fortuna
De que peliando se apotra—
Me amenazaba con una,
Y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia
En aquel percance amargo,
En momentos que lo cargo
Y que él reculando va—
Me enredé en el chiripá
Y caí tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
Tiempo el salvaje me dió;
Cuando en el suelo me vió
Me saltó con ligereza,
Juntito de la cabeza
El bolazo retumbó.—

Ni por respeto al cuchillo
Dejó el indio de apretarme—
Allí pretende ultimarme
Sin dejarme levantar—
Y no me daba lugar
Ni siquiera a enderezarme.

De balde quiero moverme
Como persona resuelta
Aquel indio no me suelta—
Toda mi juerza ejecuto—
Pero bajo de aquel bruto
No podía ni darme güelta.

. . . .

¡Bendito Dios poderoso,
Quién te puede comprender!
Cuando a una débil mujer
Le diste en esa ocasión
La juerza que en un varón
Tal vez no pudiera haber.

Esa infeliz tan llorosa
Viendo el peligro se anima
Como una flecha se arrima
Y olvidando su aflición,
Le pegó al indio un tirón
Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
Me libertó del apuro—
Si no es ella, de siguro
Que el indio me sacrifica—
Y mi valor se duplica
Con un ejemplo tan duro.

En cuanto me enderecé
Nos volvimos a topar—
No se podía descansar
Y me chorriaba el sudor—

En un apuro mayor
Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce
Como deben suponer
Se había aumentado mi quehacer
Para impedir que el brutazo,
Le pegara algún bolazo
De rabia a aquella mujer.—

La bola en manos del indio
Es terrible y muy ligera—
Hace de ella lo que quiera
Saltando como una cabra—
Mudos, sin decir palabra,
Peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto
Nunca, jamás se me olvida,
Iba jugando la vida
Con tal terrible enemigo,
Teniendo allí de testigo
A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía
Yo más me empiezo a calmar;
Mientras no logra matar
El indio no se desfoga—
Al fin le corté una soga
Y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas
De un bolazo aquel maldito;
Y al tiempo que le dí un grito
Y le dentro como bala
Pisa el indio y se refala
En el cuerpo del chiquito.

Para esplicarle el misterio
Es muy escasa mi cencia—
Lo castigó en mi concencia
Su Divina Majestá—
Donde no hay casualidá
Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló
Más de firme lo cargué,

Y aunque de nuevo hizo pie
Lo perdió aquella pisada;
Pues en esa atropellada
En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
Se puso medio afligido—
Pero era indio decidido.
Su valor no se quebranta—
Le salían de la garganta
Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza
La sangre lo enceguecía.
De otra herida le salía
Haciendo un charco ande estaba;
Con los pies la chapaliaba
Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
Formábamos aquel terno—
Ella en su dolor materno,
Yo con la lengua dejuera,
Y el salvaje como fiera
Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
Que tocaban a degüello—
Se le erizaba el cabello
Y los ojos revolvía—
Los labios se le perdían
Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
Le pegué un golpe sentido,
Y al verse ya mal herido,
Aquel indio foribundo
Lanzó un terrible alarido—
Que retumbó como un ruido
Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar
En el cuchillo lo alcé—
En peso lo levanté
Aquel hijo del desierto—
Ensartado lo llevé,

Y allá recién lo largué,
Cuando yo lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
De haber salvado la vida;
Aquella pobre afligida
De rodillas en el suelo
Alzó sus ojos al cielo
Sollozando dolorida.

Me hinqué también a su lado
A dar gracias a mi Santo—
En su dolor y quebranto
Ella, a la Madre de Dios,
Le pide en su triste llanto
Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa la leona
Cuando acabó de implorar,
Y sin dejar de llorar
Envolvió en sus trapitos
Los pedazos de su hijito
Que yo le ayudé a juntar.

10

Dende ese punto era juerza
Abandonar el desierto,
Pues me hubieran descubierto,
Y aunque lo maté en pelea,
De fijo que me lancean
Por vengar el indio muerto.

A la afligida cautiva
Mi caballo le ofrecí—
Era un pingo que adquirí,
Y donde quiera que estaba
En cuanto yo le silbaba
Venía a refregarse en mí.

Yo me le senté al del pampa;
Era un oscuro tapao—
Cuando me hallo bien montao
De mis casillas me salgo—

Y era un pingo como galgo
Que sabía correr boliao.—

Pa correr en el camino
No halla ningún tropiezo—
Los ejercitan en eso—
Y los ponen como luz,
De dentrarle a un avestruz
Y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo
Como para un entrevero—
Como rayo es de ligero
En cuanto el indio lo toca—
Y como trompo en la boca,
Da güelta sobre de un cuero.

Lo barea en la madrugada—
Jamás falta a este deber—
Luego lo enseña a correr
Entre fangos y guadales,
Ansina esos animales
Es cuanto se puede ver!

En el caballo de un pampa
No hay peligro de rodar—
Jué pucha—y para disparar
Es pingo que no se cansa—
Con prolijidá lo amansa
Sin dejarlo corcobiar.

Pa quitarle las cosquillas
Con cuidao lo manosea;
Horas enteras emplea,
Y por fin, sólo lo deja
Cuando agacha las orejas
Y ya el potro no cocea.

Jamás le sacude un golpe
Porque lo trata al bagual
Con paciencia sin igual,
Al domarlo no le pega,
Hasta que al fin se le entrega
Ya dócil el animal.

Y aunque yo sobre los bastos
Me sé sacudir el polvo—

A esa costumbre me amoldo—
Con paciencia lo manejan
Y al día siguiente lo dejan
Rienda arriba junto al toldo.

Ansí todo el que procure
Tener un pingo modelo—
Lo ha de cuidar con desvelo
Y debe impedir también,
El que de golpes le den
O tirones en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
Con el rigor y el azote,
Y si ven al chafalote
Que tiene trazas de malo,
Lo embraman en algún palo
Hasta que se descogote.

Todo se vuelve protestos
Y güeltas para ensillar
Dicen que es para montarlo
Mas compriende cualquier bobo,
Que es de miedo del corcobo
Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo,
Perdónenme esta alvertencia,
Es de mucha conocencia
Y tiene mucho sentido—
Es animal consentido,
Lo cautiva la paciencia.—

Aventaja a los demás
El que esas cosas entienda—
Es bueno que el hombre apriendа,
Pues hay pocos domadores,
Y muchos frangoyadores
Que andan de bozal y rienda

. . . .

Me vine como les digo
Trayendo esa compañera—
Marchamos la noche entera
Haciendo nuestro camino
Sin más rumbo que el destino
Que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
Había tratao de enterrarlo,
Y después de maniobrarlo
Lo tapé bien con las pajas,
Para llevar de ventaja
Lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausencia
Nos habían de perseguir—
Y al decidirme a venir,
Con todo mi corazón
Hice la resolución
De peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
Cruzar juyendo el desierto—
Muchísimos de hambre han muerto;
Pues en tal desasosiego,
No se puede ni hacer fuego
Para no ser descubierto.—

Sólo el arbitrio del hombre
Puede ayudarlo a salvar—
No hay auxilio que esperar,
Sólo de Dios hay amparo—
En el desierto es muy raro
Que uno se pueda escapar.

Todo es cielo y horizonte
En inmenso campo verde!
¡Pobre de aquel que se pierde
O que su rumbo estrabea!
Si alguien cruzarlo desea
Este consejo recuerde:—

Marque su rumbo de día
Con toda fidelidad—
Marche con puntualidá
Siguiéndolo con fijeza,
Y si duerme, la cabeza
Ponga para el lao que va.—

Oserve con todo esmero
Adonde el sol aparece,
Si hay neblina y entorpece
Y no lo puede oservar,

Guárdese de caminar
Pues quien se pierde perece.

Dios le dió instintos sutiles
A toditos los mortales—
El hombre es uno de tales
Y en las llanuras aquellas—
Lo guían el sol, las estrellas,
El viento y los animales.

Para ocultarnos de día
A la vista del salvaje,
Ganábamos un paraje
En que algún abrigo hubiera—
A esperar que anocheciera
Para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase
Y miserias padecimos—
Varias veces no comimos
Y comimos carne cruda,
Y en otras, no tengan duda,
Con raíces nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir
Tan peligrosa inquietú—
Alcanzamos con salú
A divisar una sierra,
Y al fin pisamos la tierra
En donde crece el ombú.—

Nueva pena sintió el pecho
Por Cruz, en aquel paraje—
Y en humilde vasallaje
A la majestá infinita,
Besé esa tierra bendita
Que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia
De Dios nos quiso amparar;
Es preciso soportar
Los trabajos con costancia—
Alcanzamos una estancia
Después de tanto penar.

Ahi mesmo me despedí
De mi infeliz compañera—

"Me voy—la dije—ande quiera,
"Aunque me agarre el gobierno
"Pues infierno por infierno,
"Prefiero el de la frontera".—

Concluyo esta relación,
Ya no puedo continuar,
Permítanme descansar;
Están mis hijos presentes,
Y yo ansioso por que cuenten
Lo que tengan que contar.—

11

Y mientras que tomo un trago
Pa refrescar el garguero—
Y mientras tiembla el muchacho
Y prepara su estrumento—
Les contaré de qué modo
Tuvo lugar el encuentro.—

Me acerqué a algunas estancias
Por saber algo de cierto,
Creyendo que en tantos años
Esto se hubiera compuesto;
Pero cuanto saqué en limpio
Fué que estábamos lo mesmo.

Ansí me dejaba andar
Haciéndome el chancho rengo,
Porque no me convenía
Revolver el avispero;
Pues no inorarán ustedes
Que en cuentas con el gobierno

Tarde o temprano lo llaman
Al pobre a hacer el arreglo;
Pero al fin tuve la suerte
De hallar un amigo viejo,
Que de todo me informó,
Y por él supe al momento,

Que el Juez que me perseguía
Hacía tiempo que era muerto,

Por culpa suya he pasado
Diez años de sufrimiento,
Y no son pocos diez años
Para quien ya llega a viejo.

Y los he pasado ansí,
Si en mi cuenta no me yerro:
Tres años en la frontera,
Dos como gaucho matrero,
Y cinco allá entre los indios
Hacen los diez que yo cuento.

Me dijo a más ese amigo,
Que anduviera sin recelo,
Que todo estaba tranquilo,
Que no perseguía el Gobierno;
Que ya nadie se acordaba
De la muerte del moreno.—

Aunque si yo lo maté
Mucha culpa tuvo el negro;
Estuve un poco imprudente,
Puede ser, yo lo maté,
Pero él me precipitó
Porque él me cortó primero.—

Y a más, me cortó en la cara
Que es un asunto muy serio.
—Me asiguró el mesmo amigo
Que ya no había ni el recuerdo
De aquel que en la pulpería
Lo dejé mostrando el sebo.

El, de engreído me buscó,
Yo ninguna culpa tengo;
El mesmo vino a peliarme,
Y tal vez me hubiera muerto
Si le tengo más confianza
O soy un poco más lerdo.—

Fué suya toda la culpa
Porque ocasionó el suceso.
—Que ya no hablan tampoco,
Me lo dijo muy de cierto
De cuando con la partida
Llegué a tener el encuentro,

Esa vez me defendí
Como estaba en mi derecho,
Porque fueron a prenderme
De noche y en campo abierto—
Se me acercaron con armas,
Y sin darme voz de preso.

Me amenazaron con gritos
De un modo que daba miedo—
Que iban a arreglar mis cuentas
Tratándome de matrero
Y no era el jefe que hablaba
Sino un cualquiera de entre ellos.

Y ese, me parece a mí
No es modo de hacer arreglos,
Ni con el que es inocente,
Ni con el culpable menos.
—Con semejantes noticias
Yo me puse muy contento.

Y me presenté ande quiera
Como otros pueden hacerlo—
—De mis hijos he encontrado
Sólo a dos hasta el momento—
Y de ese encuentro feliz
Le doy las gracias al cielo.

A todos cuantos hablaba
Les preguntaba por ellos,
Mas no me daba ninguno,
Razón de su paradero;—
Casualmente el otro día
Llegó a mi conocimiento,

De una carrera muy grande
Entre varios estancieros—
Y fuí como uno de tantos
Aunque no llevaba un medio.
No faltaban, ya se entiende
En aquel gauchaje inmenso

Muchos que ya conocían
La historia de Martín Fierro;
Y allí estaban los muchachos
Cuidando unos parejeros—

Cuando me oyeron nombrar
Se vinieron al momento,

Diciéndome quiénes eran
Aunque no me conocieron,
Porque venía muy aindiao
Y me encontraban muy viejo.
La junción de los abrazos,
De los llantos y los besos

Se deja pa las mujeres
Como que entienden el juego.
Pero el hombre que comprende
Que todos hacen lo mesmo,
En público canta y baila,
Abraza y llora en secreto.

Lo único que me han contado
Es que mi mujer ha muerto.
Que en procuras de un muchacho
Se fué la infeliz al pueblo,
Donde infinitas miserias
Habrá sufrido por cierto.

Que por fin a un hospital
Fué a parar medio muriendo,
Y en ese abismo de males
Falleció al muy poco tiempo.
—Les juro que de esa pérdida
Jamás he de hallar consuelo.

Muchas lágrimas me cuesta
Dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes
Aunque alegrías no tengo;
Me parece que el muchacho
Ha templao y está dispuesto.

Vamos a ver que tal lo hace,
Y juzgar su desempeño—
Ustedes no los conocen,
Yo tengo confianza en ellos—
No porque lleven mi sangre,
Eso fuera lo de menos,

Sino porque dende chicos
Han vivido padeciendo.

Los dos son aficionados—
Les gusta jugar con fuego,
Vamos a verlos correr—
Son cojos... hijos de rengo.

EL HIJO SEGUNDO DE MARTIN FIERRO

12

LA PENITENCIARIA

Aunque el gajo se parece
Al árbol de donde sale,
Solía decirlo mi madre
Y en su razón estoy fijo:
"Jamás puede hablar el hijo
Con la autoridá del padre".

Recordarán que quedamos
Sin tener donde abrigarnos;
Ni ramada ande guardarnos,
Ni rincón donde meternos,
Ni camisa que ponernos
Ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe
Lo que es vivir sin amparo;
Yo con verdá les declaro,
Aunque es por demás sabido—
Dende chiquito he vivido
En el mayor desamparo.—

No le merman el rigor
Los mesmos que lo socorren—
Tal vez por que no se borren
Los secretos del destino,
De todas partes lo corren
Como ternero dañino.

Y viven como los bichos
Buscando alguna rendija—
El güérfano es sabandija
Que no encuentra compasión,

Y el que anda sin direción
Es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
Algún oyente le cuadre—
Ni casa tenía, ni madre,
Ni parentela, ni hermanos;
Y todos limpian sus manos
En el que vive sin padre.

Lo cruza éste de un lazazo,
Lo abomba aquel de un moquete,
Otro le busca el cachete
Y entre tanto soportar,
Suele a veces no encontrar
Ni quien le arroje un soquete.

Si lo recogen lo tratan
Con la mayor rigidez—
Piensan que es mucho tal vez
Cuando ya muestra el pellejo
Si le dan un trapo viejo,
Pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues, como les digo,
Desnudo a veces y hambriento,
Me ganaba mi sustento,
Y ansí los años pasaban—
Al ser hombre me esperaban
Otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden,
Lo que les voy a decir:
En la escuela del sufrir
He tomado mis leciones
Y he hecho mis refleciones
Dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
La motiva mi inorancia,
No vengo con arrogancia;
Y les diré en conclusión
Que trabajando de pión
Me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede
Hacerle al pobre un calvario;

A un vecino propietario
Un boyerón le mataron,
Y aunque a mí me lo achacaron
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
En la vergüenza y la pena
De que tendría el alma llena
Al verme ya tan temprano
Igual a los que sus manos
Con el crimen envenenan.

Declararon otros dos
Sobre el caso del dijunto;
Mas no se aclaró el asunto,
Y el Juez por darlas de listo
"Amarrados como un Cristo,
"Nos dijo, irán todos juntos".

'A la Justicia Ordinaria
'Voy a mandar a los tres".—
Tenía razón aquel Juez
Y cuantos ansí amenacen,
Ordinaria... es como lo hacen,
Lo he conocido después.

Nos remitió como digo
A esa Justicia Ordinaria—
Y fuímos con la sumaria
A esa cárcel de malevos,
Que por el bautismo nuevo
Le llaman Penitenciaria.—

El porqué tiene ese nombre
Naides me lo dijo a mí
Mas yo me lo explico ansí.—
Le dirá Penitenciaria
Por la penitencia diaria
Que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
Tiene que sufrir un poco—
Naides lo ampara tampoco
Si no cuenta con recursos—
El gringo es de más discurso,
Cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió
En aquella sepoltura;
Si de ajuera no lo apuran,
El asunto va con pausa;
Tienen la presa sigura
Y dejan dormir la causa.

Inora el preso a qué lado
Se inclinará la balanza—
Pero es tanto la tardanza
Que yo les digo por mí—
El hombre que dentre allí
Deje afuera la esperanza.

Sin perfecionar las leyes
Perfecionan el rigor—
Sospecho que el inventor
Habrá sido algún maldito—
Por grande que sea un delito
Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
El corazón más altivo—
Los llaveros son pasivos,
Pero más secos y duros
Tal vez que los mesmos muros
En que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas
En lo que usté penará,
Sino en una soledá
Y un silencio tan profundo,
Que parece que en el mundo
Es el único que está.

El más altivo varón
Y de colmillo gastao,
Allí se vería agobiao
Y su corazón marchito
Al encontrarse encerrao
A solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
Ahí todos salen corderos,
No puede el más altanero
Al verse entre aquellas rejas,

Sino amujar las orejas
Y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
El rigor de aquellas penas—
Yo que sufrí las cádenas
Del destino y su inclemencia:
Que aprovechen la esperencia
Del mal en cabeza ajena.

Ay! madres las que dirigen
Al hijo de sus entrañas,
No piensen que las engaña,
Ni que les habla un falsario;
Lo que es el ser presidario
No le sabe la compaña.

Hijas, esposas, hermanas,
Cuantas quieran a un varón—
Díganles que esa prisión
Es un infierno temido—
Donde no se oye más ruido
Que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,
La noche no tiene estrellas—
Sin que le valgan querellas
Encerrao lo purifican;
Y sus lágrimas salpican
En las paredes aquellas.

En soledá tan terrible
De su pecho oye el latido—
Lo sé, porque lo he sufrido
Y creameló el auditorio,
Tal vez en el purgatorio
Las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas
Para más atormentarse,
Su lágrima al redamarse
Calcula en sus afliciones,
Contando las pulsaciones,
Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo,
Allí se duebla el más juerte,

El silencio es de tal suerte
Que cuando llegue a venir,
Hasta se le han de sentir
Las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
Se hace una revolución—
Metido en esa prisión
De tanto no mirar nada,
Le nace y queda grabada
La idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos
En todo pensaba yo—
Al hombre que allí dentró
De memoria más ingrata—
Fielmente se le retrata
Todo cuanto ajuera vió.

Aquel que ha vivido libre
De cruzar por donde quiera,
Se aflige y se desespera
De encontrarse allí cautivo;
Es un tormento muy vivo
Que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión
Sin poderme conformar,
No cesaba de esclamar:
¡Qué diera yo por tener,
Un caballo en que montar
Y una pampa en qué correr!

En un lamento costante
Se encuentra siempre embretao—
El castigo han inventao
De encerrarlo en las tinieblas—
Y allí está como amarrao,
A un fierro que no se dueble.

No hay un pensamiento triste
Que al preso no lo atormente—
Bajo un dolor permanente
Agacha al fin la cabeza—
Porque siempre es la tristeza
Hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos
Pero su pena no alivia;
En esa costante lidia
Sin un momento de calma,
Contempla con los del alma
Felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
Detrás de aquellas murallas—
El varón de más agallas,
Aunque más duro que un perno,
Metido en aquel infierno
Sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazón
Se le quiere reventar,
Pero no hay sino aguantar
Aunque sosiego no alcance—
Dichoso en tan duro trance
Aquel que sabe rezar!—

Dirige a Dios su plegaria
El que sabe una oración!
En esa tribulación
Gime olvidado del mundo,
Y el dolor es más profundo
Cuando no haya compasión.

En tan crueles pesadumbres,
Es tan duro padecer,
Empezaba a encanecer
Después de muy pocos meses—
Allí lamenté mil veces
No haber aprendido a leer.

Viene primero el furor,—
Después la melancolía;
En mi angustia no tenía
Otro alivio ni consuelo,
Sino regar aquel suelo
Con lágrimas noche y día.

A visitar otros presos
Sus familias solían ir,
Naides me visitó a mí
Mientras estuve encerrao—

¡Quien iba a costiarse allí
A ver un desamparao!

¡Bendito sea el carcelero
Que tiene buen corazón!
Yo sé que esta bendición
Pocos pueden alcanzarla—
Pues si tienen compasión
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
Espresar cuánto he sufrido;
En el encierro metido,
Llaves, paredes, cerrojos—
Se graban tanto en los ojos
Que uno los ve hasta dormido.

. . . .

El mate no se permite—
No le permiten hablar,
No le permiten cantar
Para aliviar su dolor—
Y hasta el terrible rigor
De no dejarlo fumar.

La justicia muy severa
Suele rayar en crueldá;
Sufre el pobre que allí está
Calenturas y delirios,
Pues no existe pior martirio
Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
Por sólo el gusto de hablar,
Pero nos mandan callar
Y es preciso conformarnos;
Pues no se debe irritar
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
Sufre en silencio sus males—
Y uno en condiciones tales
Se convierte en animal,
Privao del don principal
Que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
Por qué motivo será,
Que el preso privado está
De los dones más preciosos,
Que el justo Dios bondadoso
Otorgó a la humanidá.

Pues que de todos los bienes,
En mi inorancia lo infiero,
Que le dió al hombre altanero
Su divina Majestá:
La palabra es el primero,
El segundo es la amistá.

Y es muy severa la ley
Que por un crimen o un vicio,
Somete al hombre a un suplicio
El más tremendo y atroz,
Privado de un beneficio
Que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto—
El silencio causa horror—
Ese continuo terror
Es el tormento más duro—
Y en un presidio siguro
Está de más el rigor.—

Inora uno si de allí
Saldrá para la sepultura—
El que se halla en desventura
Busca a su lado otro ser;
Pues siempre es bueno tener
Compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá
Encontrar razón mejor,
Yo no soy rebuscador,
Y ésta me sirve de luz:
Se los dieron al Señor
Al clavarlo en una cruz.—

Y en la projundas tinieblas
En que mi razón esiste,
Mi corazón se resiste
A ese tormento sin nombre—

Pues el hombre alegra al hombre,
Y el hablar consuela al triste.

. . . .

Grábenlo como en la piedra
Cuanto he dicho en este canto—
Y aunque yo he sufrido tanto
Debo confesarlo aquí;
El hombre que manda allí
Es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás
A su ejemplo se manejan—
Pero por eso no dejan
Las cosas de ser tremendas;
Piensen todos y comprienđan
El sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
Con toda puntualidá,
Lo que con tal claridá
Les acabo de decir—
Mucho tendrán que sufrir
Si no creen en mi verdá.

Y si atienden mis palabras
No habrán calabozos llenos—
Manéjense como buenos;
No olviden esto jamás;
Aquí no hay razón de más;
Más bien las puse de menos.

Y con esto me despido,
Todos han de perdonar—.
Ninguno debe olvidar
La historia de un desgraciado,
Quien ha vivido encerrado
Poco tiene que contar.—

EL HIJO MAYOR DE MARTIN FIERRO

13

Lo que les voy a decir
Ninguno lo ponga en duda,

Y aunque la cosa es peluda
Haré la resolución,
Es ladino el corazón
Pero la lengua no ayuda.—

El rigor de las desdichas
Hemos soportao diez años-
Peregrinando entre estraño
Sin tener donde vivir:
Y obligados a sufrir
Una máquina de daños.

El que vive de ese modo
De todos es tributario;
Falta el cabeza primario
Y los hijos que él sustenta
Se dispersan como cuentas
Cuando se corta el rosario.

Yo anduve ansí como todos
Hasta que al fin de sus días
Supo mi suerte una tía
Y me recogió a su lado,
Allí viví sosegado
Y de nada carecía.—

No tenía cuidado alguno
Ni que trabajar tampoco—
Yo como muchacho loco
Lo pasaba de holzagán;
Con razón dice el refrán
Que lo bueno dura poco.

En mí todo su cuidado
Y su cariño ponía—
Como a un hijo que quería
Con cariño verdadero—
Y me nombró de heredero
De los bienes que tenía.—

El Juez vino sin tardanza
Cuando falleció la vieja—
"De los bienes que te deja,
"Me dijo, yo he de cuidar;
"Es un rodeo regular
"Y dos majadas de ovejas".

Era hombre de mucha labia
Con más leyes que un dotor—
Me dijo: "vos sos menor,
"Y por los años que tienes
"No podés manejar bienes,
"Voy a nombrarte un tutor".

Tomó un recuento de todo
Porque entendía su papel,
Y después de aquel pastel
Lo tuvo bien amasao,
Puso al frente un encargao,
Y a mí me llevó con él.—

Muy pronto estuvo mi poncho
Lo mesmo que cernidor;
El chiripá estaba pior,
Y aunque pa el frío soy guapo
Ya no me quedaba un trapo,
Ni pa el frío, ni pa el calor.

En tan triste desabrigo
Tras de un mes, iba otro mes,
Guardaba silencio el Juez,
La miseria me invadía—
Me acordaba de mi tía
Al verme en tal desnudez,

No sé decir con fijeza
El tiempo que pasé allí—
Y después de andar ansí
Como moro sin señor.
Pasé a poder del tutor
Que debía cuidar de mí.

14

Me llevó consigo un viejo
Que pronto mostró la hilacha—
Dejaba ver por la facha
Que era medio cimarrón,
Muy renegao, muy ladrón,
Y se llamaba Vizcacha.

Lo que el Juez iba buscando
Sospecho y no me equivoco—

Pero este punto no tocó
Ni su secreto averiguó—
Mi tutor era un antiguo
De los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas—
Con un empaque a lo toro;
Andaba siempre en un moro
Metido no sé en qué enriedos—
Con las patas como loro,
De estribar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros
Que era todo su placer,
Jamás dejó de tener
Menos de media docena—
Mataba vacas ajenas
Para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
Alguna res en el pago;
Y dejando allí el resago
Alzaba en ancas el cuero,
Que se lo vendía a un pulpero
Por yerba, tabaco y trago.

¡Ah! viejo más comerciante
En mi vida no he encontrao—
Con ese cuero robao
El arreglaba el pastel,
Y allí, entre el pulpero y él
Se estendía el certificao.—

La echaba de comedido;
En las trasquilas, lo viera,
Se ponía como una fiera
Si cortaban una oveja;
Pero de alzarse no deja
Un vellón o unas tijeras.

Una vez me dió una soba
Que me hizo pedir socorro,
Porque lastimé un cachorro
En el rancho de unas vascas—
Y al irse se alzó unas guascas,
Para eso era como zorro.—

Ay juna! dije entre mí,
Me has dao esa pesadumbre—
Ya verás cuando vislumbre
Una ocasión medio güena,
Te he de quitar la costumbre
De cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una vizcacha
Otra vez me reprendió—
Se lo vine a contar yo—
Y no bien se lo hube dicho;—
"Ni me nuembres ese bicho"
Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
Hallé prudente callar—
Este me va a castigar,
Dije entre mí, si se agravia—
Ya vi que les tenía rabia
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
De yeguas medio vichocas,
Después que voltió unas pocas
Las cerdiaba con empeño—
Yo vide venir al dueño
Pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
Y nos cayó como un rayo—
Se descolgó del cabayo
Revoliando el arriador—
Y lo cruzó de un lazazo
Ahí no más a mi tutor.

No atinaba don Vizcacha
A qué lado disparar,
Hasta que logró montar
Y de miedo del chicote,—
Se lo apretó hasta el cogote
Sin pararse a contestar.

Ustedes creerán tal vez
Que el viejo se curaría—
No señores, lo que hacía,
Con más cuidao dende entonces,

Era maniarlas de día
Para cerdiarlas de noche.

Ese fué el hombre que estuvo
Encargao de mi destino
Siempre anduvo en mal camino
Y todo aquel vecindario
Decía que era un perdulario,
Insufrible, de dañino.

Cuando el juez me lo nombró
Al dármelo de tutor,
Me dijo que era un señor
El que me debía cuidar—
Enseñarme a trabajar
Y darme la educación.

Pero qué había de aprender
Al lao de ese viejo paco,
Que vivía como un chuncaco
En los bañaos como el tero—
Un haragán, un ratero
Y más chillón que un barraco.

Tampoco tenía más bienes
Ni propiedá conocida
Que una carreta podrida,—
Y las paredes sin techo
De un rancho medio deshecho
Que le servía de guarida.—

Después de las trasnochadas
Allí venía a descansar—
Yo desiaba averiguar
Lo que tuviera escondido,
Pero nunca había podido
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas
Que habían sido más peludas,
Y con mis carnes desnudas,
El viejo, que era una fiera,
Me echaba a dormir ajuera,
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo fué casao,
Aunque yo lo desconfío,—

Y decía un amigo mío
Que de arrebatao y malo
Mató a su mujer de un palo
Porque le dió un mate frío.

Y viudo por tal motivo
Nunca se volvió a casar;
No era fácil encontrar
Ninguna que lo quisiera.
Todas temerían llevar
La suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella,
Sin duda, por su delito,
Y decía el viejo maldito
El tiempo que estuvo enfermo,
Que ella dende el mesmo infierno
Lo estaba llamando a gritos.

15

Siempre andaba retobao
Con ninguno sin hablar;
Se divertía en escarbar
Y hacer marcas con el dedo—
Y cuando se ponía en pedo
Me empezaba a aconsejar.

Me parece que lo veo
Con su poncho calamaco—
Después de echar un buen taco
Ansí prencipiaba a hablar:
"Jamás llegues a parar
Ande veas perros flacos".

"El primer deber del hombre
Es defender el pellejo—
Llevate de mi consejo,
Fijate bien en lo que hablo:
El diablo sabe por diablo,
Pero más sabe por viejo".

"Hacete amigo del juez,
No le des de qué quejarse;—

Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarsè".

"Nunca le llevés la contra
Porque él manda la gavilla—
Allí sentao en su silla
Ningún güey le sale bravo—
A uno le da con el clavo
Y a otro con la cantramilla".

"El hombre, hasta el más soberbio,
Con más espinas que un tala,
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca;
Hasta la hacienda baguala
Cae al jagüel con la seca".

"No andes cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón—
Conservate en el rincón
En que empezó tu esistencia—
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición".

Y menudiando los tragos,
Aquel viejo, como cerro—
"No olvides, me decía, Fierro,
Que el hombre no debe creer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro".

"No te debes afligir
Aunque el mundo se desplome—
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro
Que nunca olvida ande come".

"Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo—
Lo que es yo nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo—
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos".

"El zorro que ya es corrido
Dende lejos la olfatea;
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche—
La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche".

"El que gana su comida
Bueno es que en silencio coma,
Ansina, vos ni por broma,
Quieras llamar la atención:
Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma".

"Yo voy donde me conviene
Y jamás me descarrilo;
Llevate el ejemplo mío
Y llenarás la barriga;
Aprendé de las hormigas,
No van a un noque vacío".

"A naides tengas envidia,
Es muy triste el envidiar,
Cuando veas a otro ganar
A estorbarlo no te metas—
Cada lechón en su teta
Es el modo de mamar".

"Ansí se alimentan muchos
Mientras los pobres lo pagan—
Como el cordero hay quien lo haga
En la puntita no niego—
Pero otros como el borrego
Toda entera se la tragan".

"Si buscás vivir tranquilo
Dedicate a solteriar—
Mas si te querés casar,
Con esta alvertencia sea,
Que es muy difícil guardar
Prendas que otros codicean".

"Es un bicho la mujer
Que yo aquí no la destapo;
Siempre quiere al hombre guapo,
Mas fijate en la eleción,

Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo".

Y gangoso con la tranca,
Me solía decir: "potrillo,
Recién te apunta el colmillo,
Mas te lo dice un toruno:
No dejes que hombre ninguno
Te gane el lao del cuchillo".

"Las armas son necesarias
Pero naides sabe cuándo;
Ansina, si andás pasiando,
Y de noche sobre todo,
Debés llevarlo de modo
Que al salir salga cortando".

"Los que no saben guardar
Son pobres, aunque trabajen,—
Nunca por más que se atajen
Se librarán del cimbrón,—
Al que nace barrigón
Es al nuño que lo fajen".

"Donde los vientos me llevan
Allí estoy como en mi centro;
Cuando una tristeza encuentro
Tomo un trago pa alegrarme,
A mí me gusta mojarme
Por ajuera y por adentro".

"Vos sos pollo y te convienen
Toditas estas razones,
Mis consejos y leciones
No echés nunca en el olvido—
En las riñas he aprendido
A no peliar sin puyones".

Con estos consejos y otros
Que yo en mi memoria encierro,
Y que aquí no desentierro,
Educándome seguía—
Hasta que al fin se dormía
Mesturao entre los perros.

16

Cuando el viejo cayó enfermo
Viendo yo que se empioraba,
Y que esperanza no daba
De mejorarse siquiera—
Le truje una culandrera—
A ver si lo mejoraba.—

En cuanto lo vió, me dijo:
"Este no aguanta el sogazo—
Muy poco le doy de plazo,
Nos va a dar un espetáculo,
Porque debajo del brazo
Le ha salido un tabernáculo".

Dice el refrán que en la tropa
Nunca falta un güey corneta—
Uno que estaba en la puerta
Le pegó el grito hay nomás:
"Tabernáculo... qué bruto,
Un tubérculo dirás".

Al verse así interrumpido
Al punto dijo el cantor:
"No me parece ocasión
De meterse los de ajuera,
"Tabernáculo, señor,
Le decía la culandrera".

El de ajuera repitió
Dándole otro chaguarazo:
"Allá va un nuevo bolazo,
Copo y se la gano en puerta:
A las mujeres que curan
Se les llama curanderas".

No es bueno, dijo el cantor,
Muchas manos en un plato,
Y diré al que ese barato
Ha tomado de entremetido,
Que no creía haber venido
A hablar entre literatos.—

Y para seguir contando
La historia de mi tutor,

Le pediré a este dotor
Que en mi concencia me deje,
Pues siempre encuentra el que teje
Otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,
Cada vez más emperrao—
Yo estaba ya acobardao
Y lo espiaba desde lejos:
Era la boca del viejo,
La boca de un condenao.—

Allá pasamos los dos
Noches terribles de invierno—
El maldecía al Padre Eterno
Como a los santos benditos—
Pidiéndole al diablo a gritos
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
Que a tal punto mortifica—
Cuando vía una reliquia
Se ponía como azogado.
Como si a un endemoniado
Le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
Pues era de mala entraña;
Y viendo herejía tamaña,
Si alguna cosa le daba,
De lejos se la alcanzaba
En la punta de una caña.

Será mejor, decía yo,
Que abandonado lo deje,
Que blasfeme y que se queje—
Y que siga de esta suerte
Hasta que venga la muerte
Y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar
Le até en la mano un cencerro—
Y al ver cercano su entierro,
Arañando las paredes
Espiró allí entre los perros
Y este servidor de ustedes.

17

Le cobré un miedo terrible
Después que lo vi dijunto—
Llamé al alcalde, y al punto
Acompañado se vino
De tres a cuatro vecinos
A arreglar aquel asunto.

"Anima bendita", dijo
Un viejo medio ladiao,—
Que Dios lo haiga perdonao,
Es todo cuanto deseo—
Le conocí un pastoreo
De terneritos robaos".

"Ansina es, dijo el alcalde,
Con eso empezó a poblar—
Yo nunca podré olvidar
Las travesuras que hizo;
Hasta que al fin fué preciso
Que le privasen carniar".

"De mozo fué muy jinete
No lo bajaba un bagual—
Pa ensillar un animal
Sin necesitar de otro,
Se encerraba en el corral
Y allí galopiaba el potro".

"Se llevaba mal con todos—
Era su costumbre vieja
El mesturar las ovejas
Pues al hacer el aparte
Sacaba la mejor parte
Y después venía con quejas".

"Dios lo ampare al pobrecito,
Dijo en seguida un tercero,
Siempre robaba carneros,
En eso tenía destreza—
Enterraba las cabezas,
Y después vendía los cueros".

"Y qué costumbre tenía
Cuando en el fogón estaba—

Con el mate se agarraba
Estando los peones juntos—
Yo tayo, decía, y apunto,
Y a ninguno convidaba".—

"Si ensartaba algún asao,
¡Pobre! ¡Como si lo viese!
Poco antes de que estuviese,
Primero lo maldecía,
Luego después lo escupía
Para que naides comiese".

"Quien le quitó esa costumbre
De escupir el asador,
Fué un mulato resertor
Que andaba de amigo suyo—
Un diablo, muy peliador,
Que le llamaban Barullo".

"Una noche que les hizo,
Como estaba acostumbrao,
Se alzó el mulato enojao,
Y le gritó: "viejo indino,
"Yo te he de enseñar, cochino,
A echar saliva al asao".

"Lo saltó por sobre el juego
Con el cuchillo en la mano,
¡La pucha el pardo liviano!
En la mesma atropellada
Le largó una puñalada
Que la quitó otro paisano".

"Y ya caliente Barullo,
Quiso seguir la chacota,
Se le había erizao la mota
Lo que empezó la reyerta:
El viejo ganó la puerta
Y apeló a las de gaviota".—

"De esas costumbre maldita
Dende entonces se curó,
A las casas no volvió,
Se metió en un cicutal;
Y allí escondido pasó
Esa noche sin cenar".

Esto hablaban los presentes—
Y yo, que estaba a su lao,
Al oir lo que he relatao,
Aunque él era un perdulario,
Dije entre mí: "¿qué rosario
Le están rezando al finao?"

Luego comenzó el alcalde
A registrar cuánto había,
Sacando mil chucherías
Y guascas y trapos viejos,
Temeridá de trevejos
Que para nada servían.—

Salieron lazos, cabrestros,
Coyundas y maniadores—
Una punta de arriadores;—
Cinchones, maneas, torzales,
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.—

Había riendas de domar,
Frenos y estribos quebraos;
Bolas, espuelas, recaos,
Unas pavas, unas ollas,
Y un gran manojo de argollas
De cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros—
Alesnas, lonjas, cuchillos,
Unos cuantos cojinillos,
Un alto de jergas viejas,
Muchas botas desparejas
Y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,
Unos cueros de venao—
Unos ponchos aujeriaos—
Y en tan tremendo entrevero
Apareció hasta un tintero
Que se perdió en el juzgao.

Decía el alcalde muy serio:
"Es poco cuanto se diga,
Había sido como hormiga.—
He de darle parte al juez

Y que me venga después
Con que no se los persiga".

Yo estaba medio azorao
De ver lo que sucedía;
Entre ellos mesmos decían
Que unas prendas eran suyas,
Pero a mí me parecía
Que esas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
Rincón donde registrar,
Cansaos de tanto huroniar
Y de trabajar de balde—
"Vamos, nos dijo el alcalde,
Luego lo haré sepultar".

Y aunque mi padre no era
El dueño de ese hormiguero,
El allí muy cariñero
Me dijo con muy buen modo:
"Vos serás el heredero
Y te harás cargo de todo".

"Se ha de arreglar este asunto
Como es preciso que sea:
Voy a nombrar albacea
Uno de los circunstantes—
Las cosas no son como antes
Tan enredadas y feas".

¡Bendito Dios! pensé yo,
Ando como un pordiosero,
Y me nuembran heredero
De toditas esas guascas—
Quisiera saber primero
Lo que se han hecho mis vacas!

18

Se largaron como he dicho
A disponer el entierro—
Cuando me acuerdo me aterro,
Me puse a llorar a grito
Al verme allí tan solito
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,
Se lo puse al pecador—
Y como hay en el Señor
Misericordia infinita,
Rogué por la alma bendita
Del que antes fué mi tutor.

No se calmaba mi duelo
De verme tan solitario;
Ahi le champurrié un rosario
Como si fuera mi padre—
Besando el escapulario
Que me había puesto mi madre.

¡Madre mía!, gritaba yo.
¡Dónde estará padeciendo!—
El llanto que estoy virtiendo
Lo redamarías por mí,
Si vieras a tu hijo aquí
Todo lo que está sufriendo.

Y mientras ansí clamaba.
Sin poderme consolar—
Los perros, para aumentar
Más mi miedo y mi tormento—
En aquel mismo momento
Se pusieron a llorar.—

Libre Dios a los presentes
De que sufran otro tanto;
Con el muerto y esos llantos
Les juro que faltó poco
Para que me vuelva loco
En medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas
Como que eran sabedoras,
Que los perros cuando lloran
Es porque ven al demonio;
Yo creía en el testimonio
Como cré siempre el que inora.

Ahí dejé que los ratones
Comieran el guasquerío—
Y como anda a su albedrío
Todo el que güérfano queda

Alzando lo que era mío
Abandoné aquella cueva.
. . . .

Supe después que esa tarde
Vino un pión y lo enterró—
Ninguno lo acompañó
Ni lo velaron siquiera
Y al otro día amaneció
Con una mano dejuera.

Y me ha contado además
El gaucho que hizo el entierro,
Al recordarlo me aterro,
Me da pavor este asunto,
Que la mano del dijunto
Se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
Porque de asustao no fuí—
Supe después que volví,
Y asigurárselo puedo,
Que los vecinos, de miedo,
No pasaban por allí.—

Hizo del rancho guarida
La sabandija más sucia;
El cuerdo se despeluza
Y hasta la razón se altera,
Pasaba la noche entera
Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
Saber lo que me pasaba—
Los trapitos con que andaba
Eran puras hojarascas—
Todas las noches soñaba
Con viejos, perros y guascas.

19

Anduve a mi voluntá
Como moro sin señor—
Ese fué el tiempo mejor
Que yo he pasado tal vez—

De miedo de otro tutor—
Ni aporté por lo del juez.

"Yo cuidaré, me había dicho,
De lo de tu propiedá—
Todo se conservará,
El vacuno y los rebaños,
Hasta que cumplas 30 años
En que seas mayor de edá.—

Y aguardando que llegase
El tiempo que la ley fija—
Pobre como lagartija,
Y sin respetar a naides,
Andaba cruzando el aire
Como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
Bajo el más duro rigor—
Sufriendo tanto dolor
Muchas cosas aprendí:
Y por fin vítima fuí
Del más desdichado amor.

De tantas alternativas
Esta es la parte peluda—
Infeliz y sin ayuda
Fué estremado mi delirio,
Y causaba mi martirio
Los desdenes de una viuda.

Llora el hombre ingratitudes
Sin tener un juramento,
Acusa sin miramiento
A la que el mal le ocasiona,
Y tal vez en su persona
No hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía
La crueldá de mi destino—
Rogando al poder divino
Que del dolor me separe—
Me hablaron de un adivino
Que curaba esos pesares.—

Tuve recelos y miedos
Pero al fin me resolví—

Hice coraje y me fuí
Donde el adivino estaba,
Y por ver si me curaba
Cuanto llevaba le dí.—

Me puse al contar mis penas
Más colorao que un tomate—
Y se me añudó el gaznate
Cuando dijo el ermitaño:
"Hermano, le han hecho daño
Y se lo han hecho en un mate".

"Por verse libre de usté
Lo habrán querido embrujar".
Después me empezó a pasar
Una pluma de avestruz—
Y me dijo: "de la Cruz
Recibí el don de curar".

"Debés maldecir, me dijo,
A todos tus conocidos,
Ansina el que te ha ofendido
Pronto estará descubierto—
Y deben ser maldecidos
Tanto vivos como muertos".

Y me recetó que hincao
En un trapo de la viuda
Hiciera mis oraciones
Frente a una planta de ruda
Diciendo: "no tengás duda,
Eso cura las pasiones".

A la viuda en cuanto pude
Un trapo le manotié;—
Busqué la ruda, y al pie,
Puesto en cruz hice mi rezo;
Pero, amigos, ni por eso
De mis males me curé.—

Me recetó otra ocasión
Que comiera abrojo chico—
El remedio no me esplico,
Mas por desechar el mal—
Al ñudo en un abrojal
Fuí a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medicina
Me parecía que sanaba;—
Por momentos se aliviaba
Un poco mi padecer,
Mas si a la viuda encontraba
Volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté
Su saber estraordinario,
Recibió bien su salario
Y me recetó aquel pillo
Que me colgara tres grillos
Ensartaos como rosario.—

Por fin, la última ocasión
Que por mi mal lo fuí a ver—
Me dijo: — "No, mi saber
No ha perdido su virtú.
Yo te daré la salú,
No triunfará esa mujer".

"Y tené fe en el remedio,
Pues la cencia no es chacota,
De esto no entendés ni jota:
Sin que ninguno sospeche,
Cortale a un negro tres motas
Y hacelas hervir con leche".

Yo andaba ya desconfiando
De la curación maldita—
Y dije: "este no me quita
La pasión que me domina;
Pues que viva la gallina,
Aunque sea con la pepita".

Ansí me dejaba andar
Hasta que en una ocasión
El cura me echó un sermón,
Para curarme sin duda;
Diciéndome que la viuda
Era hija de confisión.—

Y me dijo estas palabras
Que nunca las he olvidado:—
"Has de saber que el finao
Ordenó en el testamento

Que naides de casamiento
Le hablara en lo sucesivo—
Y ella prestó juramento
Mientras él estaba vivo".

"Y es preciso que lo cumpla
Porque ansí lo manda Dios,
Es necesario que vos
No la vuelvas a buscar,—
Porque si llega a faltar
Se condenarán los dos".

Con semejante alvertencia
Se completó mi redota;
Le vi los pies a la sota,
Y me le alejé a la viuda
Más curao que con la ruda,
Con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo
Que al juez le había dicho el cura:
"Que yo era un cabeza dura
Y que era un mozo perdido,
Que me echaran del partido,
Que no tenía compostura".

Tal vez por ese consejo
Y sin que más causa hubiera,
Ni que otro motivo diera,
Me agarraron redepente
Y en el primer contingente
Me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
Me he curado del deseo,—
En mil penurias me veo—
Mas pienso volver tal vez,
A ver si sabe aquel juez
Lo que se ha hecho mi rodeo.

20

Martín Fierro y sus dos hijos
Entre tanta concurrencia
Siguieron con alegría
Celebrando aquella fiesta.

Diez años los más terribles
Había durado la ausencia,
Y al hallarse nuevamente
Era su alegría completa.
En ese mesmo momento
Uno que vino de afuera
A tomar parte con ellos
Suplicó que lo admitieran.
Era un mozo forastero
De muy regular presencia.
Y hacía poco que en el pago
Andaba dando sus güeltas.
Aseguraban algunos
Que venía de la frontera,
Que había pelao a un pulpero
En las últimas carreras,
Pero andaba despilchao,
No traía una prenda buena,
Un recadito cantor
Daba fe de su pobreza.—
Le pidió la bendición
Al que causaba la fiesta,
Y sin decirles su nombre
Le declaró con franqueza
Que el nombre de *Picardía*
Es el único que lleva.
Y para contar su historia
A todos pide licencia,
Diciéndoles que en seguida
Iban a saber quién era;
Tomó al punto la guitarra,
La gente se puso atenta,
Y ansí cantó *Picardía*
En cuanto templó las cuerdas.

21

Picardía

Voy a contarles mi historia,
Perdónenme tanta charla—
Y les diré al principiarla,
Aunque es triste hacerlo así:
A mi madre la perdí
Antes de saber llorarla.

Me quedó en el desamparo,
Y al hombre que me dió el ser
No lo pude conocer,
Ansí, pues, dende chiquito,
Volé como el pajarito
En busca de qué comer.

O por causa del servicio
Que tanta gente destierra—
O por causa de la guerra,
Que es causa bastante seria,
Los hijos de la miseria
Son muchos en esta tierra.

Ansí, por ella empujao,
No sé las cosas que haría,
Y aunque con vergüenza mía,
Debo hacer esta alvertencia,
Siendo mi madre Inocencia,
Me llamaban Picardía.

Me llevó a su lao un hombre
Pa cuidarle las ovejas—
Pero todo el día eran quejas
Y guascazos a lo loco,
Y no me daba tampoco
Siquiera unas jergas viejas.

Dende el alba hasta la noche
En el campo me tenía,
Cordero que se moría—
Mil veces me sucedió—
Los caranchos lo comían
Pero lo pagaba yo.

De trato tan riguroso
Muy pronto me acobardé—
El bonete me apreté
Buscando mejores fines,
Y con unos volantines
Me juyí pa Santa Fe.

El pruebista principal
A enseñarme me tomó—
Y ya iba aprendiendo yo
A bailar en la maroma,

Mas me hicieron una broma
Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando
Porque estaba el calzón roto,
Armaron un alboroto
Que me hicieron perder pie
De la soga me largué
Y casi me descogoto.

Ansí me encontré de nuevo
Sin saber dónde meterme—
Y ya pensaba volverme,
Cuando, por fortuna mía,
Me salieron unas tías
Que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,
Para mí desconocida,
Me acomodé yo en seguida,
Y eran muy buenas señoras;
Pero las más rezadoras
Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
Ya principiaba el rosario;—
Noche a noche un calendario
Tenían ellas que decir,
Y a rezar solían venir
Muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
Siempre lo he de recordar—
Pues me empiezo a equivocar
Y a cada paso refalo—
Como si me entrara el malo
Cuando me hincaba a rezar

Era como tentación
Lo que yo esperimenté—
Y jamás olvidaré
Cuánto tuve que sufrir,
Porque no podía decir
"Artículo de la Fe".

Tenía al lao una mulata
Que era nativa de allí—

Se hincaba cerca de mí
Como el ángel de la guarda—
Pícara, y era la parda
La que me tentaba ansí.

"Resá, me dijo mi tía,
"Artículos de la Fe".—
Quise hablar, y me atoré,
La dificultad me aflige—
Miré a la parda, y ya dije
"Artículo e'Santa Fe".

Me acomodó el coscorrón
Que estaba viendo venir—
Y me quiso corregir,
A la mulata miré
Y otra vez volví a decir
"Artículo e'Santa Fe".

Sin dificultá ninguna
Rezaba todito el día,
Y a la noche no podía
Ni con un trabajo inmenso;
Es por eso que yo pienso
Que alguna me tentaría.

Una noche de tormenta
Vi a la parda y me entró chucho—
Los ojos — me asusté mucho.
Eran como refocilo:
Al nombrar a San Camilo,
Le dije San Camilucho.

Esta me da con la pata,
Aquella otra con el codo.—
¡Ah viejas! Por ese modo,
Aunque de corazón tierno,
Yo las mandaba al infierno
Con oraciones y todo.

Otra vez, que como siempre,
La parda me perseguía,
Cuando yo acordé, mis tías
Me habían sacao un mechón
Al pedir la extirpación
De todas las herejías.

Aquella parda maldita
Me tenía medio afligido,
Y ansí, me había sucedido,
Que al decir estirpación
Le acomodé estripación—
Y me cayeron sin ruido.—

El recuerdo y el dolor
Me duraron muchos días—
Soñé con las herejías
Que andaban por estirpar—
Y pedía siempre al rezar,
La estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
Noche a noche sin cesar—
Dale sîempre barajar
Salves, trisagios y credos,
Me aburrí de esos enriedos
Y al fin me mandé mudar.

22

Anduve como pelota,
Y más pobre que una rata—
Cuando empecé a ganar plata
Se armó no sé qué barullo—
Yo dije: a tu tierra, grullo,
Aunque sea en una pata.

Eran duros y bastantes
Los años que allá pasaron—
Con lo que ellos me enseñaron
Formaba mi capital—
Cuando vine, me enrolaron
En la Guardia Nacional.

Me había ejercitado al naipe,
El juego era mi carrera;—
Hice alianza verdadera
Y arreglé una trapisonda
Con el dueño de una fonda
Que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero
En floriar una baraja—

El la guardaba en la caja
En paquetes como nueva;
Y la media arroba lleva
Quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso
Quien de la suerte presuma,
Otro más hábil lo fuma,
En un dos por tres, lo pela,—
Y lo larga que no vuela
Porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende
Se arman partidas muy buenas;
Queda allí la plata ajena,
Quedan prendas y botones;—
Siempre cain a esas reuniones
Zonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
Recursos del jugador—
No cualquiera es sabedor
A lo que el naipe se presta—
Con una *cincha* bien puesta
Se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca
Haciendo el que se descuida,
Juega el otro hasta la vida,
Y es siguro que se ensarta,
Porque uno muestra una carta
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
No han de olvidarse jamás—
Debe afinarse, además,
Los dedos para el trabajo,
Y buscar asiento bajo
Que le dé la luz de atrás.

Pa tayar, tome la luz—
Dé la sombra al alversario—
Acomódese al contrario
En todo juego cartiao—
Tener ojo ejercitao
Es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,
Pero nada ve el que es ciego—
Dándole soga muy luego
Se deja pescar el tonto—
Todo chapetón cree pronto
Que sabe mucho en el juego.—

Hay hombres muy inocentes
Y que a las carpetas van—
Cuando asariados están—
Les pasa infinitas veces,
Pierden en puertas y en treses,
Y dándoles *mamarán*.

El que no sabe, no gana
Aunque ruegue a Santa Rita,—
En la carpeta a un mulita
Se le conoce al sentarse,—
Y conmigo, era matarse,
No podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
Llevo ventaja no poca,
Y siempre que doy me toca;
El mal no tiene remedio,
Porque sé sacar del medio
Y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
Solía ponerlo en apuro;
Cuando aventajar procuro,
Sé tener, como fajadas,
Tiro a tiro el as de espadas
O flor, o envite seguro.

Yo sé defender mi plata
Y lo hago como el primero,
El que ha de jugar dinero
Preciso es que no se atonte—
Si se armaba una de monte
Tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
Sé llevarlo con limpieza;
Dende que a salir empiezan
No hay carta que no recuerde;—

Sé cuánto se gana o pierde
En cuanto caí a la mesa.

También por estas jugadas
Suele uno verse en aprietos;—
Mas yo no me comprometo
Porque sé hacerlo con arte,
Y aunque les corra el descarte
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao
Nunca me solía faltar
Un *cargado* que largar,
Un *cruzao* pa el más vivo,
Y hasta atracarles un *chivo*
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba
Porque la sé manejar,
No era manco en el billar,
Y por fin de lo que explico,
Digo que hasta con pichichos,
Era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin,
El de jugar, no lo niego;
Todo el que vive del juego
Anda a la pesca de un bobo,—
Y es sabido que es un robo
Ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
Porque he dejao de jugar;
Y les puedo asigurar
Como me fuí del oficio—
Más cuesta aprender un vicio
Que aprender a trabajar.

23

Un nápoles mercachifle
Que andaba con un arpista,
Cayó también en la lista
Sin dificultá ninguna;
Lo agarré a la treinta y una
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
Por sacarme esa ventaja;
En el pantano se encaja
Aunque robo se le hacía—
Lo cegó Santa Lucía
Y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido
Llorar por las chucherías
"Ma gañao con picardía"
Decía el gringo y lagrimiaba,
Mientras yo en un poncho alzaba
Todita su merchería.

Quedó allí aliviao del peso
Sollozando sin consuelo,
Había caído en el anzuelo
Tal vez porque era domingo,
Y esa calidá de gringo
No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
De fatura tan lucida;
El diablo no se descuida,
A mí me seguía la pista
Un ñato muy enredista
Que era oficial de partida,

Se me presentó a exigir
La multa en que había incurrido,
Que el juego estaba prohibido
Que iba a llevarme al cuartel,
Tuve que partir con él
Todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos,
Por esa arbitrariedá;
Yo había ganao, es verdá,
Con recursos, eso sí;
Pero él me ganaba a mí
Fundao en su autoridá.

Decían que por un delito
Mucho tiempo anduvo mal;
Un amigo servicial
Lo compuso con el juez,

Y poco tiempo después
Lo pusieron de Oficial.

De recorrer el partido
Continuamente se empleaba,
Ningún malevo agarraba,
Pero traía en un carguero,
Gallinas, pavos, corderos
Que por ahí revoleteaban.

No se debía permitir
El abuso a tal estremo:
Mes a mes hacía lo mesmo,
Y ansí decía el vecindario,
"Este ñato perdulario,
"Ha resucitao el diezmo".

La echaba de guitarrero
Y hasta de concertador:
Sentao en el mostrador
Lo hallé una noche cantando—
Y le dije: "co... mo... quiando
Con ganas de oír un cantor".

Me echó el ñato una mirada
Que me quiso devorar—
Mas no dejó de cantar
Y se hizo el desentendido—
Pero ya había conocido
Que no lo podía pasar.—

Una tarde que me hallaba
De visita... vino el ñato,
Y para darle un mal rato
Dije juerte: "ña... to... ribia
"No cebe con la agua tibia"
Y me la entendió el mulato.

Era todo en el Juzgao,
Y como que se achocó
Ahí no más me contestó:
"Cuando el caso se presente
"Te he de hacer tomar caliente
"Y has de saber quien soy yo".

Por causa de una mujer
Se enredó más la cuestión
Le tenía el ñato afición.

Ella era mujer de ley,
Moza con cuerpo de güey,
Muy blanda de corazón.

La halle una vez de amasijo,
Estaba hecha un embeleso:
Y le dije... "Me intereso
"En aliviar sus quehaceres,
"Y ansí, señora, si quiere
"Yo le arrimaré los güebos"

Estaba el ñato presente
Sentado como de adorno
Para evitar un trastorno
Ella al ver que se disgusta,
Me contestó... "si usté gusta
Arrímelos junto al horno".

Ahi se enredó la madeja
Y su enemistá conmigo;
Se declaró mi enemigo,
Y por aquel cumplimiento
Ya sólo buscó el momento
De hacerme dar un castigo.

Yo veía que aquel maldito
Me miraba con rencor—
Buscando el caso mejor
De poderme echar el pial;
Y no vive más el lial
Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga
Ni arisco que no se amanse—
Ansí, yo desde aquel lance
No salía de mi rincón,
Tirao como el San Ramón
Después que se pasa el trance.

24

Me le escapé con trabajo
En diversas ocasiones;
Era de los adulones,
Me puso mal con el juez;
Hasta que al fin una vez
Me agarró en las eleciones,

Recuerdo que esa ocasión
Andaban listas diversas;
Las opiniones dispersas
No se podían arreglar—
Decían que le juez por triunfar
Hacía cosas muy perversas.

Cuando si riunió la gente
Vino a proclamarla el ñato
Diciendo con aparato
"Que todo andaría muy mal
"Si pretendía cada cual
"Votar por un candidato'.

Y quiso al punto quitarme
La lista que yo llevé,
Mas yo se la mezquiné
Y ya me llamó... "Anarquista
"Has de votar por la lista
"Que ha mandao el Comiqué".

Me dió vergüenza de verme
Tratao de esa manera;
Y como si uno se altera
Ya no es fácil de que ablande,
Le dije... "mande el que mande
"Yo he de votar por quien quiera.

"En las carpetas de juego
"O en la mesa eletoral,
"A todo hombre soy igual,
"Respeto al que me respeta;
"Pero el naipe y la boleta
"Naides me lo ha de tocar

Ay no más ya me cayó
A sable la polecía,
Aunque era una picardía
Me decidí a soportar—
Y no les quise peliar
Por no perderme ese día.

Atravesao me agarró
Y se aprovechó aquel ñato
Denque que sufrí ese trato
No dentro donde no quepo;
Fuí a jinetear en el cepo
Por cuestión de candilatos

Injusticia tan notoria
No la soporté de flojo—
Una venda de mis ojos
Vino el suceso a voltiar—
Vi que teníamos que andar
Como perro con tramojo

Dende que a las eleciones
Se siguió el batiburrillo,
Aquel se volvió un ovillo
Del que no había noticia.
¡Esa señora la justicia...
Y anda en ancas el más pillo!

25

Después de muy pocos días,
Tal vez pa no dar espera
Y que alguno no se fuera—
Hicieron citar la gente,
Pa riunir un contingente
Y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchaje,
La gente está acobardada,
Salió la partida armada,
Y trujo como perdices
Unos cuantos infelices
Que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
"Esta es una gente indina;
"Yo los rodié a la sordina
"No pudieron escapar;
"Y llevaba orden de arriar
"Todito lo que camina".

Cuando vino el Comendante
Dijeron: ¡Dios nos asista!"—
Llegó, y les clavó la vista—
Yo estaba haciéndome el zonzo—
Le echó a cada uno un responso
Y ya lo plantó en la lista.

"Cuadrate, le dijo a un negro,
Te estás haciendo el chiquito—

Cuando sos el más maldito
Que se encuentra en todo el pago,
Un servicio es el que te hago
Y por eso te remito".

A OTRO

Vos no cuidás tu familia
Ni le das los menesteres;
Visitás otras mujeres
Y es preciso, calavera,
Que aprendás en la frontera
A cumplir con tus deberes.

A OTRO

Vos también sos trabajoso;
Cuando es preciso votar
Hay que mandarte llamar
Y siempre andás medio alzao,
Sos un desubordinao
Y yo te voy a filiar.

A OTRO

¿Cuánto tiempo hace que vos
Andás en este partido?
Cuántas veces has venido
A la citación del Juez
No te he visto ni una vez,
Has de ser algún perdido.

A OTRO

Este es otro barullero
Que pasa en la pulpería
Predicando noche y día
Y anarquizando a la gente,
Irás en el contingente
Por tamaña picardía.

A OTRO

Dende la anterior remesa
Vos andás medio perdido:
La autoridá no ha podido

Jamás hacerte votar,—
Cuando te mandan llamar
Te pasás a otro partido.

A OTRO

Vos siempre andás de florcita,
No tenés renta ni oficio;
No has hecho ningún servicio,
No has votado ni una vez—
Marchá... para que dejés
De andar haciendo perjuicio.

A OTRO

Dame vos tu papeleta
Yo te la voy a tener;
Esta queda en mi poder,
Después la recogerás—
Y así si te resertás
Todos te pueden prender.

A OTRO

Vos porque sos esetuao
Ya te querés sulevar —
No vinistes a votar
Cuando hubieron eleciones;
No te valdrán esesiones:
Yo te voy a enderezar.

Y a éste por este motivo
Y a otro por otra razón,
Toditos, en conclusión,
Sin que escapara ninguno,
Fueron pasando uno a uno
A juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
Las madres y las esposas
Redamaban cariñosas
Sus lágrimas de dolor;
Pero gemidos de amor
No remedian esas cosas.

Nada importa que una madre
Se desespere o se queje—
Que el hombre a su mujer deje
En el mayor desamparo:
Hay que callarse, o es claro,
Que lo quiebre por el eje.

Dentran después a empeñarse
Con este o aquel vecino;
Y como en el masculino
El que menos corre vuela—
Deben andar con cautela,
Las pobres, me lo imagino.

Muchas al juez acudieron,
Por salvar de la jugada;
El les hizo una cuerpiada,
Y por mostrar su inocencia
Les dijo: "tengan paciencia
"Pues yo no puedo hacer nada".

Ante aquella autoridá
Parecían suplicantes—
Y después de hablar bastante
"Yo me lavo, dijo el Juez,
"Como Pilatos los pies,
"Este lo hace el Comendante".

De ver tanto desamparo
El corazón se partía—
Había madre que salía
Con dos, tres hijos o más
Por delante y por detrás—
Y las maletas vacías.

¿Dónde irán, pensaba yo,
A perecer de miseria
Las pobres si de esta feria
Hablan mal, tienen razón;
Pues hay bastante materia
Para tan justa aflición.

26

Cuando me llegó mi turno
Dije entre mí: "ya me toca";
Y aunque mi falta era poca

No sé por qué me asustaba,
Les asiguro que estaba
Con el ¡Jesús! en la boca.—

Me dijo que yo era un vago,
Un jugador, un perdido
Que dende que fuí al partido
Andaba de picaflor—
Que había de ser un bandido
Como mi ante sucesor.

Puede que uno tenga un vicio,
Y que de él no se reforme,—
Mas naides está conforme,—
Con recibir ese trato:
Yo conocí que era el ñato
Quien le había dao los informes.

Me dentró curiosidá
Al ver que de esa manera
Tan siguro me dijera
Que fué mi padre un bandido;
Luego lo había conocido,
Y yo inoraba quien era.

Me empeñé en averiguarlo,
Promesas hice a Jesús—
Tuve por fin una luz,
Y supe con alegría
Que era el autor de mis días—
El guapo sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
Y la tenía muy presente—
Sabía que Cruz bravamente
Yendo con una partida,
Había jugado la vida
Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
Que lo mantenga en su gloria;
Se ha de conservar su historia
En el corazón del hijo:
El al morir me bendijo,
Yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda
Y lo conseguí de veras;

Puedo decir ande quiera
Que si faltas he tenido
De todas me he corregido
Dende que supe quién era

El que sabe ser buen hijo,
A los suyos se parece;
Y aquel que a su lado crece
Y a su padre no hace honor,
Como castigo merece
De la desdicha el rigor.

Con un empeño constante
Mis faltas supe enmendar—
Todo conseguí olvidar,
Pero por desgracia mía,
El nombre de *Picardía*
No me lo podía quitar.

Aquel que tiene buen nombre
Muchos disgustos ahorra—
Y entre tanta mazamorra
No olviden esta alvertencia:
Aprendí por esperiencia
Que el mal nombre no se borra.

27

He servido en la frontera
En un cuerpo de milicias;
No por razón de justicia
Como sirve cualesquiera—

—La bolilla me tocó
De ir a pasar malos ratos
Por la facultá del ñato
Que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno
Esa dura penitencia
Por una mala querencia
De un oficial subalterno—

—No repetiré la quejas
De lo que se sufre allá,
Son cosas muy dichas ya
Y hasta olvidadas de viejas.

—Siempre el mesmo trabajar,
Siempre el mesmo sacrificio,
Es siempre el mesmo servicio,
Y el mesmo nunca pagar.

—Siempre cubierto de harapos,
Siempre desnudos y pobres,
Nunca le pagan un cobre
Ni le dan jamás un trapo.

Y sino... no se conforme
Lo pasa uno aunque sucumba,
Confórmese con la tumba—
Y sinó... no se conforme.

—Pues si usté se ensoberbece
O no anda muy voluntario
Le aplican un novenario
De estacas... que lo enloquecen.

—Andan como pordioseros
Sin que un peso los alumbre—
Porque han tomao la costumbre
De deberles años enteros.—

Siempre hablan de lo que cuesta,
Que allá se gasta un platal— —
Pues yo no he visto ni real
En lo que duró la fiesta.

Es servicio extraordinario
Bajo el fusil y la vara—
Sin que sepamos qué cara
Le ha dao Dios al comisario.

—Pues si va a hacer revista
Se vuelve como una bala,
Es lo mesmo que luz mala
Para perderse de vista.—

Y de yapa cuando va,
Todo parece estudiao—
Va con meses atrasaos
De gente que ya no está—

—Pues ni adrede que lo hagan
Podrán hacerlo mejor,

Cuando cai, con la paga
Del contingente anterior—

—Porque son como sentencia
Para buscar al ausente;
Y el pobre que está presente
Que perezca en la indigencia.

—Hasta que tanto aguantar
El rigor con que lo tratan,
O se resierta, o lo matan,
O lo largan sin pagar.

—De ese modo es el pastel,
Porque el gaucho, ya es un hecho,
No tiene ningún derecho
Ni naide vuelve por él.

—La gente vive marchita!
Si viera cuando echan tropa,
Les vuela a todos la ropa
Que parecen banderitas.

—De todos modos la cargan
Y al cabo de tanto andar—
Cuando lo largan, lo largan
Como pa echarse a la mar.

—Si alguna prenda le han dao
Se la vuelven a quitar;
Poncho, caballo, recao,
Todo tiene que dejar.

Y esos pobres infelices
Al volver a su destino
Salen como unos longinos
Sin tener con qué cubrirse.

—A mí me daba congojas
El mirarlos de ese modo—
Pues el más aviao de todos
Es un perejil sin hojas.

—Ahora poco ha sucedido
Con un invierno tan crudo,
Largarlos a pie desnudo
Pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa
Que en aquella situación,
Les niegan un mancarrón
Para volver a su casa.

—¡Lo tratan como a un infiel!
Completan su sacrificio
No dándole ni un papel
Que acredite su servicio.

—Y tiene que regresar
Más pobre que lo que jué—
Por supuesto a la mercé
Del que lo quiera agarrar.

—Y no averigüe después
De los bienes que dejó—
De hambre, su mujer vendió
Por dos, lo que vale diez.—

—Y como están convenidos
A jugarle manganeta,
A reclamar no se meta
Porque eso es tiempo perdido.

Y luego, si a alguna Estáncia
A pedir carne se arrima—
Al punto le cai encima
Con la ley de la vagancia.

—Y ya es tiempo pienso yo,
De no dar más contingente—
Si el Gobierno quiere gente,
Que la pague y se acabó.—

Y saco ansí en conclusión
En medio de mi inorancia
Que aquí el nacer en Estancia
Es como una maldición.

—Y digo, aunque no me encuadre,
Decir lo que naides dijo:
La Provincia es una madre
Que no defiende a sus hijos.

—Mueren en alguna loma
En defensa de la ley,
O andan lo mesmo que güey,
Arando pa que otros coman.

—Y he de decir asimismo
Porque de adèntro me brota,

Que no tiene patriotismo
Quien no cuida al compatriota.

28

Se me va por dondequiera
Esta lengua del demonio—
Voy a darles testimonio—
De lo que vi en la frontera.

—Yo sé que el único modo
A fin de pasarlo bien,
Es decirle a todo amén
Y jugarle risa a todo.—

—El que no tiene colchón
En cualquier parte se tiende —
El gato busca el jogón
Y eso muestra que lo entiende.

—De aquí comprenderse debe
Aunque yo hable de este modo,
Que uno busca su acomodo
Siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos
Este pobre penitente,
Pero salí de asistente
Y mejoré en cierto modo.

Pues aunque esas privaçiones
Causen desesperación,
Siempre es mejor el jogón
De aquel que carga galones.

—De entonces en adelante
Algo pude mejorar.
Pues supe hacerme lugar
Al lado del Ayudante.

—El se daba muchos aires, —
Pasaba siempre leyendo,
Decían que estaba aprendiendo
Pa recibirse de flaire.—

Aunque lo pifiaban tanto
Nunca lo vi dijustao;

Tenía los ojos paraos
Como los ojos de un santo.

—Muy delicao — dormía en cuja
Y no sé por qué sería—
La gente lo aborrecía
Y lo llamaban la *Bruja*.

—Jamás hizo otro servicio
Ni tuvo otras comisiones,
Que recibir las raciones
De víveres y de vicios

—Yo me pasé a su jogón
Al punto que me sacó
Y ya con él me llevó
A cumplir su comisión.

—Estos diablos de milicos
De todo sacan partido—
Cuando nos vían riunidos
Se limpiaban los hocicos.

—Y decían en los jogones
Como por chocarrería,—
"Con la Bruja y Picardía
"Van a andar bien las raciones".

—A mí no me fué tan mal
Pues mi oficial se arreglaba;
Les diré lo que pasaba
Sobre ese particular.

Decían que estaban de acuerdo
La Bruja y el proveedor,
Y que recibían lo pior.—
Puede ser — pues no era lerdo.

—Que a más de la cantidá
Pegaba otro dentellón.
Y que por cada ración
Le entregaban la mitá.

—Y que esto lo hacía del modo
Como lo hace un hombre vivo ;
Firmando luego el recibo
Ya se sabe, por el todo.

Pero esas murmuraciones
No faltan en campamento;
Dejenmé seguir mí cuento
O historia de las raciones.—

—La Bruja las recibía
Como se ha dicho, a su modo—
Las cargábamos, y todo
Se entregaba a la mayoría.

—Sacan de allí en abundancia
Lo que les toca sacar—
Y es justo que han de dejar
Otro tanto de ganancia.

—Van luego a la compañía,
Las recibe el comendante;
El que de un modo abundante
Sacaba cuanto quería.

Ansí la cosa liviana,
Va mermada por supuesto—
Luego se le entrega el resto
Al oficial de semana.—

Araña, ¿quién te arañó?
Otra araña como yo—
Este le pasa al sargento—
Aquello tan reducido—
Y como hombre prevenido
Saca siempre con aumento.

—Esta relación no acabo
Si otra menudencia ensarto;
El sargento llama al cabo
Para entregarle el reparto.

——El también saca primero
Y no se sabe turbar—
Naides le va a averiguar
Si ha sacao más o menos.

—Y sufren tanto bocao
Y hacen tantas estaciones,
Que ya no hay casi raciones
Cuando llegan al soldao.

——Todo es como pan bendito!
Y sucede de ordinario,
Tener que juntarse varios
Para hacer un pucherito.

—Dicen que las cosas van
Con arreglo a la ordenanza—
Puede ser, pero no alcanza;
¡Tan poquito es lo que dan!—

—Algunas veces yo pienso,
Y es muy justo que lo diga,
Sólo llegaban las migas
Que habían quedao en los lienzos.

—Y esplican aquel infierno
En que uno está medio loco,
Diciendo que dan tan poco
Porque no paga el gobierno.

—Pero eso yo no lo entiendo,
Ni a averiguarlo me meto;
Soy inorante completo.
Nada olvido, y nada apriendo.

—Tiene uno que soportar
El tratamiento más vil:
A palos en lo civil
Y a sable en lo militar.

—El vestuario es otro infierno.
Si lo dan, llega a sus manos
El de invierno en el verano—
Y el de verano en invierno.

Y yo el motivo no encuentro
Aunque mucho me conviene,
Mas dicen que eso ya viene—
Así arreglao dende adentro.

—Y es necesario aguantar
El rigor de su destino;
El gaucho no es argentino
Sino pa hacerlo matar.

Ansí ha de ser no lo dudo—
Y por eso decía un tonto:

"Si lo han de matar pronto,
"Mejor es que estén desnudos".

—Pues esa miserio vieja
No se remedia jamás ;
Todo el que viene detrás
Como la encuentra la deja—

—Y se hallan hombres tan malos
Que dicen de buena gana—
El guacho es como la laña,
Se limpia y compone a palos.

Y es forzoso el soportar
Aunque la copa se enllene
Parece que el gaucho tiene
Algún pecao que pagar.

29

Esto cantó Picardía
Y después guardó silencio,
Mientras todos celebraban
Con placer aquel encuentro.
Mas una casualidad,
Como que nunca anda lejos,
Entre tanta gente blanca
Llegó también un moreno,
Presumiendo de cantor
Y que se tenía por bueno
Y como quien no hace nada,
O se descuida de intento,
Pues siempre es muy conocido
Todo aquel que busca pleito—
Se sentó con toda calma—
Echó mano al estrumento
Y ya le pegó un rajido—
Era fantástico el negro,
Y para dejar en dudas
Medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció
La intención de aquel moreno—
Era claro el desafío
Dirigi lo a Martín Fierro,
Hecho con toda arrogan ia.
De un modo muy altane
Tomó Fierro la guitarra

Pues siempre se halla dispuesto—
Y ansí cantaron los dos
En medio de un gran silencio.

30

MARTÍN FIERRO

Mientras suene el encordao,
Mientras encuentre el compás,
No he de quedarme atrás
Sin defender la parada—
Y he jurado que jamás
Me la han de llevar robada.

Atiendan, pues los oyentes
Y cáyense los mirones—
A todos pido perdones
Pues a la vista resalta,
Que no está libre de falta
Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno,
Cuando es mejor que los piores—
Y sin ser de los mejores,
Encontrándose dos juntos
Es deber de los cantores
El cantar de contrapunto.

El hombre debe mostrarse
Cuando la ocasión le llegue—
Hace mal el que se niegue
Dende que lo sabe hacer
Y muchos suelen tener
Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fuí cantor
Es una cosa muy dicha—
Mas la suerte se encapricha
Y me persigue constante—
De ese tiempo en adelante
Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
Trataré de recordar—
Veré si puedo olvidar

Tan desgraciada mudanza—
Y quien se tenga confianza
Tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos
Trasnochadas no acobardan;
Los concurrentes aguardan,
Y porque el tiempo no pierdan
Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
Que tenga o no quien lo ampare,
No espere que yo dispare
Aunque su saber es mucho—
Vamos en el mesmo pucho
A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
Hasta que se vaya el día—
Era la costumbre mía
Cantar las noches enteras—
Había entonces, dondequiera
Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
A seguir la caravana,
O si cantando no gana
Se lo digo sin lisonja—
Haga sonar una esponja
O ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy, señores míos,
Sino un pobre guitarrero—
Pero doy gracias al cielo
Porque puedo en la ocasión
Toparme con un cantor
Que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blanco los dientes —
Sé vivir entre las gentes
Sin que se me tenga en menos—
Quien anda en pagos ajenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
Los nueve muy regulares;
Tal vez por eso me ampare
La providencia divina—
En los güevos de gallina
El décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso,
Aunque de eso no hace gala,
Nada a su cariño iguala
N ia su tierna voluntá—
Es lo mesmo que el macá
Cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
Y sin depender de naides—
Siempre he cruzado los aires
Como el pájaro sin nido—
Cuanto sé lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Yo sé como cualquier otro
El por qué retumba el trueno,
Por qué son las estaciones
Del verano y del invierno—
Sé también de dónde salen
Las aguas que cain del cielo,

Yo sé lo que hay en la tierra
En llegando al mesmo centro—
En donde se encuentra el oro,
En donde se encuentra el fierro—
Y en donde viven bramando
Los volcanes que echan fuego.

Yo sé el fondo de la mar
Donde los pejes nacieron—
Yo sé por qué crece el árbol
Y por qué silban los vientos—
Cosas que inoran los blancos
Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,
Cuando me aflojan, aflojo;
No se ha morir de antojo
Quien me convide a cantar—
Para conocer a un cojo
Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
En venir a esta reunión—
Echándola de cantor.
Pido perdón en voz alta,
Pues nunca se halla una falta
Que no esista otra mayor.

De lo que un cantor esplica
No falta que aprovechar—
Y se le debe escuchar
Aunque sea negro el que cante:
Apriende el que es inorante
Y el que es sabio apriende más.

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida—
La gente escucha tranquila
No me haga ningún reproche:
También es negra la noche:
Y tiene estrellas que brillan.

Estoy, pues, a su mandao,
Empiece a echarme la sonda
Si gusta que le responda,
Aunque con lenguaje tosco—
En leturas no conozco
La jota por ser redonda.

MARTÍN FIERRO

Ah! negro, si sos tan sabio
No tengas ningún recelo;
Pero has tragao el anzuelo
Y al compás del estrumento
Has de decirme al momento
Cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero—
Mas los blancos altaneros
Lo mesmo que lo convidan,
Hasta de nombrarlo olvidan
Y sólo lo llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro blanco lo pinta— —
Blanca la cara o retinta
No habla en contra ni en favor—
De los hombres el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
Que al presente viene a pelo—
Veré, señores, si puedo
Sigún mi escaso saber,
Con claridá responder
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio—
Lloran al cair el rocío,
Cantan al silbar los vientos—
Lloran cuando cain las aguas
Cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
Sin declarar los mejores—
Les mandó iguales dolores
Bajo de una mesma cruz;
Mas también hizo lo luz
Pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie,
No se trata de ofender—
A todo se ha de poner
El nombre con que se llama —
Y a naides le quite fama
Lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra—
Y si en su saber se encierra
El de los sabios projundos
Decime cuál en el mundo
Es el canto de la tierra

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón—

Más pa dar contestación
Mi inorancia no me arredra—
Tambbién da chispas la piedra
Si la golpea el eslabón.

Y yo le diré en respuesta
Sigún mis pocos alcances
Forman un canto en la tierra
El dolor de tantas madres,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

MARTÍN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
Bien dispuesta la garganta—
Sos varón, y no me espanta
Verte hacer esos primores—
En los pájaros cantores
Sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar
No te vayas a turbar
No te agrandes ni te achiques:
Es preciso que me expliques
Cuál es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
Ninguno imitar pretiende—
De un don que de otro depende
Naides se debe alabar—
Pues la urraca apriende hablar
Pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdame, ingenio mío,
Para ganar esta apuesta—
Mucho el contestar me cuesta
Pero debo contestar—
Voy a decirle en respuesta
Cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
El mar que todo lo encierra

Canta de un modo que aterra
Como si el mundo temblara—
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

MARTÍN FIERRO

Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez—
Ganarás sólo que estés
En baca con algún santo
La noche tiene su canto
Y me has de decir cuál es.

EL MORENO

No galope que hay aujeros,
Le dijo a un guapo un prudente —
Le contesta humildemente,
La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber por donde vienen.

Con los secretos misterios
Que las tinieblas esconden
Son los ecos que responden
A la voz del que da un grito,
Como un lamento infinito
Que viene no sé de dónde.

A las sombras sólo el Sol
Las penetra y las impone—
En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos—
Son almas de los que han muerto,
Que nos piden oraciones.

MARTÍN FIERRO

Moreno por tus respuestas
Ya te aplico el cartabón,
Pues tenés desposición
Y sos estruído de yapa—
Ni las sombras se te escapan
Para dar explicación.

Pero cumple su deber
El leal diciendo lo cierto—
Y por lo tanto te alvierto
Que hemos de cantar los dos— —
Dejando en la paz de Dios
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida—
Siempre ha de ser comedida
La palabra de un cantor—
Y aura quiero que me digas
De dónde nace el amor.

EI MORENO

A pregunta tan oscura
Trataré de responder—
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de Estancia—
Más conocer su inorancia
Es principio de saber.

Ama el pájaro en los aires
Que cruza por donde quiera—
Y si al fin de su carrera
Se asienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,
De la que es rey y señor—
Allí lanza con furor
Esos bramidos que espantan—
Porque las fieras no cantan,
Las fieras braman de amor

Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color—
Ama el hombre con ardor,
Ama todo cuanto vive—
De Dios vida se recibe
Y donde hay vida, hay amor.

MARTÍN FIERRO

Me gusta negro ladino,
Lo que acabás de explicar

Ya te empiezo a respetar
Aunque al principio me rei
Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.—

EI MORENO

Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcanzar—
Dende que aprendí a inorar
De ningún saber me asombro—
Más no ha de llevarme al hombro
Quién me convide a cantar.

Yo no soy canto ladino
Y mi habilidad es muy poca,
Mas cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate—
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto
Lo más espinoso elige—
Pero esto poco me aflige
Y le contesto a mi modo—
La ley se hace para todos
Mas sólo al pobre le rige.

La ley es tela de araña—
En mi inorancia la explico,
No la tema el hombre rico—
Nunca la tema el que mande
Pues la rompe el bicho grand
Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia,
Nunca puede ser pareja—
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo—
La ley es como el cuchillo
No ofende a quien lo maneja.

La suelen llamar espada
Y el nombre le viene bien;
Los que la gobiernan ven
A donde han de dar el tajo—
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quien.

Hay muchos que son dotores
Y de su cencia no dudo—
Más yo soy un negro rudo
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

MARTÍN FIERRO

Moreno, vuelvo a decirte
Ya conozco tu medida—
Has aprovechao la vida
Y me alegro de este encuentro-
Ya veo que tenés adentro
Capital pa esta partida.

Y aura te voy a decir
Porque en mi deber está—
Y hace honor a la verdá
Quien a la verdá se duebia,
Que sos por juera tinieblas
Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
Que abusé de tu pacencia—
Y en justa correspondencia
Si algo querés preguntar—
Podés al punto empezar
Pues ya tenés mi licencia.

EI MORENO

No te trabes, lengua mía,
No te vayas a turbar—
Nadie acierta antes de errar-
Y aunque la fama se juega—
El que por gusto navega
No debe temer al mar.

Voy hacerle mis preguntas
Ya que a tanto me convida—
Y vencerá en la partida
Si una explicación me da,
Sobre el tiempo y la medida,
El peso y la cantidad.

Suya será la victoria
Si es que sabe contestar—
Se lo debo declarar
Con claridad, no se asombre,
Pues hasta aura ningún hombre
Me lo ha sabido explicar.

Quiero saber y lo inoro,
Pues en mi libro no está,
Y su respuesta vendrá
A servirme de gobierno—
Para qué fin el Eterno
Ha criao la cantidá.

MARTÍN FIERRO

Moreno te dejas cair
Como carancho en su nido,
Ya veo que sos prevenido
Mas también estoy dispuesto —
Veremos, si te contesto
Y si te das por vencido.
Uno es el sol, uno el mundo
Sola y única la luna—
Ansí han de saber que Dios
No crió cantidá ninguna.
El ser de todos los seres
Sólo formó la unidá—
Lo demás lo ha criao el hombre
Después que aprendió a contar.

EI MORENO

Veremos si a otra pregunta
Da una respuesta cumplida.
El ser que ha criao la vida
Lo ha de tener en su archivo—
Mas yo inoro qué motivos
Tuvo al formar la medida.—

MARTÍN FIERRO

Escuchá con atención
Lo que en mi inorancia arguyo:
La medida la inventó
El hombre, para bien suyo—

Y la razón no te asombre
Pues es fácil presumir—
Dios no tenía que medir
Sino la vida del hombre.

EI MORENO

Si no falla su saber
Por vencedor lo confieso—
Debe aprender todo eso
Quien a cantar se dedique—
Y aura quiero que me explique
Lo que significa el peso.

MARTÍN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos
El secreto que eso encierra,
Y mandó que todo peso
Cayera siempre a la tierra—
Y sigún comprendo yo,
Dende que hay bienes y males
Fué el peso para pesar
La culpa de los mortales.

EI MORENO

Si responde esta pregunta
Téngase por vencedor— —
Doy la derecha al mejor—
Y respóndame al momento,— —
¿Cuándo formó Dios el tiempo
Y por qué lo dividió?

MARTÍN FIERRO

Moreno, voy a decir,
Según mi saber alcanza—
El tiempo sólo es tardanza
De lo que está por venir,—
No tuvo nunca principio
Ni jamás acabará.—

Porque el tiempo es una rueda,
Y rueda es eternidá,—

Y si el hombre lo divide
Sólo lo hace en mi sentir—
Por saber lo que ha vivido
O le resta que vivir.

Ya te he dado mi respuesta,
Mas no gana quien despunta,
Si tenés otra pregunta
O de algo te has olvidao
Siempre estoy a tu mandao
Para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
Ni tampoco por jactancia,
Mas no ha de faltar costancia
Cuando es preciso luchar— —
Y te convido a cantar
Sobre cosas de la Estancia.—

Ansí prepará moreno
Cuanto tu saber encierre—
Y sin que tu lengua yerre
Me has de decir lo que empriende
El que del tiempo depende,
En los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
Ninguno debe abusar—
Y aunque me pude doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy a ninguna parte
A dejarme machetiar.— —

He declarado que en leturas
Soy redondo como jota—
No avergüence mi redota
Pues con claridá le digo—
No me gusta que conmigo
Naides juegue a la pelota.—

Es buena ley que el mas lerdo
Debe perder la carrera—
Ansí le pasa a cualquiera
Cuando en competencia se halla
Un cantor de media talla
Con otro de talla entera.

¿No has visto en medio del campo
Al hombre que anda perdido,
Dando güeltas afligido
Sin saber dónde rumbiar?
Ansí le suele pasar
A un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen.
Si el ventarrón los azota— —
Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste—
En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
Pongo de testigo al cielo,
Para decir sin recelo
Lo que en mi pecho se inflama—
No cantaré por la fama
Sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperado
Quien no tiene que esperar;
A lo que no ha de durar
Ningún cariño se cobre;
Las alegrías del pobre
Son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño
Me durará mientras viva— —
Aunque un consuelo reciba
Jamás he de alzar el vuelo—
Quien no ha nacido, pa el cielo
De balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
Que me permitan decir,
Que al decidirme venir
No sólo jué por cantar
Sino porque tengo a más
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
Fueron diez los que nacieron—
Mas ya no existe el primero
Y más querido de todos—
Murió por injustos modos
En manos de un pendenciero,

Los nueve hermanos restantes
Como güérfanos quedamos—
Dende entonces lo lloramos
Sin consuelo, créameló—
Y al hombre que lo mató
Nunca, jamás lo encontramos.

Y quedan en paz los güesos
De aquel hermano querido—
A moverlos no he venido,
Mas si el caso se presienta—
Espero en Dios que esta cuenta
Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
Pa que esto bien se complete,
Por mucho que lo respete
Cantaremos si le gusta—
Sobre las muertes injustas
Que algunos hombres cometen.

Y aquí pues, señores míos,
Diré como en despedida
Que todavía andan con vida
Los hermanos del dijunto—
Que recuerdan este asunto
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan projundo
Lo que está por suceder,
Que no me debo meter
A echarla aquí de adivino;
Lo que decida el destino
Después lo habrán de saber.

MARTÍN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
Después de tanto charlar,
Ya empezaba a maliciar
Al verte tan entonao,
Que traías un embuchao
Y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos,
Basta de conversación—
Pa encontrar esta ocasión

No tiene que darse prisa—
Ya conozco yo que empieza
Otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá,
Tampoco soy adivino—
Pero firme en mi destino—
Hasta el fin he de seguir—
Todos tienen que cumplir—
Con la ley de su destino.

Primero fué la frontera
Por persecución de un juez—
Los indios fueron después
Y para nuevos estrenos—
Aura son estos morenos
Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
Lo que cualquiera no hace—
Y tal vez con los diez pase
En iguales condiciones—
La mulita pare nones
Todos de una mesma clase.

A hombre de humilde color
Nunca sé facilitar,
Cuando se llega a enojar
Suele ser de mala entraña—
Se vuelve como la araña
Siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos
Los negros más peliadores—
Había algunos superiores
De cuerpo y de vista... ¡ay juna!—
Si vivo les daré una...
Historia de las mejores.

Más cada uno ha de tirar
En el yugo en que se vea;
Y yo no busco pelea
Ni las contiendas me gustan—
Pero ni sombras me asustan
Ni buitos que se menean.

La creía ya desollada
Más tuavía falta el rabo—

Y por lo visto no acabo
De salir de esta jarana—
Pues esto es lo que se llama—
Remachársele a uno el clavo.

31

Y después de estas palabras
Que ya la intención revelan,
Procurando los presentes
Que no se armara pendencia
Se pusieron de por medio
Y la cosa quedó quieta.

Martín Fierro y los muchachos,
Evitando la contienda,
Montaron y paso a paso
Como el que miedo no lleva,
A la costa de un arroyo
Llegaron a echar pie a tierra.

Desensillaron los pingos
Y se sentaron en rueda
Refiriéndose entre sí
Infinitas menudencias
Porque tiene muchos cuentos
Y muchos hijos la usencia.

Allí pasaron la noche
A la luz de las estrellas,
Porque ese es un cortinado
Que lo haya uno dondequiera,
Y el gaucho sabe arreglarse
Como ninguno se arregla.

El colchón son las caronas,
El lomillo es cabecera,
El cojinillo es blandura,
Y con el poncho o la jerga
Para salvar del rocío
Se cubre hasta la cabeza.—

Tiene su cuchillo al lado
Pues la precaución es buena;
Freno y rebenque a la mano
Y teniendo el pingo cerca,

Que pa asigurarlo bien
La argolla del lazo entierra.

Aunque el atar con el lazo
Da del hombre mala idea—
Se duerme así muy tranquilo
Todita la noche entera—
Y si es lejos del camino,
Como manda la prudencia,

Más siguro que en su rancho
Uno ronca a pierna suelta,
Pues en el suelo no hay chinches
Y es una cuja camera
Que no ocasiona disputas
Y que a naides se le niega.—

Además de eso, una noche
Lo pasa como uno quiera,
Y las va pasando todas
Haciendo la misma cuenta—
Y luego los pajaritos
Al aclarar lo despiertan.

Porque el sueño no lo agarra
A quien sin comer se acuesta;
Ansí, pues. aquella noche
Jué pa ellos una fiesta,
Pues todo parece alegre
Cuando el corazón se alegra.

No pudiendo vivir juntos
Por su estado de pobreza,
Resolvieron separarse
Y que cada cual se fuera
A procurarse un refugio
Que aliviara su miseria.

Y antes de desparramarse
Para empezar vida nueva,
En aquella soledá
Martín Fierro con prudencia—
A sus hijos y al de Cruz
Les habló de esta manera.

32

Un padre que da consejos
Más que padre es un amigo,
Ansí como tal les digo
Que vivan con precaución—
Naides sabe en qué rincón
Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada—
No estrañen si en la jugada
Alguna vez me equivoco—
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena.
Hay sabios de todas menas:
Mas digo sin ser muy ducho—
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada —
El hombre de una mirada
Todo ha de ver al momento,
El primer conocimiento
Es conocer cuando enfada.

Su esperanza no la cifren
Nunca en corazón alguno—
En el mayor infortunio
Pongan su confianza en Dios—
De los hombres, sólo es uno,
Con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites
Como tienen los terrenos—
Se encuentran en los más buenos
Y es justo que les prevenga;
Aquel que defecto tenga,
Disimule los ajenos.—

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada

Ni lo aguarden todo de él—
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que a uno lo asalten—
Ansí no se sobresalten
Por los bienes que perezcan-
Al rico nunca le ofrezcan
Al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre Pampas
El que respeta a la gente—
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos—
Cauteloso entre los flojos
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
Porqué es preciso adquirir—
No se espongan a sufrir
Una triste situación—
Sangra mucho el corazón—
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria en su afán
De perseguir de mil modos—
Llama a la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen
Porque naides se acobarda—
Poco en conocerlo tarda
Quien amenaza imprudente—
Que hay un peligro presente
Y otro peligro que aguarda.

Para verse en un peligro
Salvar de cualquier abismo,
Por esperencia lo afirmo,
Mas que el sable y que la lanza
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía—

Sin ella sucumbiría,
Pero sigún mi esperiencia—
Se vuelve en unos prudencia
Y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
El hombre si inteligente;
Y tengaló bien presente,
Si al compararla no yerro—
La ocasión es como el fierro:
Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar,
Pero les debo enseñar
Y es bueno que lo recuerden—
Si la verguenza se pierde
Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
Porque esa es la ley primera—
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea—
Porque si entre ellos pelean
Los devoran los de ajuera.

Respetan a los ancianos,
El burlarlos no es hazaña;
Si andan entre gente estraña
Deben ser muy precavidos—
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

La cigueña cuando es vieja
Pierde la vista, y procuran
Cuidarla en edad madura
Todas sus hijas pequeñas—
Apriendande las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa
Aunque la echen en olvido,
Vivan siempre prevenidos
Pucs ciertamente sucede
Que hablará muy mal de ustedes
Aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
Nunca tiene suerte blanda—
Mas en su soberbia agranda
El rigor en que padece —
Obedezca el que obedece
Y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
Ni el tiempo, ni la vergüenza —
Como todo hombre que piensa
Procedan siempre con juicio—
Y sepan que ningún vicio
Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
Le tiene al rabo afición—
Pero el hombre de razón
No roba jamás un cobre—
Pues no es vergüenza ser pobre
Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre.
Ni pelee por fantasía
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse;
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
No se olvida hasta la muerte—
La impresión es de tal suerte,
Que a mi pesar no lo niego—
Cai como gotas de fuego
En la alma del que la vierte,

Es siempre en toda ocasión,
El trago el pior enemigo—
Con cariño se los digo,
Recuérdenlo con cuidado,—
Aquel que ofiende embriagado
Merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis
Siempre han de ser los primeros;
No se muestren altaneros
Aunque la razón les sobre.—
En la barba de los pobres
Aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón
A alguna mujer querida,
No le hagan una partida
Que la ofienda a la mujer,
Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento—
No tiemplen el estrumento
Por solo el gusto de hablar—
Y acostúmbrese a cantar
En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
Que me ha costado alquirirlos
Porque deseo dirigirlos
Pero no alcanza mi cencia
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
Medito en mis soledades—
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos—
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

33

Después a los cuatro vientos
Los cuatro se dirigieron.—
Una promesa se hicieron
Que todos debían cumplir—
Mas no la puedo decir
Pues secreto prometieron.—

Les advierto solamente,
Y esto a ninguno lo asombre
Pues muchas veces el hombre
Tiene que hacer de ese modo—
Convinieron entre todos
En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala
Lo hicieron, no tengo duda,—
Pues es la verdá desnuda,

Siempre suele suceder—
Aquel que su nombre muda
Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento
Con que he divertido a ustedes—
Todos conocerlo pueden
Que tuve constancia suma—
Este es un botón de pluma
Que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido—
Y ya he salido del paso,
Pero, diré, por si acaso,
Pa que me entiendan los criollos;
Todavía me quedan rollos
Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
Sin esperar hasta cuándo;
Siempre corta por lo blando
El que busca lo siguro—
Mas yo corto por lo duro
Y ansí he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
El tigre vive en la selva,
El zorro en la cueva ajena,
Y en su destino inconstante
Sólo el gaucho vive errante
Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
De la fortuna el desecho—
Porque naides toma a pecho
El defender a su raza—
Debe el gaucho tener casa,
Escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
Estos enriedos malditos—
La obra no la facilito
Porque aumentan el fandango,
Los que están como el chimango
Sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir
Que esto llegue a mejorar—

Pero se ha de recordar
Para hacer bien el trabajo,
Que el fuego pa. calentar
Debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
Si hace lo que le aproveche—
De sus favores sospeche,
Hasta el mesmo que lo nombra—
Siempre es dañosa la sombra
Del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido
Lo levantan de un sogazo.
Pero yo compriendo el caso
Y esta consecuencia saco:
El gaucho es el cuero flaco,
Da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua
Todos deben tener fe—
Ansí, pues entiendamé,
Con codicias no me mancho—
No se ha de llevar el rancho
En donde este libro esté.

Permítanme descansar,
¡Pues he trabajado tanto!
En este punto me planto
Y a continuar me resisto—
Estos son treinta y tres cantos
Que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
Que les digo al terminar—
En mi obra he de continuar
Hasta dársela concluída
Si el ingenio o si la vida
No me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
Ténganlo todos por cierto,
Que el gaucho hasta en el desierto
Sentirá en tal ocasión—
Tristeza en el corazón
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
Las de todos mis hermanos—
Ellos guardarán ufanos
En su corazón mi historia,
Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos.—

Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria —
Y aquellos que en esta historia
Sospechen que les doy palo—
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido
Pues a ninguno incomodo—
Y si canto de ese modo
Por encontrarlo oportuno
No es para mal de ninguno,
Sino para bien de todos.

INDICE

Págs.

Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía.
Belgrano 475